



LA GALERÍA

YASMINA SOTO

La Galería

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2501050563821

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Victoria Andrade

Miro por la ventana caer la lluvia, el otoño entra y con ello el frío de la época. Cojo la taza de café recién servida y me dirijo a mi escritorio en la universidad. Soy historiadora de arte, mi familia está vinculada con ese mundo desde mi bisabuelo. Es un legado que nos ha ido dejando de padre a hijos y que yo decidí seguir. Aunque al contrario de mi padre, no pertenezco a la galería de arte.

Mi padre siempre me dice que hay un puesto allí, pero yo no quiero ocupar un lugar dado por ser la hija de Antonio Andrade, yo quiero forjar mi propio camino. A mis cuarenta y cuatro años, soy catedrática de la Universidad Complutense de Madrid. Algún día heredaré la galería de arte familiar, pero todavía es demasiado pronto para eso.

Es la vibración del teléfono encima del escritorio la que me hace salir de mis pensamientos. Miro la pantalla y, aunque el número es desconocido, una sensación extraña se apodera de mi interior y decido apretar el botón para saber quién me llama.

— ¿Señorita Andrade? —dice con tono autoritario.

—Sí.

—Lamento informarle que su padre, el señor Antonio Andrade, ha sido encontrado...

Todo a mi alrededor se detiene. Él sigue soltando su discurso ensayado, como si esto no fuera la primera vez que lo hace: fallecido, aparente infarto, esta mañana. Las palabras llegan a mí a cuentagotas, me aferro al borde del escritorio para saber que esto no es un sueño, una pesadilla, incluso una broma pesada de alguien.

—Debe haber un error —interrumpo—. Vi a mi padre anoche. Estaba perfectamente.

Los recuerdos de ayer inundan mi mente. Antonio Andrade, a sus sesenta y seis años, seguía siendo una presencia imponente en la galería. Estuvimos hablando sobre una nueva exposición, se le ve el brillo en sus ojos, el mismo que se me pone cuando hablo de lo que me apasiona. El arte.

Me levanto de la silla, necesito abrir la ventana y que el aire frío me dé, porque no me creo lo que estoy escuchando. La Galería Andrade, el legado de tres generaciones, ahora va a pasar a manos de una cuarta. ¿Cómo puede estar pasando esto?

—¿Dónde está? —pregunto cuando puedo reaccionar.

—En su despacho, señorita. El personal lo encontró esta mañana cuando abrieron la galería.

Un infarto. La palabra resuena en mi cabeza sin terminar de entenderlo. Él nunca había tenido problemas cardíacos. Era un hombre vital, que caminaba todos los días, comía saludablemente. Algo se me está escapando de la información dada por mi interlocutor.

Tras colgar la llamada, comunico al secretario de la universidad lo sucedido, quien me da permiso para ausentarme. Camino dirigiéndome a mi coche, esto tiene que ser un error. Me repito una y otra vez.

No soy capaz de poner el coche en marcha y decido que lo mejor es coger un taxi y que me lleve hasta el edificio.

Sentada en el asiento de cuero de la parte trasera de un Mercedes, llego a mi destino. Ni siquiera sé cuánto tiempo he tardado, solo que ya estoy allí. Coches de policía, personal en

el exterior y ella, Carmen, la asistente personal de mi padre que se acerca adonde estoy.

—Victoria, cariño...

Me dejo agasajar por sus brazos, no soy capaz de responder, solo me fijo en la cinta policial colocada a la entrada.

—¿Quién lo encontró? —logro decir.

—Miguel, el guardia de seguridad. Como siempre, llegó temprano para hacer la ronda matutina y... —Carmen se detiene controlando el llanto que intenta escapar—. Tu padre estaba en su despacho, sentado en su sillón. Parecía... parecía que estaba dormido.

Tras asentir y agradecer a Carmen la información, camino con paso firme hasta la entrada del edificio. Cuando me identifico me dejan pasar y veo a un hombre girarse cuando alguien lo llama por su apellido.

—Señorita Andrade, siento mucho su pérdida. Soy el inspector Ruiz.

—Quiero verlo —exijo, tras devolverle el saludo con la mano.

—Me temo que no es posible en este momento. Estamos esperando a que el equipo forense termine su trabajo.

—¿Forense? —pregunto extrañada—. Creí que había sido un infarto.

—Es el procedimiento estándar en estos casos —afirma.

—¿Cuándo podré verlo?

—¿Su padre tenía enemigos, señorita Andrade? —me pregunta ignorando lo que le acabo de decir.

—¿Enemigos? Era galerista, inspector, no un mafioso. Era un hombre ejemplar, nunca metido en nada que no sea el amor al arte.

—¿Notó algo inusual en el comportamiento de su padre últimamente?

—No, solo los problemas relacionados con llevar todo esto, algún retraso con el transporte, contratos de seguros que no incluían lo que pedía, nada que no sea lo normal cuando se lleva un lugar como este.

El inspector anota algo en su libreta y en ese momento llega el forense. Entran en la sala y, tras unos minutos que para mí son eternos, salen y el señor Ruiz se acerca de nuevo.

—Señorita Andrade, ¿su padre tomaba algún tipo de medicación?

—No. Estaba perfectamente sano. ¿Qué está pasando? ¿Por qué todas estas preguntas?

—Ya le he comentado que es el procedimiento. Ha aparecido un hombre muerto en su puesto de trabajo; es normal intentar dar claridad a lo sucedido.

—Me dijo que era un infarto.

—Y es lo más probable, pero en estos casos con cuanta más información tengamos mucho mejor.

—Necesito saber qué es lo que ha pasado.

—Lo sabrá, señorita Andrade. Si me disculpa, tengo que marcharme.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto sin saber cómo debo proceder.

—Se llevarán el cuerpo de su padre al anatómico-forense y se le realizará la autopsia. Una vez el juez dé la autorización, usted podrá dar sepultura.

Las palabras del inspector Ruiz hacen que sea más consciente de que mi padre ya no va a estar. Ayer fue la última vez que pude ver al que fue mi mentor y un vacío crece en mi interior. Ya no tendré a un pilar importante en mi vida, ya no estará él para refugiarme en sus brazos.

Capítulo 2

Victoria

El juez ha autorizado que se pueda dar sepultura a mi padre. Después de un día de espera insoportable, estoy aquí, en el mismo tanatorio donde hace nueve años me despedí de mi madre. Las paredes siguen siendo igual de blancas, igual de frías. El olor a flores mezclado con ese aroma de desinfectante me revuelve el estómago.

Estoy sentada frente al chico de la funeraria, rodeada de papeles y una batería de preguntas por hacerme.

—Mi más sentido pésame, señorita —dice el muchacho detrás del escritorio extendiendo su brazo.

—Gracias —pronuncio en un susurro casi inaudible.

A mi lado está Marina Velasco, la mujer que en los últimos años ha estado al lado de mi padre en la galería. La conocí antes que él, nos unió el arte y cuando se quedó sin trabajo le presenté a mi padre y ha trabajado en la galería. Tuvimos una relación, pero llegué a la conclusión de que aquello no iba a funcionar, las infidelidades de Marina me consumían. Después de aquello y al trabajar con mi padre, se convirtió en una amiga y yo pude cerrar las heridas de alguien a quien amaba con locura.

—Tranquila —susurra Marina apretando mi brazo.

—Necesito saber si quieren, sepultura o incinerar a su padre —dice el chico.

—No lo sé —respondo nerviosa.

—Sepultura —dice mi acompañante.

La miro confundida, pensando que mi padre en algún momento había hablado con ella.

—Imagino que él quisiera estar con tu madre —razona Marina.

Asiento y miro al chico que teclea con rapidez. Necesito que esto acabe cuanto antes, pero él comienza a relatar de forma mecánica el procedimiento: coronas, centros, cementerio, misa... Por un momento desconecto de aquello. ¿Por qué los que nos quedamos con ese dolor aquí tenemos que hacer frente de esa gestión? No soy capaz de responder, estoy sobrepasada, coloco mis manos en mi rostro y comienzo a respirar para intentar relajarme.

—Puedo hacerlo yo —dice Marina acariciando mi brazo.

—Necesito que esto acabe cuanto antes —digo al chico.

—Prometo que será rápido —asegura con pesar.

Los siguientes minutos respondo de forma mecánica a las preguntas, no soy capaz de elegir absolutamente nada, él es paciente y Marina es la que elige lo que ella cree lo correcto.

Salimos del despacho y nos dirigimos a la sala que se llena poco a poco. Rostros conocidos, otros no tanto. Todos con la misma expresión de pena. Algunos compañeros de la universidad, estudiantes que admiraban a mi padre, antiguos amigos de la familia. Entre ellos, distingo a Rafael Torres. Se acerca con ese aire de superioridad que siempre me ha incomodado. Sus ojos me recorren de una manera que me revuelve el estómago, como si fuera una pieza más de su colección de arte que anhela poseer. Esa joya que le falta.

—Mi más sentido pésame, Victoria —dice y aprieta mi mano más tiempo del necesario—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Su voz suena melosa, casi íntima. Me estremezco. Hay algo en su mirada que me inquieta, esa obsesión que lleva años manifestando y que ahora, cuando más vulnerable soy, parece más amenazante que nunca.

El aire se vuelve denso, las paredes parecen estrecharse. Las voces se mezclan en un murmullo insoportable. Los "lo siento mucho" y "era tan joven" se clavan en mis oídos como agujas. Necesito salir. Me disculpo torpemente y me dirijo hacia la puerta. El pasillo se hace eterno hasta llegar al exterior, solo se escuchan mis tacones resonando contra el mármol.

El frío azota mi cara, pero no es suficiente. Mi pecho se encoge, el aire no llega a mis pulmones. Intento controlar mi respiración como siempre hago, pero esta vez es diferente. Las piernas me tiemblan, el mundo gira y yo sigo aquí anclada, intentando coger ese aire que no termina de llegar a mis pulmones. Me apoyo en la pared intentando mantener el equilibrio mientras los pensamientos se arremolinan en mi cabeza: primero mi madre, ahora mi padre, estoy sola, completamente sola.

—Respira conmigo.

Una voz suave me alcanza entre la niebla del pánico. Una mujer está frente a mí, guiándome en la respiración. Sus ojos transmiten calma y comprensión. No hay lástima en su mirada, solo empatía. Poco a poco, el aire llega a mis pulmones. Sus instrucciones son claras.

—Soy Ariadna —se presenta cuando por fin puedo hablar. Su presencia tiene algo reconfortante, como si fuera un ancla en medio de la tormenta que está siendo este día.

—Gracias —logro decir más calmada.

—Es duro estar ahí dentro —comenta colocándose a mi lado.

—Lo que es duro es saber que ahora estaré sola —replico.

—Estar sola no es malo si sabes ser feliz con ello.

Miro a la mujer que tengo al lado y una leve sonrisa sale de mis labios. La realidad es que siempre he vivido sola, pero esta soledad es distinta, es un vacío de no tener a tu mentor, a la persona que se sentía orgullosa de lo que habías conseguido, al guía de mi carrera profesional.

—Tengo que volver dentro. El deber me llama —expongo con pesar.

Como me enseñó mi padre: "La dignidad ante todo, Victoria". Sus palabras resuenan en mi mente mientras endezco la espalda y me preparo para volver.

La sala del tanatorio me recibe. El ataúd de mi padre descansa donde hace nueve años estuvo el de mi madre. Mismo lugar, misma escena, diferente protagonista. Las coronas de flores son prácticamente idénticas, incluso reconozco algunas tarjetas de las mismas personas. Me pregunto qué hice mal, qué karma estoy pagando para que el destino me arrebatase a mis padres tan pronto.

Ella se fue en un accidente estúpido, una noche de lluvia y un conductor borracho. Su coche quedó irreconocible, igual que mi vida después de aquello. Y ahora él... que apareció muerto en su despacho. Sin explicación, sin despedida. Solo un cuerpo frío apoyado en su escritorio, rodeado de sus amados libros de arte.

Me acerco al ataúd. Su rostro parece tranquilo, como si durmiera. Las arrugas de preocupación que había notado en sus últimas semanas han desaparecido. Pero sé que no va a despertar, igual que mi madre no volvió aquella noche. Las lágrimas que he contenido durante días amenazan con desbordarse, pero me mantengo firme. No puedo derrumbarme, no aquí, no ahora.

—¿Por qué? —susurro, aunque sé que no obtendré respuesta.

El silencio de la sala es mi única compañía, mientras observo cómo la vida se empeña en quitarme todo lo que amo. Escucho entrar a alguien y me giro, es Marina. Sujeta mi cintura y apoya su cabeza en mi espalda dejando un beso.

—No entiendo nada —digo conteniendo todas mis emociones.

—La vida es inexplicable —razona.

Pero para mí eso no es consuelo, no ahora. Mi cuerpo quiere huir de nuevo de allí, pero no puedo. Tengo que salir de la pequeña sala e ir donde están todos los que recuerdan a mi padre. Tengo que ser esa hija ejemplar.

Al salir, Rafael Torres se acerca de nuevo, pero finjo no verlo. No puedo lidiar ahora con su presencia. En cambio, mi mente vuelve a Ariadna, la mujer del exterior. La veo allí, rodeada de más coleccionistas de arte, y algo en mí se calma: es como si el destino, en medio de tanta crueldad, me hubiera enviado un pequeño respiro.

El día será largo, y esto es solo el principio. Mañana será el entierro, y después tendré que enfrentarme al futuro que llega para cambiarlo todo. Porque está claro que mis días de Catedrática en la Universidad han terminado, que el sueño de enseñar podría haber acabado y tendré que retomar el legado familiar.

Capítulo 3

Ariadna Ríos

Corro por el asfalto de Madrid río a un ritmo constante. Los primeros rayos de sol se filtran entre los árboles, aunque la mañana es fría, se agradece que el cielo esté despejado. A mis cuarenta y seis años, mi vida ha dado tantos giros que a veces me cuesta reconocermé en el espejo.

El sudor resbala por mi frente mientras mantengo el ritmo. Esta rutina matutina es lo único que me mantiene cuerda, lo único que no ha cambiado en los últimos años. Correr me ayuda a pensar, a ordenar mis ideas, a procesar todo lo que veo en mi trabajo.

Hace dos años dejé la policía. Veinte años de servicio para darme cuenta de que la justicia a veces necesita caminos alternativos. Las manos atadas, los casos sin resolver, las víctimas sin respuestas... Todo eso me fue comiendo por dentro hasta que tomé la decisión de marcharme. Recuerdo el día en que entregué mi placa como si fuera ayer. Fernando intentó convencerme de que me quedara, pero yo ya había visto demasiado, no quería seguir en un lugar que se me antojaba ya demasiado injustos en ocasiones.

Desde entonces, me he convertido en una especie de puente entre el mundo legal y el submundo de la información. Casos que la policía no puede investigar oficialmente acaban en mi mesa. Familias desesperadas por respuestas me contratan cuando el sistema les ha fallado. No es una vida glamurosa, pero al menos puedo dormir por las noches sabiendo que hago todo lo que está en mi mano.

El móvil interrumpe mis pensamientos. Fernando Ruiz. Mi corazón se acelera más allá del ritmo de la carrera. El inspector jefe nunca llama tan temprano a menos que sea importante. La última vez que lo hizo, acabamos destapando una red de tráfico de personas.

—Tenemos que vernos —dice con voz seria.

—Fernando, ¿qué pasa?

—Por teléfono no, Ariadna.

—*WhatsApp* es seguro, no deja rastro —intento convencerle.

—He dicho que en persona —dice autoritario, como si siguiera siendo mi superior—. Cuanto antes.

Media hora después, tras una ducha rápida y un café para despejarme, atravieso los pasillos de la comisaría. El olor a café rancio y papel viejo me golpea como un viejo amigo. Saludo a antiguos compañeros: María en la recepción me sonríe con calidez. López me hace un gesto desde su escritorio, Ramírez finge no verme. Algunos me miran con nostalgia, otros con cierto recelo. La policía que se pasó al lado privado. Si supieran cuántos de sus casos he ayudado a resolver desde las sombras.

Subo las escaleras hasta la segunda planta, donde está el despacho de Fernando. Cada escalón trae un recuerdo: casos resueltos, persecuciones, noches en vela revisando informes. Echo de menos algunas cosas, pero no me arrepiento de mi decisión.

Toco a la puerta del despacho. Al entrar, veo que sigue igual que siempre, montañas de informes, persianas medio bajadas, el olor a tabaco que intenta disimular con un ambientador barato. El inspector Ruiz sigue siendo ese señor de rictus serio que puede

poner a temblar a cualquiera si se lo propone, pero también sabe dar calma en los momentos difíciles.

—Antonio Andrade —dice nada más tomar asiento—. ¿Te suena?

—El de la galería de arte —afirmo—. Prestigioso galerista, conexiones en todo el mundo del arte. ¿Qué pasa con él?

—Hace tres días recibimos una llamada suya. Estaba nervioso, hablaba de irregularidades. Mencionó algo sobre documentos, pero no quiso dar detalles por teléfono. Quería reunirse

—Fernando hace una pausa—. Ayer por la mañana ha aparecido muerto en su despacho.

Siento un escalofrío. He visto demasiadas "coincidencias" en mi carrera como para creer en ellas.

—¿Causa? —pregunto recolocándome en la silla.

—Todo apunta a muerte natural. Infarto.

—Entonces esperemos a la autopsia.

—No tenemos tiempo —se inclina sobre la mesa—. Necesito que investigues esto, Ariadna. Mis manos están atadas. Si fue natural, no puedo mover recursos. Pero si hay algo más... y ambos sabemos que probablemente lo hay...

—¿Qué propones?

—Te conseguiré una identidad como coleccionista de arte. Empiezas hoy mismo en el tanatorio. La galería Andrade maneja millones en obras de arte. Si hay algo turbio, estará relacionado con eso.

—Necesito acceso a información, no quiero que me pongas piedras en el camino.

—Tendrás lo que quieras, pero necesito saber lo que ha pasado. Tengo a Patrimonio encima y, aunque ellos saben que estamos atados, me han suplicado que haga lo que tenga que hacer para esclarecer esto. Sé que esto no va de asesinos en serie o desaparecidos, pero es nuestro legado histórico lo que está en juego.

—Haré lo que haga falta para encontrar la razón de la llamada del señor Andrade y su fallecimiento. ¿La inspectora Martín está metida en esto?

—Sabes que pertenece al aérea de Patrimonio, pero no me lo ha pedido ella.

Negociamos los detalles durante la siguiente hora: protección si las cosas se tuercen, y por supuesto, mi tarifa. Fernando acepta todo con esa expresión que conozco tan bien, la de cuando sabe que tiene un caso gordo entre manos.

—Ten cuidado —dice antes de irme—. Habrá muchos coleccionistas de arte allí. Debes tener precaución, nadie te conoce, Ariadna. Tu coartada debe ser buena o no podrás entrar en ese círculo tan prestigioso.

—¿Alguna sospecha concreta? ¿Alguien del que me tenga que cuidar más que otros?

—Nada que podamos probar. Solo... mantén los ojos abiertos.

Salgo de la comisaría pensando en lo irónico de la situación. Hace dos años dejé el cuerpo para poder hacer justicia, y ahora son ellos los que me buscan para lo mismo. El caso Andrade... hay algo en todo esto que no encaja. ¿Por qué un galerista exitoso llamaría a la policía? ¿Qué había descubierto? ¿Y por qué ahora?

En el coche, reviso el expediente que Fernando me ha pasado. Tengo la información que necesito incluso fotos de la hija, y comienzo a leer: Antonio Andrade, sesenta y seis años, viudo. Una hija, Victoria, tiene cuarenta y cuatro años, Catedrática en la Universidad complutense de Madrid. La galería es una de las más prestigiosas de Madrid, con conexiones internacionales. Ningún antecedente, ninguna mancha en su expediente. Demasiado limpio, quizás.

Me dirijo al tanatorio, preparando mentalmente mi papel de coleccionista de arte. Tendré que ser cuidadosa, especialmente con los coleccionistas cerca. Pero años en la policía me han enseñado a leer a las personas, a ver más allá de las apariencias.

Lo que no podía imaginar es que allí, entre el dolor y la muerte, encontraría la primera pieza de un puzle mucho más grande de lo que esperaba. Veo a la hija de Andrade, Victoria, salir precipitadamente al exterior. Su rostro refleja más que el dolor natural por la pérdida de un padre. Hay miedo en sus ojos, confusión. Tengo al alcance de mi mano hacer el primer contacto con ella.

Cuando la veo teniendo esa crisis de ansiedad fuera del tanatorio, decido que mi papel de coleccionista puede esperar. A veces, el mejor disfraz es la verdad. Me acerco a ayudarla, guiándola en su respiración, ofreciéndole un ancla en medio de su tormenta.

Mientras la ayudo a recuperar el aliento, sé que acabo de encontrar mi entrada en este caso. Lo que no sé todavía es que también acabo de encontrar mucho más que eso. Hay algo en Victoria, una determinación bajo su vulnerabilidad, como si estuviera preparando su gran papel para ocultar todo ese remolino de sensaciones que debe estar arrastrando. Se recompone y, tras una leve sonrisa de agradecimiento, se marcha.

Observo cómo vuelve al interior del tanatorio, enderezando los hombros como si llevara el peso del mundo sobre ellos. Por el rabillo del ojo, veo a un hombre observándola con una intensidad inquietante. Mi instinto policial se dispara: hay demasiadas piezas sueltas en este rompecabezas.

La muerte de Antonio Andrade puede parecer natural en la superficie, pero mis años de experiencia me dicen que estamos ante algo mucho más oscuro. Y mientras veo a Victoria desaparecer entre la multitud, sé que acabo de dar el primer paso en un caso que podría ser el más peligroso de mi carrera. Dinero, poder, lujo... Todo eso no es bueno dentro de una sociedad consumista y que están dispuestos a todo para no alterar la burbuja en la que viven.

Capítulo 4

Victoria

El cielo de Madrid amenaza con lluvia, me ajusto las gafas de sol que ocultan mis ojos hinchados después de dejar anoche salir todo eso que llevaba conteniendo desde la noticia del fallecimiento de mi padre.

Estoy en el cementerio rodeada de gente que muchos no sé ni quiénes son. Mi interior quiere huir, que esto acabe ya para poder ir a mi refugio, que es mi casa. La gente no para de acercarse con mirada de lástima a darme el pésame. Otros muchos tocan mi brazo para mostrar afecto, aprietan y, tras una caída de cabeza, se van.

—Tu padre era un hombre extraordinario —dice alguien que ni siquiera sé quién es.

Asiento a cada comentario mecánicamente.

Llegamos al panteón donde se encuentran los restos de mi madre, descienden el ataúd, que va sujetado por mis primos y algún que otro alumno de mi Universidad. El pecho se me encoge, porque es una realidad: mi padre ya no está, sus restos están dentro de una caja que he tenido que elegir de manera apresurada y que será colocado junto a los de mi madre.

La ceremonia termina y la gente comienza a dispersarse. Siento que me ahogo entre tanto pésame, tanto “lo siento mucho” “aquí me tienes”. No puedo más, necesito aire, ese que me empieza a faltar.

—Señorita Andrade —escucho con agobio.

Esas palabras provienen de Rafel Torres.

Yo solo quiero huir y no puedo, estoy anclada en el sitio sintiendo que me voy apagando poco a poco.

—Si necesita cualquier cosa —dice Torres.

Mi respiración se agita mientras niego con la cabeza, lo único que necesito ahora mismo es salir de aquí.

—Victoria —escucho a Marina.

Su voz me tranquiliza y llega donde estoy yo, apartando a la poca gente que ya queda.

—Vamos, te llevo a tu casa.

Me dejo arrastrar por ella hasta la salida del cementerio. Caminamos hacia el coche de Marina, cuando la veo. Está apartada de la multitud, vestida completamente de negro, pero sin intentar llamar la atención. La mujer del tanatorio, la que me ayudó durante mi ataque de ansiedad.

—Ariadna —susurro.

Hay algo en esa mujer que me transmite calma.

—¿Quién es? —pregunta Marina mirando a mi dirección.

—No lo sé —respondo mientras abro la puerta del coche—. Pero ayer me ayudó cuando no podía respirar.

Entro al coche con la incertidumbre de que necesito saber quién es esa mujer, de qué conocía a mi padre. ¿Tendrá algo que ver con la galería? Eso lo descarto de inmediato, ya que Marina sabría quién era y no me preguntaría. La mujer que conduce en silencio y me deja espacio es la persona en quien mi padre confiaba, su mano derecha en los últimos años,

así que cualquier cosa de esa galería lo sabría ella.

—No tengo ni idea de cómo se procede ahora —digo rompiendo el silencio.

—Tranquila —dice desviando la mirada un segundo de la carretera—. La aseguradora se ocupará de todo, tú solo tienes que esperar; hay un procedimiento largo para poder acceder al testamento y traspaso de la galería.

—La galería —susurro con desesperación.

Me inquieta el futuro de ese lugar, sé que tengo que tomar el mando, pero me gusta la docencia, no es justo cortar mi carrera por algo como esto.

—Puedo ocuparme de todo como hasta ahora. Si quieres solo podrías venir a las presentaciones, en dos semanas tenemos una —afirma.

—No sé lo que voy a hacer —respondo hecha un mar de dudas.

Llegamos al edificio de apartamentos donde vivo y, tras aparcar, Marina se desabrocha el cinturón de seguridad se gira y agarra una de mis manos.

—Estamos contigo, Victoria, lo que necesites. Deja que por ahora siga yo llevando todo como lo hacía él. Carmen también es muy buena, ella llevaba la agenda de tu padre. Si le dices que yo puedo acceder a ella, organizaré todo.

—¿Tú no podías acceder a la agenda?

—Digamos que tu padre llevaba unos meses extraño. No sé qué le pasaba, pero se volvió muy hermético y solo confiaba en Carmen. ¿Te comentó algo?

—No —niego entrecerrando los ojos, sorprendida por lo que acabo de escuchar.

—Bueno, tranquila, seguro que era alguna cosa que lo traía ajetreado y pensó que sería mejor mantenerlo en secreto.

Miro extrañada a Marina, no sé por qué mi padre no me dijo de nada. Hablé con él la tarde antes y estaba todo normal, incluso me nombró a Marina y su buena gestión, no entiendo ese secretismo que tenía últimamente según me ha dicho la directora de la galería.

Necesito saber por qué mi padre hizo eso, pero ahora estoy demasiado aturdida como para poder investigar ese comportamiento.

—No debí decirte nada, pero tengo que saber si tu padre tenía alguna reunión pendiente. Hay que hacer que la galería no se resienta con el fallecimiento. Hoy hemos cerrado por respeto, pero la vida sigue. Victoria, es duro, lo sé, pero tenemos que seguir con la actividad, nuestra reputación depende de ello.

—Gracias —digo tras un suspiro—. Hablaré con Carmen.

—Saldrás adelante, estamos para ayudarte, Victoria —asegura acariciando mi rostro.

—Tengo que irme, necesito darme una ducha y descansar.

—¿Quieres que suba contigo? —pregunta.

La observo para saber si hay alguna otra intención detrás de ese ofrecimiento, pero no la veo. No es buena idea que ella suba como estoy, porque flaquearé y no me puedo permitir acabar con ella en la cama. Todo se podría complicar demasiado.

—Necesito estar sola —digo apretando su mano—. Gracias, Marina, por todo.

—Llámame si necesitas algo. A cualquier hora.

Salgo del coche y subo a mi apartamento. Al entrar el silencio me golpea, tengo fotos de mi padre, de las últimas exposiciones. Siento un vacío enorme y solo estoy aquí en el lugar que tiene que ser seguro. Cuando tenga que enfrentarme a ir a su casa va a ser desbastador.

Me siento en el sofá agotada, sé que tengo que meterme a la ducha, pero estoy cansada, lo único que quiero es acostarme y dejar que el tiempo pase y que esa sensación de que ahora no tengo a nadie se vaya. He sido independiente toda mi vida, así me hicieron ser mis

padres, pero él no está y tengo esa sensación de vacío, de pérdida, de haber desperdiciado el decirle lo importante que fue para mí.

Saco el móvil del bolso y busco en la agenda el número de Carmen, su secretaria, la mujer que sabe todo de él, la que ha tenido a su lado durante muchísimos años. Pulso el botón de llamada y espero a que me responda.

—¿Estás bien? —pregunta nada más descolgar.

—Sí, bueno, ya sabes.

—¿Qué necesitas?

—Quiero que le pases la agenda a Marina para que ella pueda gestionar todo lo que mi padre tenía pendiente.

El silencio se instala en la línea de teléfono, solo se escucha su respiración a través de él.

—¿Estás segura?

Recuerdo las palabras de Marina, que mi padre no le dejaba acceder a la agenda.

—¿Sabes por qué mi padre cortó el acceso a Marina?

—No, pero tenía épocas de más hermetismo que otras.

—¿Debo de saber algo? —pregunto.

—No, Victoria, no hay nada que deba saber más allá que su padre era un buen hombre.

Su recuerdo me duele. Suspiro intentando relajarme mientras Carmen sigue en silencio.

—Necesito que Marina tenga acceso a la agenda —le pido.

—Perfecto, le pasaré las reuniones a la señorita Velasco.

—Muchas gracias —digo a modo de despedida.

—Espera.

—Dime.

—¿Qué pasará con la galería? —pregunta con preocupación.

—Por ahora la llevará Marina, yo tengo que poner en orden mi situación en la Universidad.

—Su padre hubiera querido que usted...

—Lo sé —la corto—, pero ¿y lo que quiero yo no importa?

—Importa —asegura con pesar.

—Carmen, es muy pronto, necesito tiempo. Estaré en la presentación, pido que ahora me informes. Marina me comentó que mi padre estaba muy hermético últimamente, ¿sabes algo? —intento por última vez saber si mi padre escondía algo a la directora de la galería.

—Su padre siempre fue un hombre misterioso —dice algo incómoda.

—¿Usted notó algo diferente en este tiempo?

—No —responde de forma tajante.

—Muchas gracias, Carmen. Ahora necesito que me indique cualquier cosa que pase en la galería.

—Claro que sí, Victoria, así lo haré.

Tras colgar decido levantarme e ir a la ducha necesito sacar toda esta sensación extraña que se me ha quedado en el cuerpo después de las conversaciones tenidas con las dos mujeres que estaban al lado de mi padre.

Dejo que caiga el agua en mi rostro y me doy cuenta de cómo puede cambiarte la vida en cuestión de días. Ahora toca esperar toda la burocracia después de un fallecimiento y también decidir qué es lo que voy a hacer con mi futuro.

Mientras dejo que la ducha se lleve todos mis pensamientos, la veo, está en mi subconsciente, es la mujer de negro, Ariadna, la que me dio paz en un momento de tormenta. ¿Quién es? Me pregunto desde el día del tanatorio.

Capítulo 5

Ariadna

Atravieso los pasillos de la comisaría, saludo a los de siempre, como hice hace tres días. Camino con paso firme hacia el despacho de Fernando Ruiz, siento que mucha gente está anclada a ese lugar y se conforma con un trabajo estable y que le da igual estar sentada en la puerta dando paso a los ciudadanos. Llego a su puerta y entro sin ni siquiera esperar respuesta.

Fernando está sentado detrás de su mesa, rodeado de expedientes apilados y una taza de café sin terminar. Su cara refleja el cansancio de quien lleva demasiadas horas entre informes policiales.

—He estado pensando en los detalles de tu infiltración —me dice mientras bebe un sorbo de la taza de café—. El apellido Rothen tiene peso en el mundo del arte en Francia. He creado algunos contactos falsos que respaldarán tu historia si alguien decide investigar.

Me siento frente a su escritorio, observando cómo saca una carpeta de uno de los cajones.

—¿Qué más tengo que saber? —pregunto.

—Tu acento francés tiene que ser sutil, Ariadna. No lo exageres. Has vivido varios años en España, eso justificará que hables perfectamente el idioma. Tu especialidad será el arte contemporáneo, particularmente las vanguardias europeas.

Siento un nudo en el estómago mientras recuerdo mi encuentro en el tanatorio.

—He conocido a Victoria Andrade, no puedo fingir que ahora tengo acento francés.

Fernando bufa mientras se recuesta en la silla.

—¿Cómo ha pasado? —pregunta, apoyando los codos en el escritorio.

—Llegué al tanatorio y la vi allí, estaba fuera, era como si el mundo se le estuviera cayendo encima y tuve que ir para que pudiera respirar. Si no hubiera controlado la situación, se hubiera desmayado.

—Bueno, por suerte hemos puesto que llevas muchos años aquí.

—Puedo tener una madre española —resuelvo.

Fernando sonríe mientras niega con la cabeza.

—Seguro que sabrás ingeniártelas.

Asiento.

—¿Qué hay sobre los antecedentes de los que te pedí información? ¿Y los movimientos de Antonio en sus últimos días?

Fernando se frota los ojos cansados.

—Estamos en ello. Hay algo en la galería que no cuadra. Patrimonio me ha pasado algo de información que ha conseguido, hay registros que no coinciden, pero necesitamos más pruebas, lo que tenemos no es nada. Pueden alegar errores, ya sabes cómo funciona esto. Por eso es crucial tu papel.

—¿Alguna persona en particular que deba vigilar? —pregunto mientras reviso los documentos que me ha entregado.

—Todos —responde—. En especial al personal que tenía acceso directo a Antonio. El director de la galería, el conservador jefe, incluso el personal de limpieza. En estos casos, a

veces los detalles más importantes vienen de quien menos esperas.

—Había alguien cerca de Victoria, una mujer, Marina. Conseguí el nombre tras hablar con algunos coleccionistas.

Fernando me quita la carpeta que me acaba de entregar y rebusca entre los papeles.

—Aquí está. Marina Velasco. Es una de las que autenticaba las obras, también la directora de la galería de arte.

—¿Por qué Antonio no puso a su hija? —pregunto curiosa.

—No lo sé, eso deberás descubrirlo tú.

—En la información que me pasaste, es catedrática en la Universidad, pero no entiendo por qué no está en la galería de arte con su padre.

—La familia muchas veces es una mierda, Ríos, eso lo sabes. Quizá ella simplemente no quería pertenecer a ese mundo.

—¿Y si necesitaba estar en la universidad para poder autenticar obras?

—Ya tenía a Marina para eso —reflexiona Fernando.

Me quedo en silencio recordando a Victoria y lo vulnerable que parecía, pero eso ya me lo he encontrado antes. En este mundo, quien más inocente parece al final termina siendo culpable.

—Tendrás que investigarlo todo, Ariadna, estamos con las manos atadas, incluso Patrimonio, me han pedido la ayuda tras la muerte de Antonio, pero esto tiene que quedar fuera de aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunto preocupada.

—Nada de teléfonos ni correos electrónicos. Nos encontraremos cada tres días en el café de la esquina de la galería. Parecerá una reunión casual entre conocidos.

Antes de salir, me detengo en la puerta.

—Fernando, ¿hay algo más que deba saber?

—Sí —dice tras una pausa—. Ten cuidado, Ariadna. Quien sea que esté detrás de esto, es lo suficientemente inteligente como para no dejar rastros evidentes. No te fíes de nadie.

Salgo de la comisaría con la mente trabajando a toda velocidad. Mañana empezaré mi papel como Ariadna Rothen, experta en arte francesa. Pero esta noche, necesito estudiar cada detalle de mi nueva identidad hasta que se convierta en una segunda piel. En este juego de máscaras, un solo error podría costarme muy caro.

Capítulo 6

Ariadna

Estoy frente a la galería en el barrio de Salamanca, veo gente que transita por las calles absortas a sus móviles, la vida sigue girando y yo estoy parada frente a mi próximo caso. Sacudo la cabeza intentando dejar la mente en blanco, ahora ya no soy Ariadna Ríos, la expolicía, ahora tengo que transformarme en un personaje, como tantas otras veces en estos últimos dos años.

—Soy Ariadna Rothen —susurro con convencimiento.

Miro hacia abajo, respiro con fuerza y tras una sonrisa camino decidida hasta la puerta que empujo y un pitido debido a mi entrada hace que la chica que está en la recepción levante la cabeza.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta con una amplia sonrisa.

Me acerco al mostrador decidida.

—Buenos días, estoy interesada en adquirir algunas obras para mi nuevo despacho. Me han hablado maravillas de esta galería y me gustaría reunirme con Marina Velasco, si fuera posible.

—Por supuesto. ¿Tiene cita previa?

—No, la verdad es que no. Pero si pudiera atenderme, aunque sea unos minutos...

La chica que ahora sé que se llama Isabel por la chapa que lleva en la blusa de un blanco impoluto me mira seria para después desviar la mirada a la pantalla de su ordenador.

—La realidad es que había tenido contacto con Antonio Andrade —me atrevo a decir mintiendo.

Ella vuelve a alzar la vista y baja la mirada con pena.

—Él, ya no...

—Lo sé —la corto porque veo que realmente está afectada.

—Espere un momento aquí.

Ella se marcha y entra por una puerta que parece un despacho, es el momento que yo abro mi bolso y acciono la grabadora para así poder tener registro de todo. Cuando alzo la mirada la veo salir con una señora mucho más mayor y me doy cuenta de que esa mujer estuvo en el tanatorio y se veía afectada por la situación.

—Buenos días, soy Carmen, la asistente personal del señor Andrade.

Miro a esa señora seria, aprieto la mandíbula porque sé que quizá mi coartada no puede funcionar.

—Yo había hablado con el señor Andrade para la adquisición de algunas obras, incluso me había comentado la exposición que se realizará en unas semanas.

La mujer me mira con ojo clínico, me veo analizada por ella y no sé cómo hacerle saber que puede confiar en mí, que no estoy allí por lo que ella imagina, sino para averiguar qué es lo que pasó con el señor Andrade realmente.

—La recuerdo en el tanatorio —dice al fin.

—Sí, fui a dar mis condolencias.

—Ayudó a la señorita Victoria.

Asiento, no sé qué es lo que pretende la señora, que me desconcierta, pero hay algo en ella que me indica que puedo confiar.

Carmen consulta algo en la Tablet que tiene en las manos. Tras dejar de mirarme y cuando ha encontrado lo que buscaba alza la vista.

—Tiene suerte, la señora Velasco está disponible ahora mismo. Un momento, por favor.

Carmen coge el teléfono y hace una llamada, yo aprovecho para girarme y suspirar para lograr relajarme, ya que ahora sí que viene mi papel triunfal. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera salirse del pecho, pero mi expresión es de una mujer segura de sí misma.

La asistente personal se marcha sin antes volver a mirarme con ojo clínico y yo espero a que la directora de la galería haga acto de presencia.

—Bienvenida a la Galería Andrade —saludo nada más llegar a mi altura—. Soy Marina, ¿le gustaría dar un recorrido por nuestras instalaciones?

—Me encantaría —digo tras devolverle el saludo.

Marina me hace un gesto con la mano para que me coloque justo al lado de ella. Recorremos la galería por las distintas salas, mientras ella con pasión me explica cada uno de los detalles de las obras y los artistas. Se ve que ama lo que hace y eso me desconcierta en cierta medida, ya que si es ella quien está detrás de todo esto, ¿por qué arriesgarse a perder el trabajo que tanto le apasiona? Escucho con atención todo lo que me dice y al final me atrevo a hablar para ver la reacción de la mujer que tengo delante.

—Por cierto, me enteré del fallecimiento del Señor Andrade. Lo lamento mucho.

Ella cambia su expresión, se pone tensa y me observa como analizándome. Mi rictus sigue serio esperando una respuesta.

—Llevo un rato intentando ubicar de que me sonaba tu cara y ya sé.

Me mantengo en silencio y trago saliva.

—En el cementerio, Victoria me comentó que le ayudaste en el tanatorio.

—Así es. Vi a esa mujer sobrepasada, la realidad es que no sabía que era la hija del señor Andrade —miento.

—Gracias —responde con pesar—. Todo esto ha sido un golpe terrible para todos nosotros. Todavía no lo podemos creer.

Su reacción me desconcierta, porque la realidad es que se ve afectada. Se pinza el puente de la nariz y continúa hablando.

—Era un hombre tan vital, tan lleno de energía... No entiendo cómo pudo suceder algo así.

Sé que es el momento, parece vulnerable y es ahora cuando tengo que preguntar antes de que vuelva a su papel de directora de la galería.

—¿Hace mucho que trabajaban juntos?

—Más de nueve años. Antonio era el alma de esta galería. Conocía a cada artista, cada obra... tenía un don especial para descubrir nuevos talentos. Era un genio.

Esa mujer me desconcierta cada vez más, tengo que seguir descubriendo el funcionamiento de este lugar.

—Debe ser complejo gestionar un espacio como este.

—Oh, sí. Cada uno tiene su función específica. Isabel se encarga de la recepción, Carmen era la asistente personal del señor Andrade y quien llevaba su agenda, Lucas gestiona la parte administrativa, Rosa coordina los eventos y exposiciones...

Ella sigue hablando de los empleados de la galería mientras asiento con una ligera sonrisa de agrado en los labios.

—¿Y su hija? —me atrevo a preguntar.

Marina se detiene y me mira entrecerrando los ojos. La sorpresa en su rostro es evidente.

—Disculpa, sé que no debí de preguntar, pero al verla tan afectada, pensé que estaban más unidos.

Su expresión se suaviza al escuchar mis palabras.

—Victoria es catedrática en la Universidad. Apenas se involucra en la galería, aunque su padre siempre quiso que formara parte de esto. Pero ella no quiso, independientemente de eso, padre e hija se adoraban.

Tras casi una hora de recorrido y preguntas que Marina ha contestado, decido que tengo suficiente información por el momento.

—Ha sido muy ilustrativo. Me gustaría volver con tiempo más adelante para valorar algunos cuadros. Y si es posible, me encantaría asistir a la próxima exposición que están organizando. Yo había quedado con el señor Andrade, pero ahora...

—Por supuesto — responde Marina, más relajada—. Le haremos llegar una invitación. Deje sus datos en la recepción.

Me despido de la mujer con dos besos, le dejo los datos a Isabel de mi correo electrónico y me disculpo diciendo que nunca dejo mis datos personales por seguridad a nadie.

—Podrá entender que colecciono arte de mucho valor y por seguridad no doy mi domicilio —me excuso.

—Lo entiendo, se le hará llegar por email sin ningún problema.

—Gracias —digo a modo de despedida.

Según llego al apartamento, voy a la habitación que tengo a modo de despacho, me coloco enfrente de la pizarra y doy al *play* a la grabadora para poder recoger cada nombre dicho por Marina y a lo que se dedica.

Carmen: Control de agenda. Posible mano derecha de Antonio.

Isabel: recepcionista.

Lucas: administración. Gestión económica.

Rosa: coordinadora de eventos.

Marina Velasco: directora de la galería. Nueve años trabajando con Antonio.

Miguel: seguridad.

Me separo de la pizarra y observo lo conseguido hoy, sé que esto es solo el inicio. Me quedo absorta, mirando fijamente, y me falta ella. Victoria. Me acerco a la pizarra y comienzo a escribir su nombre. Solo tengo dos datos seguros: hija de Antonio y catedrática. Me detengo porque no sé si a ella la tengo que investigar. Cierro los ojos y a mi pensamiento vuelve el día del tanatorio. Su rostro es tan nítido que es como si estuviera allí de nuevo: su cara desencajada, sus manos temblorosas, esa mirada perdida, su falta de aire... No solo era dolor en su expresión, había algo más. ¿Culpa? ¿Miedo? Un escalofrío recorre mi cuerpo y abro los ojos de golpe, intentando sacar esa imagen de mi cabeza.

Respiro con calma y vuelvo a escribir en la pizarra los detalles dados por mi interlocutora: horarios, nombres de artistas, algunos asiduos a la galería...

Casi todo lo que necesito está ahí plasmado en un panel de color blanco que me sirve para poner lo que tengo en orden, solo que ahora toda esa información no me lleva a nada. Tengo que llegar a encontrar la manera que todo cuadre: la llamada del señor Andrade antes de su muerte, su propio fallecimiento... Solo tenía que buscar como conectarlas para unir todas esas fichas para encontrar una explicación plausible a todo esto. Pero mis ojos se detienen en el nombre de Victoria, hay tantas preguntas que me gustaría hacerle.

—¿Por qué nunca te has involucrado en la galería? ¿De qué hablaron la tarde antes de morir

Antonio? ¿Qué estás ocultando?

El sol se refleja en las paredes blancas de la estancia. Ha sido un día productivo, pero tengo la extraña sensación de que esto no va a ser tan fácil como piensa Fernando, que en todo esto hay mucho más que una llamada a comisaría. Antonio había descubierto algo y lo han silenciado o al menos esa es la sensación que tengo. La clave puede ser su hija, pero necesito acercarme a ella con cuidado.

Voy a la cocina y me sirvo una taza de café, sé que esto solo acaba de empezar y que me queda mucho camino por recorrer.

Capítulo 7

Victoria

Estoy sentada tras el escritorio en mi despacho de la universidad, observo a la mujer que tengo enfrente: es Lourdes, mi amiga, compañera y confidente estos últimos años. A esta hora el campus está tranquilo, así que ella ha aprovechado para venir a verme.

—Victoria, necesitas tiempo para procesar todo esto —insiste Lourdes—. Una excedencia te vendría bien. No tomes decisiones de las que puedas arrepentirte después.

Suspiro, frotándome las sienes. La palabra "excedencia" resuena en mi cabeza como una posibilidad tentadora. Hace días que no duermo bien, necesito ir cerrando cosas en mi vida o me voy a volver loca.

—Además —continúa—, deberías esperar a la apertura del testamento. No precipites nada. Suelto una risa mientras niego con la cabeza por la ocurrencia de mi amiga.

—Soy hija única, Lourdes. ¿A quién más iba a dejarle la herencia?

—Tu padre podría haber dispuesto de sus bienes como considerara oportuno —responde alzando una ceja—. No des nada por sentado.

—La mitad de esa galería ya es mía —explico enderezándome en la silla—. Cuando mi madre falleció, me dejó su parte. Mi padre solo tenía el usufructo. Confiaba en él para gestionarla, por supuesto, pero ahora —hago una pausa, ya que su recuerdo viene a mi mente.

—Ya, pero sabes que quizá él.

—Sabes cómo funciona la herencia en España. Tendré la legítima, no me preocupa a quién dejó los bienes mi padre, me preocupa que no puedo dejar el legado de muchas generaciones en manos de personas en las que no confío.

—¿No confías en Marina? —pregunta mirándome expectante.

—Mi padre estaba muy hermético, según he sabido. No sé qué le pasaba.

—Pues primero que nada tienes que averiguar eso.

—Debo ir a la galería, pero es tan difícil entrar allí y no verlo.

Lourdes desliza su mano por el escritorio y me agarra, dando un apretón de afecto que hace que alce la mirada.

—Hay que ser valiente, Victoria, poco a poco todo pasa. Pero no te precipites en dejar la universidad.

Miro los papeles sobre mi escritorio: exámenes sin corregir, propuestas de proyectos de investigación, programas de asignaturas... Todo parece tan insignificante ahora comparado con el peso de la responsabilidad que siento sobre mis hombros.

—Al menos espera a ver qué dice el testamento —insiste—. No tomes decisiones precipitadas. La docencia es tu vida, lo sabes.

Asiento, aunque no estoy convencida. La docencia ha sido mi refugio, mi zona de confort. Pero ahora, con la muerte de mi padre, el único hombre de mi vida, siento que le debo algo más, que tengo una responsabilidad que no puedo ignorar.

Después de despedirme de mi amiga, decido pasar por la galería. El lugar donde crecí,

donde pasé tantas tardes, donde me enamoré del arte a través de los ojos de mis padres. Isabel levanta la vista cuando entro y me dedica una sonrisa cálida.

—Señora Andrade, qué gusto tenerla aquí —saluda.

—Dime Victoria, por favor. Si alguien era el señor Andrade, era mi padre —respondo mordiendo mis labios por los recuerdos.

—Victoria, ¿cómo estás? —escucho que dicen detrás de mí.

Al girarme, la veo, es Carmen, con una sonrisa amplia, aunque en sus ojos refleja el cansancio de varios días sin dormir.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto, y ella asiente de inmediato.

—¿Entramos al despacho de tu padre? —pregunta cuando pasamos la puerta donde ella tiene su escritorio.

—No, por favor —pido.

—Está todo... —se mantiene en silencio, intentando buscar las palabras correctas que parece que no llegan.

—Todavía no —aseguro agarrando su brazo.

Nos sentamos en unos sofás que hay en la entrada del despacho de mi padre. Ha pasado poco más de una semana desde el funeral, pero parece una eternidad.

—Carmen, ¿notaste algo raro en mi padre últimamente?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no dejaba que Marina accediera a su agenda? —insisto con la pregunta que le hice por teléfono hace unos días.

Carmen desvía la mirada y cierra los ojos con fuerza. Agarro su brazo para que me vuelva a mirar, sé que el recuerdo de mi padre le duele, pero necesito saber qué estaba pasando.

—Se volvió muy reservado en las últimas semanas. Hubo problemas con algunas filtraciones.

—¿Filtraciones?

—Tu padre había encontrado un artista con mucho potencial —comienza a relatar Carmen—. Pero de alguna manera, otra galería de la ciudad se enteró y se nos adelantaron. Lo perdimos.

Me quedo en silencio, procesando la información.

—¿Quién pudo filtrar eso?

Carmen se encoge de hombros como respuesta.

—A veces son los propios artistas. Si están negociando con varias galerías a la vez, filtran información para aumentar su caché. Eso ya nos había pasado antes.

Asiento, aunque algo no me cuadra. Él conocía perfectamente cómo funcionaba este mundo. ¿Por qué se volvería tan hermético de repente? ¿Qué más hay que se nos escapa?

—Tomó esa medida como un berrinche —comienza a decir—, le dije que ya nos había pasado y él seguía insistiendo en que le habían engañado. No sé nada más, Victoria. Sabes que para mí tu padre era como un hermano, llevo muchos años aquí —Carmen para de hablar, ya que una lágrima cae por su mejilla.

Abrazo a la mujer que tengo delante con fuerza, sé lo que significaba mi padre para Carmen, y lo que la ayudó tras verse sola con un hijo. Una vez llegué a pensar que entre ellos había algo, pero no fue así. Para mi padre, Carmen era como una hermana, y de eso sí que estoy segura.

—Carmen —dudo un momento antes de preguntar—, ¿sabes algo sobre el testamento de mi padre?

Ella niega con la cabeza.

—Lo siento, Victoria. No sé nada de eso. Sé que era algo de lo que hablábamos y que lo tenía gestionado desde la muerte de Marga, tu madre. Incluso él me insistía en que debía hacer uno para evitar problemas a mi hijo...

—¿Lo ha hecho? —pregunto acariciando su rostro.

—Ayer lo hice. La muerte de Antonio ha sido tan repentina que de lo único que estoy segura es que en este momento estamos vivas, pero no de lo que pasará dentro de unos minutos.

Nos volvemos a fundir en un abrazo. Qué duro va a ser este proceso, pero tengo que poner todo en orden antes de que pierda el control total sobre la situación.

Me levanto, agradeciéndole la conversación. Mientras camino hacia la salida, mi mente da vueltas a toda la información. La actitud reservada de mi padre, las filtraciones, su repentina desconfianza. ¿Qué estaba pasando realmente?

Al salir a la calle, me coloco las gafas de sol. Tengo la galería a mis espaldas, imponente y llena de secretos. Secretos que tendré que descubrir si quiero honrar el legado de toda una familia.

Mi teléfono vibra en el bolso. Es un mensaje de Lourdes:

—Piénsalo bien, por favor. No tomes decisiones precipitadas.

Guardo el móvil sin responder. Ya no se trata solo de decidir entre la docencia y la galería. Hay algo más, algo que no logro ver claramente todavía. La muerte de mi padre, su comportamiento en las últimas semanas, las filtraciones. Todo está conectado de alguna manera.

Mientras camino hacia mi coche, tomo una decisión: antes de decidir qué hacer con mi futuro, necesito entender qué estaba pasando realmente en la galería. Le debo eso a la persona que me hizo amar este arte, a su memoria y a todo lo que construyó.

Por primera vez en días, siento que tengo un propósito claro. No se trata solo de decidir entre la universidad y la galería. Se trata de descubrir la verdad, de entender por qué se comportaba de manera tan extraña en sus últimos días.

Mientras enciendo el coche, miro una última vez la fachada de la galería a través del retrovisor. Las sombras de la tarde crean formas extrañas en sus ventanas, como si el edificio mismo guardara secretos que esperan ser descubiertos.

—Te prometo que lo averiguaré, papá —susurro, antes de iniciar la marcha.

Capítulo 8

Estoy en la oficina de nuevo con Lourdes en el mismo sitio que hace unos días. Esta vez estoy de pie mientras ella está sentada, yo miro a través de la ventana el exterior del campus.

—No sé por qué tardan tanto los papeles para acceder al testamento —protesto mirando a mi amiga.

—Porque es el procedimiento. Debes tener paciencia, la gestoría ya te ha dicho que te avisará cuando esté todo tramitado.

—Es todo una mierda —me quejo sentándome en la silla.

—Puedes dejar de protestar como una niña y comportarte como la adulta que eres —exige Lourdes.

Pongo las manos en mi rostro y me aprieto los ojos como si todo fuese un sueño del que parece que nunca voy a despertar. Tomo asiento y miro a mi amiga intentando encontrar las respuestas que yo no tengo.

—¿Qué vas a hacer?

—No quiero dejar esto, no por ahora —aseguro recostándome en la silla.

Lourdes asiente, pero no dice ni una palabra y mis dudas vuelven por si estoy tomando la decisión correcta.

—Sé que tengo que mirar la galería, pero esto... —me vuelvo a poner de pie y a moverme como un gato encerrado por la sala—. Esto es mi vida...

—Tranquila —dice Lourdes acercándose a mí y acariciando mi brazo—. Al final tomes la decisión que tomes, yo solo quiero que sea meditada y no por impulso. No tienes que justificarte, Victoria.

—Gracias —digo tras un suspiro.

Me abrazo a mi amiga y ella me reconforta entre sus brazos.

—Hay una exposición en una semana —susurro enterrando mi cara en su cuello.

—Iré contigo si es lo que quieres.

—Sí —respondo sin levantar mi cabeza.

Lourdes se ha convertido en los últimos años en mi confidente en la universidad, gracias a ella estoy llevando mucho mejor lo de la muerte de mi padre, aunque siempre me dice que tengo que salir y buscarme a alguien, pero ahora mismo mi prioridad no es esa.

—Debería buscarte una amiga con ventajas —me dijo hace unos meses cuando me vio estresada.

—No quiero complicarme la vida —respondí descartando esa posibilidad—. Aparte, sabes que puedo pagar por ello.

—No te veo pagando por estar con una mujer.

—¿Por qué? —pregunté desafiándola.

—Porque tú necesitas algo más que un simple polvo. No eres de las mujeres que ve a alguien y se la folla, necesitas conexión y con una amiga con derecho...

Negué sobre la propuesta de mi amiga en aquel momento, pero hoy en día tener a alguien con quien acallar mi cabeza sobre qué es lo correcto que debo hacer, creo que hubiera sido lo mejor.

Me reúno con Marina en la oficina principal de la galería. La exposición está a la vuelta de la esquina y, aunque confío en su capacidad, siento la necesidad de estar al tanto de todo.

—De verdad, Victoria, no tienes que preocuparte tanto —dice Marina mientras revisa unos documentos—. Entiendo que necesites tiempo para adaptarte a todo esto.

—No puedo simplemente dejar la universidad, así como así —respondo, paseando por la oficina—. Tengo compromisos, alumnos, proyectos en marcha. No soy de las que dejan las cosas a medias.

Marina levanta la vista de los papeles y me mira entrecerrando los ojos.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas. Todo se está gestionando bien, te lo aseguro.

—Quizás deberíamos contratar a alguien más —propongo deteniéndome frente a su escritorio—. Yo lo entendería perfectamente.

Intento buscar cualquier solución para justificar el que no esté en ese momento dirigiendo la galería.

—Si me veo agobiada, lo haremos —responde con una sonrisa tranquilizadora—. Pero tu padre tenía todo muy bien organizado y estructurado. No creo que sea necesario.

—Necesito...

No continúo hablando porque la realidad es que no sé qué decirle. Marina se levanta y se pone a mi lado para abrazarme. Sus brazos, esos que una vez fueron mi consuelo, en este momento recuerdo las palabras de Lourdes: “una amiga con derecho”. Me separo de ella y la miro a los ojos, después a sus labios, pero me aparto, porque ella no es. Lo que pude sentir por Marina una vez, ya no está, acostarme con ella solo complicaría las cosas.

—Tómate el tiempo que necesites —asegura apretando mi mano.

Salgo de la galería con una mezcla de alivio y preocupación. No sé qué es lo que me deparará el futuro, pero de lo que debo preocuparme es del ahora. Cuando giro a la derecha para buscar mi coche, me la encuentro. Es ella: Ariadna, la mujer del tanatorio, a quién después vi en el cementerio y la que me ayudó a respirar. Miro el reloj y veo que son casi las nueve de la noche.

—Hola —saluda acercándose a mí—. Qué casualidad.

—Ariadna —digo casi en un susurro—. ¿Qué haces aquí?

—Soy coleccionista de arte. Venía a ver a Marina por unas obras, pero me he dado cuenta de que ya es demasiado tarde.

—Si quieres, puedo mostrarte yo misma la galería —suelto, sin poder controlar las palabras. Su sonrisa se ensancha y siento un cosquilleo recorrer mi espalda. Es una sensación tan intensa que me sorprende.

—Marina ya me la ha mostrado, pero me encantaría conocerla a través de tus ojos.

Siento de nuevo ese hormigueo recorrer mi cuerpo, ¿qué me está pasando? Mis ojos se desvían a la boca, esa que ahora tiene una sonrisa y subo la mirada hasta sus ojos.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —pregunto sin poder controlar ese deseo que tengo de pasar más rato con ella. Conocer a esa mujer misteriosa que logró tranquilizarme.

Ariadna no dice nada, solo me observa con esa sonrisa que me pone nerviosa.

—Como agradecimiento por lo que hiciste por mí en el tanatorio —explico para que no piense que soy una loca que quiere acosarla.

Para mi alivio, acepta. Decidimos que podemos ir a cenar por la zona, ya que la conozco y hay un restaurante cerca muy bueno.

—Cuéntame sobre la galería —dice una vez sentadas.

Sonrío, recordando.

—De pequeña, sus pasillos eran mi patio de juegos. El amor por el arte lo heredé de mis padres, ellos me enseñaron a ver el mundo a través de unos trazos —hago una pausa para tomar un sorbo de agua—. Pensaba que mi futuro sería entre esas paredes, pero decidí tomar mi propio camino. No fue fácil, pero mis padres lo respetaron.

—Me alegra que ellos no se interpusieran en tu decisión.

—Jamás lo hicieron, siempre aceptaron que pudiera tomar mi propio camino. Cuéntame de ti —le pido.

—Pues yo tengo poco que contar, tuve una época rebelde que incluso entre en la policía —comenta riendo—, pero al final lo dejé y ahora me dedico a ser marchante de arte como mi padre.

—¿Quién es tu padre? —pregunto con curiosidad.

—Pertenezco a la familia Rothen —dice algo incómoda.

—Perdona si te he incomodado.

—No, tranquila, es que hace mucho tiempo que no hablo con la familia, siempre fui la oveja negra, la rebelde y que ahora me dediqué a esto, pues creen que es como un pasatiempo.

Cambiamos de tema, ya que veo que se siente incómoda al hablar de su familia y es entonces cuando la conversación fluye con una naturalidad que me sorprende. Hablamos de arte, de la vida en general, de nuestras experiencias. Me quedo absorta muchas de las veces cuando me cuenta sus aventuras en la policía, su voz es tan cálida y agradable que me envuelve. Esa mujer me atrapa, es una paz hablar con ella y por un instante dejo de sentir ese miedo al futuro. Me centro en este preciso instante y lo a gusto que estoy junto a Ariadna.

Llega la hora de despedirnos, las dos caminamos deshaciendo los pasos que hicimos en el camino de ida, tenemos el coche en la misma calle, cerca de la galería y recuerdo que tengo invitaciones de la exposición en el coche.

—Espera un momento aquí —le pido.

Regreso con la invitación en la mano y se la muestro.

—Ya me han mandado una de la galería —dice con una sonrisa divertida.

—Bueno, esta es diferente —respondo—. Es de la dueña.

Ariadna sonríe mientras se muerde el labio inferior, un gesto que me obliga a desviar la mirada. Mi cuerpo reacciona de una manera que me asusta y me excita a la vez.

—¿Tiene algún extra que la otra no? —pregunta mojando sus labios.

—Puede —respondo agitada.

No responde, solo se acerca y deja dos besos. El roce de nuestras mejillas es más lento de lo normal, su calor me invade y el perfume se queda conmigo incluso después de que se haya ido.

Camino hacia mi coche, me regaño mentalmente. ¿Cómo puedo estar pensando en ella de esta manera? Mi padre acaba de fallecer, por Dios. No debería estar imaginando cómo sería tenerla en mi cama, besar sus labios y como sería recorrer su piel con mis dedos.

Me subo al coche con una extraña sensación de alegría culpable. Es como si una parte de mí estuviera despertando de un largo letargo, mientras otra parte me reprocha estos sentimientos. Conduzco hacia la casa, no puedo evitar sonreír. La ciudad parece diferente esta noche, más viva, más brillante. Me sorprende tarareando una canción, me reprendo por ello, no debo hacerlo, no ahora. Esta sensación me asusta. ¿Está mal sentirse así? ¿Es una falta de respeto a la memoria de mi padre? Pero luego recuerdo su voz, siempre me decía que la vida es para vivirla, que el arte existe para celebrar todas las emociones humanas,

incluso las contradictorias.

Al llegar a casa, me siento en el sofá y miro la invitación que tengo guardada en mi bolso, idéntica a la que le di a Ariadna. La exposición será en unos días, y por primera vez desde la muerte mi padre, siento ilusión por algo. Me pregunto cómo irá vestida a la exposición, que sentirá al ver las obras, si querrá que yo le muestre, si nos buscaremos entre la multitud. Me río de mí misma por estos pensamientos adolescentes, pero no puedo evitarlos.

Antes de irme a dormir, miro la foto de mi padre junto a mi madre que tengo en el salón.

—¿Qué pensarías de todo esto? —pregunto en voz alta.

Casi puedo ver su sonrisa, esa que ponía cuando me veía emocionada por algo nuevo.

Voy a la cama y tras tumbarme cierro los ojos, pero la imagen de Ariadna mordiendo el labio vuelve a mi mente. Mañana será otro día, me digo, otro para lidiar con todas estas emociones contradictorias, con la galería, con la universidad, con el recuerdo de mi padre y con esta nueva e inesperada atracción que no debería estar sintiendo.

Pero por esta noche, solo por esta noche, me permito sonreír ante el recuerdo de su perfume y la promesa de volverla a ver en la exposición.

Capítulo 9

Ariadna

Me reúno con Fernando en una cafetería cerca de la galería según habíamos acordado como punto de reunión. El lugar está lo suficientemente lejos como para no llamar la atención, pero lo bastante cerca para mantener la vigilancia.

—¿Qué has averiguado? —pregunta mientras revuelve su café.

—Tomarte un café a estas horas, no sé si es conveniente —digo mirando el reloj, comprobando que son casi las ocho y media de la noche.

—La cafeína ya no me afecta. Ahora responde a mi pregunta, que quiero llegar a mi casa —exige.

—De momento, todo parece normal —respondo, observando la calle a través del ventanal—. Nadie muestra signos de nerviosismo. Necesito volver a hablar con Marina, tener más contacto con la gente de la galería.

—¿Y la hija? —Fernando se inclina hacia adelante—. Victoria, ¿verdad? Creo haber leído su nombre en el expediente que pasaron de Patrimonio.

—No está involucrada en la galería. Es profesora universitaria.

Fernando suelta una risa seca.

—La universidad podría ser su tapadera perfecta.

—Lo investigaré —respondo, aunque algo dentro de mí me inquieta con la posibilidad de tener cerca a Victoria.

—Ya te dije que no te puedes fiar de nadie.

—¿Sabes algo más de la autopsia de Antonio Andrade?

—Tenemos solo la preliminar y apunta a un infarto de miocardio. Estamos esperando al análisis completo, pero sabes que eso tarda.

—El juez dio la autorización para ser enterrado.

—Lo sé, Ariadna, es el procedimiento y lo sabes. No hay ningún indicio de que pudo ser asesinado, es todo tan raro.

—Es que a lo mejor simplemente murió de forma natural —expongo, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé, pero quiero saber, bueno, queremos saber por qué ese hombre nos llamó.

Me remuevo en la silla, pensando que quizá esto sea un trabajo que no lleve a ningún lado, solo a que un señor hizo una llamada de teléfono en un momento de vete a saber por qué.

—Tengo una corazonada, Ríos, confía en mí como yo lo hago en ti. Necesitamos seguir investigando a esa galería, sabes cómo es esto, no tengo que decirte lo que tienes que hacer.

Fernando se pone de pie, bebe el último trago de ese café que ya debe estar frío y tras dejar un billete de diez euros encima de la mesa, se marcha sin despedirse.

Sé que está saturado con todo, pero pienso que cuanto más mayor, peor es la paranoia, y ese complot que cree no es tal. Tendré que seguir investigando, aunque algo me dice que Victoria no tiene nada que ver en todo esto. Su rostro aquel día era de una mujer destrozada por la situación.

Tras pagar la cuenta salgo de la cafetería y camino por la calle hasta que la veo, está ahí

saliendo de la galería y mi mundo se para un momento.

—Es preciosa —susurro.

Cuando me doy cuenta, estoy en un restaurante cercano mintiendo sobre mi vida a una mujer que despierta demasiada curiosidad y que si la hubiera conocido en otra ocasión casi seguro intentaría algo con ella. Escucho con atención cómo habla sobre su trabajo en la universidad, se ve cómo se le ilumina el rostro cada vez que habla de su pasión.

No puede ser que esa mujer tenga algo que ver con lo que sea que pase en esa galería, ella no, y de eso nadie me va a ser cambiar de opinión. Si no es así, Victoria es una gran actriz y se ganaría más la vida interpretando que con la investigación o el mismo arte que le apasiona.

Cuando me deja la invitación tras salir de la cena, no puedo contenerme a coquetear con la mujer que tengo delante, pero no puedo involucrarme con ella así y mucho menos mintiéndole como he hecho en la cena.

Subo al coche sintiéndome la peor persona que jamás he sido, estoy acostumbrada muchas veces a mentir, pero con ella es diferente. Es tan vulnerable, aunque intente aparentar esa rectitud y su seriedad.

Antes de poner el coche en marcha saco mi móvil y busco el nombre de Fernando en mi agenda y le doy al botón de llamada.

—Dime —responde de inmediato.

—Ella no es.

—¿De quién me hablas, Ríos? Son las once de la noche y más vale que me llames por algo importante.

—Victoria, Fernando. Ella no es responsable de nada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Acabo de cenar con ella —confieso.

El resoplido de Fernando al otro lado de la línea me irrita.

—Por favor, dime que no te estás acostando con la hija de un investigado.

—¿Quién te crees que soy? ¿Por quién me tomas? —pregunto enfadada—. Sé hacer mi trabajo. Y te recuerdo que Antonio no es el investigado, está muerto. Es la galería la que estamos investigando.

—Pues entonces no sé a qué viene tanta seguridad —responde irritado—. Haz tu trabajo que para eso se te paga y no para creer cosas que no sabes.

—Eres gilipollas —escupo con rabia.

—¿Tienes algo más que contarme? —pregunta, sabe que estoy cabreada y que si seguimos terminaremos discutiendo mucho más.

—He conseguido una invitación para la exposición —le informo, intentando reconducir la conversación—. De la propia Victoria.

—Bueno, mirando el lado positivo, podrías seducir a la hija para tener acceso a más información de la galería.

—No te atrevas a decirme cómo hacer mi trabajo —expongo cabreada antes de colgar.

Me quedo en el coche, respirando profundamente para calmarme. Las palabras de Fernando me han molestado más de lo que deberían. La imagen de Victoria sonriendo durante la cena aparece en mi mente, sé que tengo un problema serio si dejo que esa mujer se cuele dentro.

Mi teléfono vibra y veo un mensaje de Fernando deslizarse por la pantalla.

—Bajo presión, trabajas mejor. Sé que sabes hacer tu trabajo, por eso confío en ti.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo. Si sigo acercándome a Victoria, las líneas

entre mi trabajo y mis sentimientos comenzarán a desdibujarse, si no lo han hecho ya. Pero necesito mantenerme cerca si quiero descubrir qué era eso tan importante que Antonio necesitaba contar a la policía antes de morir.

El recuerdo de Victoria mordiéndose el labio al recibir la invitación me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Mierda —maldigo.

De todos los momentos y todas las personas, tenía que ser ella. La hija del hombre que podría haber descubierto algo lo suficientemente grave como para querer acudir a la policía. Arranco el coche mientras intento convencerme de que puedo mantener la profesionalidad, de que sé separar el trabajo de lo personal. Pero incluso mientras lo pienso, sé que me estoy mintiendo a mí misma.

La pregunta ya no es si podré mantener las distancias, sino cuánto daño causaré cuando todo esto explote. Porque lo hará, inevitablemente. Y cuando eso suceda, la mirada de Victoria al descubrir quién soy realmente será algo para lo que no estoy preparada.

Capítulo 10

Victoria

El bullicio del catering y los últimos preparativos llenan la galería. Miro el reloj por última vez mientras Marina revisa los detalles finales.

—Victoria, deberías relajarte un poco —dice Marina mientras ajusta la posición de una copa en una de las mesas—. Todo está perfectamente organizado.

—Lo sé, lo sé —respondo, aunque mis palabras ni las de ella logran tranquilizarme—. Es solo que quiero que todo salga perfecto. Es la primera exposición desde...

No termino la frase, pero Marina entiende. Se acerca y aprieta mi brazo suavemente.

—Tu padre estaría orgulloso. La galería luce espectacular.

—Todo es gracias a ti —indico agradecida.

—Que me hayas dejado realizar esto es porque tú has querido, otra hubiera tomado el mando de la galería y me hubiese quitado del medio.

—Mi padre confiaba mucho en ti —aseguro sonriendo.

El personal del catering termina de colocar las últimas bandejas mientras yo reviso una vez más la lista de invitados.

—¿Esperando a alguien en particular? —pregunta Marina con un tono que me hace levantar la vista.

—No, solo compruebo que todo esté en orden —miento.

Las puertas se abren a las ocho en punto. Los primeros invitados comienzan a llegar, y me sumerjo en mi papel de anfitriona. Saludo, sonrío, converso, pero cada vez que la puerta se abre, mi corazón da un vuelco esperando ver a Ariadna.

—Victoria, querida —la voz de la señora Martínez, una antigua cliente de mi padre, me saca de mis pensamientos—. La galería está preciosa. Antonio estaría encantado.

—Gracias, significa mucho escuchar eso —respondo con sinceridad.

Vuelvo a mirar hacia la puerta y miro el reloj. Son más de las ocho y media y no hay rastro de Ariadna, lo que siento bastante decepción por ello.

Marina se acerca nuevamente.

—¿Seguro que está todo bien? Pareces distraída.

—Sí, es solo que... —paro de hablar al ver que Rafael Torre se acerca—. Mierda —susurro haciendo que Marina mire en esa dirección.

—Tu peor pesadilla se acerca —Marina sonríe con comprensión—. Suerte con eso —es lo último que dice antes de alejarse.

Rafael Torres, con su traje impecable y su sonrisa que pretende ser encantadora, se acerca como un depredador a su presa.

—Victoria, estás deslumbrante esta noche —dice, tomando mi mano sin permiso y besándola.

La retiro lo más educadamente que puedo.

—Gracias, Rafael. Me alegro de que hayas podido venir.

—No me perdería esta exposición por nada del mundo. ¿Sabes? He estado pensando mucho en nuestra última conversación sobre arte contemporáneo...

Comienza su interrogatorio habitual. Preguntas sobre la galería, sobre mi padre, sobre mis planes futuros. Cada pregunta se siente más invasiva que la anterior. De esa última conversación de la que habla ni la recuerdo, no sé si habrá pasado o no, porque siempre que lo tengo delante intento que la conversación con él sea lo más corta que pueda.

—Y dime, ¿has considerado mi propuesta de colaboración? —insiste.

Yo ni recuerdo cuando me ha solicitado eso, tuvo que ser quizá en el tanatorio, pero esos días mi mente ha borrado casi todo lo ocurrido.

—Rafael, yo...

—Victoria, me debes ese recorrido que me prometiste —una voz familiar me rescata.

Ariadna está ahí, radiante en un vestido azul noche que me deja sin aliento.

—¡Ariadna! Claro, el recorrido —digo, quizá con demasiado entusiasmo—. Discúlpanos, Rafael.

Mientras nos alejamos, puedo sentir su mirada en mi espalda.

—Gracias por rescatarme —susurro.

—Parecías necesitar ayuda —sonríe al decirlo—. ¿Un admirador persistente?

—Más bien, un dolor de cabeza persistente —respondo con una sonrisa.

Comenzamos el recorrido por la galería. Me sorprende a mí misma al notar cómo las palabras fluyen con naturalidad mientras explico cada obra. Ariadna me mira atenta, más de lo que imagino. Su mirada se alterna entre mi rostro y las obras. Por momentos pienso en que no quiero que deje de mirarme, nunca me había sentido así. Suelo explicar las obras a grupos de personas y ver su incomodidad en su rostro, pero ella no es así. Atiende y me consulta; si no entiende algo, me siento escuchada y esa sensación es la mejor que he tenido últimamente.

—Esta pieza —digo, deteniéndome frente a un lienzo abstracto—, representa el caos interno del artista durante la pandemia. Si te fijas en los trazos...

—Me fascina cómo lo explicas —interrumpe Ariadna—. Tus ojos brillan cuando hablas de arte.

—Es mi pasión. Crecí rodeada de arte, supongo que está en mi ADN.

—¿Por qué no trabajas en la galería? Se ve que te apasiona.

—Es... complicado —respondo, guiándola hacia la siguiente obra—. Mi padre siempre quiso que siguiera mis propios sueños. La universidad me permite hacer eso.

Sin darme cuenta, terminamos en el despacho de mi padre. El espacio sigue igual que el último día que estuvo aquí: sus libros, sus fotografías, incluso su taza de café favorita.

—Este era su santuario —digo en voz baja—. Pasaba horas aquí.

—¿Nunca te insistió en que trabajaras en la galería? —pregunta Ariadna, recorriendo la habitación con la mirada.

—No, jamás me obligó a nada —admito, tocando el respaldo de su silla—. Aunque ahora daría cualquier cosa por tener más tiempo con él.

—La vida a veces es una mierda —dice Ariadna, acercándose.

—Sí, ahora tengo que encontrar a alguien hasta que yo pueda liberarme y quizá trabajar aquí. Aunque Marina dice que no hace falta, pero sé que necesita a alguien.

—¿Sabes? Trabajé en una galería hace años.

—¿De verdad? —me sorprende.

—Sí quieres estoy disponible, puedo trabajar.

La idea surge rápidamente en mi cabeza.

—¡Podrías ayudar a Marina! Sería perfecto. Necesitamos alguien que entienda de arte, que

tenga experiencia en galerías...

Me emociono explicándole las responsabilidades, los proyectos, las posibilidades. Mientras hablo, noto que se ha acercado más. El espacio entre nosotras se ha reducido considerablemente.

—¿Solo trabajaría con Marina? —susurra—. Me interesaría más trabajar contigo.

Carraspeo intentando mantener la compostura. El perfume de Ariadna me envuelve nublando mis pensamientos.

—Por ahora no estaré muy presente —logro decir—. Marina se ocupará de todo.

—Qué lástima —murmura.

La tensión entre nosotras es palpable. Sus ojos bajan a mis labios y yo me encuentro haciendo lo mismo. No sé quién da el primer paso, pero de repente sus labios están sobre los míos. El beso es suave al principio, como si nuestras lenguas se estuvieran conociendo. Luego se vuelve más intenso, más urgente. Mis manos encuentran su cintura mientras las suyas se enredan en mi pelo.

Ariadna rompe el beso, pero mantiene su frente contra la mía.

—Esto está mal si voy a ser tu empleada —susurra nerviosa apartándose un poco de mí.

—Puedo contratarte para otras cosas —sugiero con una sonrisa.

Alza una ceja, divertida.

—Todavía no me quiero dedicar a eso. Aunque no lo descarto para el futuro. Por ahora, prefiero el sexo sin dinero de por medio.

La risa que escapa de mis labios se mezcla con los golpes en la puerta.

—¿Victoria? —la voz de Marina nos sobresalta—. ¿Estás ahí? Necesito presentarte a alguien importante.

Nos separamos rápidamente, intentando componernos. Cuando abre la puerta, Marina nos mira con suspicacia.

—El señor González quiere hablar contigo sobre una posible adquisición —dice Marina, sus ojos alternando entre Ariadna y yo.

—Claro, voy enseguida —respondo, intentando sonar profesional.

Durante la siguiente hora, me veo arrastrada de una conversación a otra. Cuando finalmente logro liberarme, Ariadna ha desaparecido.

—Se fue —dice Marina cuando pregunto por ella—. Dijo que no se encontraba bien.

La decepción debe ser visible en mi rostro, porque Marina añade:

—¿Hay algo que quieras contarme?

—No, nada —respondo demasiado rápido—. Por cierto, estaba pensando que Ariadna podría ayudarte en la galería.

Marina frunce el ceño.

—No creo que sea necesario, Victoria. Puedo manejarlo.

—Pero tiene experiencia en galerías y...

—Victoria —interrumpe Marina con suavidad—. ¿Estás segura de que es una buena idea? En ese despacho, ¿ha pasado algo?

Antes de que pueda responder, Rafael Torres aparece nuevamente.

—Victoria, ¿me concederías un baile? —pregunta, extendiendo su mano.

Miro a Marina sin entender su proposición, estamos en una galería de arte, no en un local donde poder bailar.

—Lo siento, Rafael, pero no hay música para bailar —respondo con una sonrisa forzada.

—Entonces quizá una cena mañana...

—Rafael —lo interrumpo, cansada de su insistencia—. Eres un cliente importante de la galería y te respeto por eso, pero esto tiene que parar.

—No me voy a rendir nunca —declara con una sonrisa que pretende ser encantadora.

—Está perdiendo tu tiempo —respondo con firmeza—. Y el mío.

Marina entrelaza el brazo por el de Rafael antes de que la conversación suba de tono y se lo lleva de allí alejándolo de mi vista. Miro alrededor esperando encontrarme con los ojos de Ariadna, pero ella ya no está, no entiendo por qué la busco.

La noche avanza y la exposición es un éxito. Los críticos están impresionados, las ventas son buenas, pero mi mente está en otra parte. En un beso en el despacho de mi padre, en un par de ojos que me miran como si pudieran ver dentro de mi alma.

Cuando el último invitado se marcha, me quedo sola en el despacho. Tomo la fotografía de mi padre del escritorio.

—¿Qué pensarías de todo esto? —susurro a su imagen sonriente—, de cómo, en medio de todo este dolor, mi corazón decide complicar más las cosas.

El silencio de la galería es mi única respuesta. Me acerco a la ventana y miro la ciudad nocturna. Hay algo en Ariadna que no termino de entender, un misterio que me atrae y me asusta a partes iguales. Su repentina marcha me inquieta, pero el recuerdo de sus labios sobre los míos hace que mi piel se erice.

—¿Victoria? —Marina aparece en la puerta—. Ya está todo recogido. ¿Nos vamos?

—Sí —respondo, colocando la foto de mi padre en su lugar—. Solo necesitaba un momento.

—Ha sido una gran noche —dice mientras caminamos hacia la salida—. Tu padre estaría orgulloso.

—Gracias, Marina. Por todo.

—No tienes que dárme las —responde acariciando mi brazo.

—Quiero que llames a Ariadna para que la contrates.

—No hace falta —insiste.

Yo sola la miro un instante, en ese momento Marina baja la cabeza y acepta llamarla para después despedirse de mí.

Mientras cierro la galería, no puedo evitar pensar en Ariadna. En cómo apareció en mi vida justo cuando todo parecía derrumbarse, en cómo su presencia hace que mi corazón lata más rápido. Hay preguntas sin respuesta, misterios por resolver, pero esta noche, bajo las estrellas de Madrid, decido que algunas respuestas pueden esperar.

Capítulo 11

Ariadna

Han pasado varios días desde la exposición y no puedo dejar de pensar en Victoria, en ese beso robado en el despacho de su padre. Sé que no es buena idea lo que ha pasado, pero necesito entrar en la galería y fue una oportunidad que no dejé pasar. El problema es ahora intentar no quedarme a solas con esa mujer. Mi teléfono suena interrumpiendo mis pensamientos.

—Buenos días, ¿Ariadna? Soy Isabel, de la galería. Marina quiere reunirse con usted hoy a las once.

Sonríó al saber que mi plan ha funcionado, que Victoria le ha dicho a Marina que me contrate y que por fin puedo estar dentro y saber qué es lo que pasa en ese lugar.

—Muchas gracias, Isabel, estaré allí a esa hora.

Llego puntual a la galería. El espacio tiene una luz diferente por la mañana, más íntima, más real. Isabel me guía hasta el despacho de Marina, quien me recibe con una mirada que lo dice todo: no me quiere aquí.

—Siéntate. Victoria insistió en que te entrevistara —me dice sin rodeos

—Mira, seré directa —digo, acomodándome en la silla—. Quiero ayudarte, estaré solo el tiempo necesario hasta que Victoria decida qué hacer. Tengo contactos en el mundo del arte, puedo traer clientes potenciales.

Marina saca una carpeta, la abre sobre el escritorio y me mira fijamente para después abrirla para quedarse observándome.

—No hay mucha información sobre ti.

—¿Me has investigado? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Por supuesto. Es el procedimiento. Nadie trabaja aquí con antecedentes penales.

Me inclino sobre su escritorio, mirándola fijamente.

—¿Y a ti te investigaron? —pregunto provocándola.

—Sí, Antonio lo hizo en su momento —responde recostándose en su silla y mirándome de forma chulesca.

—Quizás deberían investigarte de nuevo —la provoco, y veo cómo se tensa.

—¿Por quién me tomas?

Sonríó, relajando mi postura. No puedo tensar la cuerda, pero necesitaba saber cómo reaccionaría ante la pregunta.

—Solo bromeaba —comento sonriendo.

—Aquí se viene a trabajar, no a hacer bromas —responde seria.

Decido cambiar de estrategia. Para ver si así se relaja después de mi pregunta, impertinente para ella, muy necesaria para mí.

—¿Qué hay entre Rafael Torres y Victoria?

Marina levanta la vista de inmediato, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me sorprende.

—¿Te interesa Victoria? —pregunta directamente.

Antes de que pueda responder, ella vuelve a hablar.

—Claro que te interesa. Mujer guapa, soltera, heredera de una fortuna...

—No —miento interrumpiéndola—. Solo noté que parecía incómoda con él en la exposición.

—Rafael lleva años detrás de Victoria. No se rinde —hace una pausa sonriendo—, aunque deberías saber que Victoria no es de relaciones largas.

Su mirada y la expresión me dice que ellas tuvieron algo y que Marina al menos sigue teniendo sentimientos por Victoria. Lo que ahora no sé, es si Victoria siente todavía por Marina. Un desconcierto se instala en el pecho.

—¿Por qué me dices eso? —pregunto, intentando mantener mi voz neutral.

—Es solo información —responde con un tono que sugiere todo lo contrario.

El mensaje es claro: Marina me está advirtiéndome. ¿Sobre Victoria? ¿Sobre ella? ¿Sobre la galería? No lo sé, pero algo me dice que esta conversación va mucho más allá de una simple entrevista de trabajo. Marina está marcando su territorio, y yo acabo de entrar en él sin invitación.

La pregunta es: ¿estoy dispuesta a jugar según sus reglas? Pero algo me dice que en esta galería hay mucho más en juego que un simple puesto de trabajo.

—He venido por un puesto de ayudante, no a saber los gustos de la dueña —digo, intentando ser convincente.

—Claro —afirma elevando las cejas—. Empiezas mañana, me gusta la puntualidad.

—¿Así de fácil? ¿El puesto es mío?

—No me queda otra que contratarte, como bien dices, Victoria es la que manda, aunque todavía no se haya abierto el testamento.

—Perfecto —digo, levantándome de la silla y elevando la mano para estrecharla.

—Si descubro algo sobre ti que no me guste, estarás en la calle sin miramientos —dice casi en un susurro sin soltar mi mano.

Le guiño el ojo y eso hace que ella suelte el agarre. Sé que provocarla no es lo ideal, porque necesito que confíe, pero que me haya hablado de Victoria de esa manera me hierve la sangre.

Salgo de la entrevista con Marina con una sensación agridulce. Su advertencia sobre Victoria resuena en mi cabeza mientras cruzo la galería. Necesito aire, necesito pensar, pero, sobre todo, necesito hablar con Fernando.

Mi teléfono vibra. Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, es él.

—¿Cómo ha ido? —pregunta sin saludar.

—Nos vemos en la cafetería de al lado de la comisaría en media hora —respondo antes de colgar.

El café está casi vacío cuando llego. Fernando ya está allí, con su café solo y ese aire despreocupado que tan bien ha aprendido a fingir. Me siento frente a él.

—¿Te han contratado? —pregunta.

—Sí, pero Marina no confía en mí. Me ha investigado.

Fernando se tensa visiblemente.

—¿Cómo que te ha investigado?

—Tranquilo, tu trabajo está bien hecho. Mi nueva identidad es impecable.

—No podemos permitirnos errores, Ariadna. Si descubren quién eres realmente...

—Lo sé —lo interrumpo—. ¿Has averiguado algo que deba saber?

Fernando bajó la voz, inclinándose sobre la mesa.

—Me he hecho con los planos de la galería.

—Ya los tengo, Fernando, no hay nada extraño.

—Tienes los nuevos, el edificio se remodeló en el dos mil diez, en el nuevo no aparece un sótano.

—¿El sótano? —pregunto, recordando los planos—. Si aparece en los planos nuevos, imagino que es donde guardan las obras.

—En los planos nuevos solo hay una planta en el subsuelo, en los viejos dos. Se usaba de aljibe para el edificio, imagino que alegaron desuso y supuestamente lo rellenaron de tierra, pero eso debe de no ser así.

—¿Estás seguro de eso? —pregunto desconcertada.

—Tendrás que sacarnos de dudas, debes acceder al sótano e investigar.

Tomo un sorbo de café, procesando la información.

—¿Y Victoria? —pregunta Fernando.

—No está involucrada, ya te lo he dicho, pase lo que pase en esa galería, ella no está al tanto.

—Ahora que eres tan amiguita, deberías preguntarle por esa zona.

Pongo mis ojos en blanco mientras niego con la cabeza. La verdad es que no quiero hablar con Victoria, ni siquiera quiero tenerla cerca porque es un peligro, no solo para la investigación, sino para mí. Esa mujer es como un pecado y debo alejarme de eso.

—Marina mencionó que Antonio la investigó cuando empezó a trabajar.

—Parece que es el modo de proceder de la galería. Debes tener cuidado, Ariadna, aunque creamos que tengamos todo atado, esa mujer puede seguir investigando y dar con quién realmente eres y podemos tener un problema.

—No lo hará —respondo segura—. Intentaré hacerme amiga de ella.

Fernando sonríe mirándome mientras niega con la cabeza.

—Tengo que volver a comisaría. Necesitamos saber qué coño pasa allí. No quiero volver a hablar contigo a no ser que tengas algo importante que decirme.

—Pues deja de llamarme a diario —protesto.

Fernando deja un billete de diez euros en la mesa y se marcha sin decir nada. Me recuesto en la incómoda silla y miro por la ventana el exterior, como si la vida siguiera ajena a las historias que cada persona lleva arrastrando. Mañana comienza un nuevo día y con ello la identidad de Ariadna Rothen. Miro el reloj y suspiro, quedan horas para comenzar la investigación desde dentro y descubrir qué era lo que quería Antonio Andrade antes de su fallecimiento.

Capítulo 12

Ariadna

Estoy sentada frente a Marina, observando cada uno de sus gestos. El ambiente sigue tenso desde nuestra conversación de ayer, pero hoy vengo con un plan. Necesito ganarme su confianza si quiero acceder al sótano, donde según Fernando debe estar la clave.

—No termino de entender qué haces aquí —dice Marina sin apartar sus ojos de los míos. Su voz es suave pero firme.

Mantengo la calma. He estado en situaciones más difíciles durante mis años en la policía, aunque ella no lo sabe. No puede saberlo.

—Puedo ser útil en muchos aspectos —respondo.

Cuando veo que va a hablar levanto la mano para que no diga nada.

—Por ejemplo, ayer estuve revisando la página web de la galería —continúo diciendo.

—¿Disculpa? —dice y su ceja se arquea ligeramente.

—Está bastante obsoleta —digo directamente—. En el mundo del arte actual, la presencia digital es fundamental. Y la web parece anclada en dos mil diez.

Veo cómo se reclina en su silla. Es un gesto pequeño, pero significativo. He captado su atención, y una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Qué propones exactamente? —pregunta, intentando mantener su tono desinteresado, pero puedo ver el brillo de curiosidad en sus ojos.

Me inclino hacia adelante, aprovechando el momento.

—La web necesita una renovación completa. Diseño, galería virtual, sistema de reservas para exposiciones... —hago una pausa para observarla—. Sobre todo, necesitamos atraer a un público más joven.

—¿Público joven? —repite, escéptica.

—Exacto. Arte que otros galeristas considerarían vulgar o demasiado moderno, pero que conecte con las nuevas generaciones. *NFTs*, arte digital, instalaciones interactivas... El futuro del mercado del arte está ahí, y ahora mismo, la galería lo está ignorando por completo.

—Los *NFTs* son la mayor estafa.

—Depende de cómo lo presenten, se acaba de vender una obra por más de seis millones de dólares de un plátano pegado con cinta a una pared. Puede tener varias interpretaciones, pero el dueño lo único que tiene es un certificado de posesión de la obra.

—Eso no es arte —protesta poniendo los ojos en blanco.

—¿Quiénes somos nosotras para valorar que es arte y que no? —pregunto dejando la duda en la mujer que tengo enfrente.

Marina me estudia en silencio durante lo que parecen minutos eternos. Finalmente, suspira.

—Antonio nunca quiso modernizar demasiado ese aspecto —admite, y noto cierta nostalgia en su voz—. Era su punto débil. Siempre decía que el arte verdadero no necesitaba de artificios digitales. En los tokens no fungibles estoy totalmente de acuerdo con Antonio.

—Los tiempos cambian —respondo suavemente—. No hagamos *NFTs*, olvidemos eso. Yo sé de desarrollo web, tengo experiencia en marketing digital. Solo necesitaría las

credenciales de administrador y...

—De eso no sé nada —me interrumpe, alzando una mano—. Habla con Carmen, ella gestiona esas cosas. Antonio no dejaba que tocáramos la web y ella se encargaba de hacer los cambios que solicitaba el señor Andrade.

—Pues solo necesito eso y después puedo plantearte las ideas que tengo, pero primero debo entrar en la web.

—Perfecto, pues ya tienes trabajo —me indica sin mirarme.

Me levanto satisfecha con este pequeño avance. Es un primer paso, una grieta en su armadura. Antes de salir, me giro.

—¿Dónde trabajaré?

Marina se encoge de hombros y tras una pausa que me parece eterna, responde:

—Usa el despacho de Antonio. Victoria no pondrá objeciones.

Su respuesta me desconcierta tanto que por un momento me quedo paralizada. Si tuviera algo que ocultar, ¿por qué me pondría precisamente en el despacho de Antonio? ¿Es una prueba? ¿Una trampa? ¿O simplemente está tan segura de haber eliminado cualquier evidencia que no le preocupa?

Encuentro a Carmen en su escritorio, tecleando concentrada. Cuando le menciono el proyecto de la web, una sonrisa genuina ilumina su rostro.

—Ya era hora —dice, abriendo un cajón y sacando una agenda de cuero negro—. Mi hijo siempre me decía que eso estaba desactualizado, yo se lo decía al señor Antonio, pero era terco. Él era bueno en muchas cosas, pero con la tecnología no se llevaba muy bien.

—¿Esa es la agenda de Antonio? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad policial.

Carmen detiene sus movimientos y me estudia por unos segundos que se hacen eternos.

—No —responde finalmente—. Aquí anoto todo lo relevante de la galería. Contraseñas, procedimientos, contactos...

Mientras apunta las credenciales en un *post-it*, le comento sobre mi nuevo espacio de trabajo.

—Ah, sí, el despacho de Antonio —dice sin levantar la vista—. Ya está vacío. Puedes usarlo cuando quieras.

Ahora entiendo la rapidez de Marina al ofrecérmelo: el despacho está completamente limpio de cualquier rastro de su anterior ocupante. Me pregunto cuánto tardaron en vaciarlo después de su muerte.

Al entrar, un escalofrío recorre mi espalda. Este escritorio... aquí encontraron a Antonio. No puedo evitar imaginar la escena: el cuerpo inmóvil, los primeros rayos de sol entrando por la ventana, el caos que se desataría después. Me giro hacia Carmen, que se ha quedado en la puerta, y debe notar el miedo en mi rostro.

—Era un buen hombre —dice con nostalgia—. Cuando lo encontraron, parecía simplemente dormido. El señor Andrade solía quedarse algunas noches en la galería, especialmente antes de las grandes exposiciones. No fue tan terrible como podría haber sido.

Sus palabras me provocan más preguntas que respuestas. ¿Por qué se quedaba a dormir? ¿Qué hacía durante esas noches? ¿Quería avisar de que por las noches pasan cosas?

Carmen me trae un portátil plateado.

—Es uno que estaba libre —explica—, tiene todo lo básico instalado.

—¿Y el ordenador del señor Antonio? —pregunto con curiosidad.

—Lo tiene Marina —responde, y hay algo en su tono que me hace pensar que hay más

historia detrás de esa simple frase.

Cuando Carmen sale cierro la puerta y me dedico a examinar minuciosamente el escritorio. Me siento ridícula, como si estuviera en una película de misterio barata, pero no puedo evitarlo. Mis dedos recorren cada centímetro de la mesa, buscando compartimentos secretos, palancas ocultas, cualquier cosa que pudiera haber pasado desapercibida.

—Demasiadas películas de misterios —murmuro para mí misma, pero sigo buscando.

Este mueble antiguo podría guardar algo, aunque tras media hora de búsqueda infructuosa, tengo que admitir que, si había algo, ya lo han encontrado.

Frustrada, enciendo el portátil. Mientras espero que encienda, mi mente no deja de dar vueltas. ¿Por qué Marina tiene el ordenador de Antonio? ¿Qué encontró en él? ¿Y por qué me ha puesto precisamente aquí, en el lugar donde murió?

La pantalla se enciende y abro el navegador para examinar la web de la galería. Es tan básica: diseño anticuado, navegación confusa, fotos de baja calidad. Mientras tomo notas sobre los cambios necesarios, no puedo evitar pensar en Victoria. ¿Sabrá que estoy ocupando el despacho de su padre? ¿Cómo se sentirá al respecto?

Sacudo la cabeza, intentando alejar estos pensamientos. Fernando tiene razón: no puedo permitir que mis sentimientos por ella interfieran en la investigación. Pero es difícil, especialmente después de ese beso.

El ruido del exterior me devuelve a la realidad. Me concentro en la pantalla, en el código fuente de la web, en las mil mejoras que podría implementar. Esa es mi manera de ganarme la confianza de Marina, mi primer paso para descubrir qué se esconde en el sótano de esta galería.

Mientras trabajo, siento el peso de la historia de este lugar. Las paredes parecen guardar secretos, y el fantasma de Antonio Andrade flota en el aire como una pregunta sin respuesta. Su muerte fue clasificada como natural: un ataque al corazón mientras trabajaba hasta tarde. Pero ahora, sentada en su escritorio, rodeada de las sombras de su vida, no puedo evitar preguntarme si hay algo más.

El sol comienza a ponerse, tiñendo el despacho de tonos anaranjados. Miro el reloj: casi las seis. Pronto todos empezarán a irse, y la galería quedará en silencio. Pero no será un silencio vacío, lo sé ahora. Será un silencio lleno de secretos, de preguntas sin responder, de verdades ocultas tras cuadros caros y sonrisas educadas.

Y yo estoy aquí para descubrirlas todas, aunque eso signifique arriesgar mi corazón en el proceso.

Capítulo 13

Victoria

Me encuentro sentada en el restaurante con Lourdes después de salir de la universidad. La jornada laboral ha terminado y decidimos almorzar juntas. El ambiente es tranquilo, perfecto para ponernos al día.

—¿Cómo sigue tu madre? —pregunto.

—Le han dado el alta hoy.

—¿Y estás aquí?

—Necesito no estar tan pendiente, he contratado a una chica que me han recomendado. No tenía vida, más que la Universidad; me estaba saturando demasiado.

—Entiendo —digo apretando su brazo.

—Lamento tanto no haber podido acompañarte en el funeral, ni a la exposición.

—Ya, Lourdes, lo hemos hablado, hay prioridades y en aquel momento era tu madre.

—Gracias —susurra.

El chico viene y nos toma la comanda y, tras pedir, miro a mi amiga y hay algo que me tiene preocupada y así se lo hago saber.

—No entiendo por qué tardan tanto con el testamento. Mi padre tenía un abogado que podría informarme, pero es como hablar con una pared. Solo repite que hay que seguir el procedimiento. Tengo hasta dudas de que mi padre me haya dejado la galería con tanto misterio.

—Pero tú ya posees la mitad —me recuerda Lourdes.

Asiento, aunque eso no me tranquiliza del todo.

—Sabes que las cosas del juzgado van despacio, lo debes saber cuándo pasó lo de tu madre

—corta sus palabras y me mira apenada.

—Se ocupó de todo mi padre —aseguro, apoyando la espalda en la silla.

—Las cosas son lentas y lo sabemos hasta por nuestra profesión, no debes de preocuparte en exceso.

—Tienes razón —reconozco.

—¿Ya te han dado la autopsia definitiva? —pregunta con cautela.

—No. Sé que tengo que recogerla en los juzgados según me dijeron, pero solo tengo una preliminar del infarto —respondo, sintiendo un nudo en el estómago—. De todas formas, es muerte natural, porque no hay investigación abierta.

—¿Sabías que tu padre tenía problemas de salud?

—No —contesto, y el dolor se hace presente de nuevo—. Supuestamente estaba bien.

—Bueno, eso tienen los infartos —reconoce—. Hoy estás bien y pasa de pronto.

El camarero nos trae los platos que hemos pedido que vamos comiendo mientras seguimos hablando.

—¿Recuerdas que te hablé de una mujer que me ayudó en el tanatorio a que no colapsara?

Mi amiga, que no para de engullir la comida, asiente sin dejar de mirarme.

—Pues la he contratado —suelto rápido.

—¿Y eso? —logra decir tras tragar.

Me encojo de hombros y mi amiga sonrío.

—¿Ha pasado algo?

—No —respondo poniendo los ojos en blanco.

—No es buena idea contratar a alguien para follártela —dice dejando el tenedor en el plato y limpiándose la boca.

—¡Qué soez eres! —me quejo—. No la he contratado para eso. Marina necesita ayuda y bueno, ella es una buena candidata.

—Ya, claro. La mujer que te ayudó a salir de tu estado de ansiedad. La misma que...

—Para, Lourdes. Es mi empleada.

—Victoria, te conozco desde hace, ¿cuánto? Doce años o más. Sé cuándo pierdes el culo por alguien, y tú, aunque te niegues a reconocerlo, estás empezando a perderlo por esa mujer.

—No quiero hablar sobre eso.

Lourdes muerde su labio mientras niega con la cabeza.

—Podrías intentarlo —dice después de un rato.

—Ya, para. No va a pasar nada. Aunque ya...

Lourdes sonrío y me mira expectante esperando que le siga contando.

—Nos besamos —termino confesando.

Antes de que diga algo alzo la mano y ella se mantiene en silencio.

—No sé lo que va a pasar, pero prometo intentarlo si ella quiere.

—Perfecto —es lo único que responde.

Tras el almuerzo, me despido de Lourdes con un abrazo y me dirijo a la galería. Necesito hablar con Marina sobre Ariadna y, tras entrar y saludar a Isabel, voy al despacho de la directora y la encuentro revisando unos documentos.

—¿Tienes un momento? —pregunto desde la puerta.

—Claro, pasa. ¿Qué necesitas?

—Quería hablar sobre Ariadna.

Marina alza la vista de los documentos y me indica que tome asiento.

—Dime.

—¿Cómo va todo?

—Bien... a regañadientes admito que fue buena idea contratarla. Tiene buenas propuestas para la web.

—¿La web? —pregunto confundida pensando que se iba a dedicar a traer nuevos clientes.

—Sí, la verdad es que hacía tiempo que se lo decía a tu padre de renovar esa imagen de la galería, pero sabes cómo era. He de reconocer que Ariadna sabe lo que hace.

—Me alegro. ¿Dónde está ahora? —pregunto con curiosidad.

La mirada que me dirige Marina me desconcierta.

—¿Te gusta? —pregunta.

—¿Perdón?

—Ariadna. ¿Te gusta? Me has hecho contratarla, imagino que hay algo entre vosotras.

—¿A qué viene eso? —pregunto, sintiendo cómo la irritación crece en mi interior.

—Simple curiosidad. Ha sido una pregunta estúpida, no debí hacerla.

—No seas tan curiosa, Marina —digo, levantándome de la silla.

Me giro para marcharme, pero sus siguientes palabras me clavan en el sitio.

—Nunca he dejado de sentir algo por ti, Victoria.

Me giro lentamente.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que has oído —afirma seria.

—No me puedo creer que estés haciendo esto ahora —digo, apretando los puños—. Lo nuestro terminó hace años.

—Lo sé, pero...

—No hay peros, Marina. Dejé de ser una posibilidad hace mucho tiempo.

La veo agachar la cabeza, pero la rabia me puede. Voy hasta donde está.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué esta confesión justo en este momento?

—Tal vez porque veo que podrías encontrar a alguien que valga la pena.

Apoyo las manos en su escritorio inclinándome hacia ella.

—¿Es eso? ¿Me hiciste mierda y ahora tienes celos?

—Era joven, Victoria. Quería disfrutar de la vida.

—Pues sigue disfrutando, como hago yo —escupo con rabia—. ¿Dónde está Ariadna?

—En el despacho de tu padre.

Siento como si me hubieran echado un cubo de agua fría.

—¿Por qué allí?

—Era el único que quedaba libre —responde encogiéndose de hombros.

Salgo de su despacho sintiendo que me hierva la sangre. Creía que nuestro tema hacía años estaba zanjado y remover ese pasado no me ha gustado nada. Pensaba que Marina había enterrado eso al igual que yo.

Carmen me saluda desde su mesa cuando me ve llegar haciendo que salga de mis propios pensamientos.

—Victoria, ¿vas a ver a Ariadna?

—Sí, ¿está ocupada? —pregunto señalando a la puerta que la veo abierta y la miro entrecerrando los ojos.

—No, casi nunca cierra la puerta —dice con una sonrisa.

Me detengo en el umbral, observándola. Está concentrada en la pantalla, tecleando con una expresión serena que me hipnotiza. Sus dedos se mueven con agilidad sobre el teclado mientras murmura algo para sí misma.

Carraspeo suavemente y da un respingo, llevándose la mano al pecho.

—¡Joder! Me has asustado —dice con una risa nerviosa.

—Lo siento, no era mi intención —respondo con una sonrisa de idiota en mi rostro. No puedo verla, pero lo sé porque no soy capaz de mover del umbral de la puerta.

—No pasa nada. ¿Necesitas algo? —pregunta alzando la ceja.

Esa pregunta, tan simple, me desarma por completo. Porque ahora mismo un beso de esos labios necesitaría, pero tengo que mantener la compostura. Me acerco a su mesa, dudando entre un apretón de manos o dos besos. Ella resuelve mi dilema levantándose y saludándome con dos besos que se prolongan más de lo necesario.

—¿Cómo va todo? —pregunto, intentando mantener un tono profesional.

—Muy bien. Estoy diseñando la nueva estructura de la web. ¿Quieres verla? —dice con entusiasmo.

—Claro —me siento a su lado, consciente del calor que irradia su cuerpo.

—Mira, he pensado en crear una galería virtual... —se inclina hacia la pantalla, y su perfume me envuelve—. También necesitaría bajar al sótano para catalogar las obras que hay allí. Seguro que hay algunas almacenadas desde hace bastante tiempo y podrías colocarlas en la web —propone.

—Por supuesto, habla con Marina para que te dé acceso.

Ariadna me muestra con entusiasmo el proyecto que tiene y yo por un momento desconecto solo soy capaz de mirar su rostro como se ilumina explicándose los planes, como de sus ojos sale ese brillo que parece algo que le apasiona y me quedo embobada mirándola, hasta que ella para de hablar y vuelve a inclinarse para enseñarme algo en la pantalla, su olor vuelve y me embriaga, estoy perdida, lo sé, ahora lo acabo de confirmar.

—Tengo que marcharme —digo levantándome para irme.

Ariadna está desconcertada, lo veo en su rostro, pero no dice nada, cojo mi bolso y me dirijo hacia la puerta sin ni siquiera despedirme, no puedo sentir otra vez su mejilla junto a la mía. Estoy frente a la puerta que ha permanecido abierta todo este tiempo, con un paso ya estaría fuera, pero por impulso la cierro y me giro para mirarla. Veo cómo sus ojos se clavan en mí, camino decidida hasta quedar frente a frente.

—No sé qué me pasa —confieso en voz baja—, pero me muero por besarte.

—Victoria... —susurra—. No sería prudente. Ahora soy tu empleada.

—Lo sé. Es una pena no poder probar esos labios de nuevo...

Me giro para marcharme, pero ella me sujeta del brazo. Su contacto me envía corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Me atrae hacia ella y nos besamos. El beso empieza suave, despacio, pero pronto perdemos el control. Su cuerpo choca contra el escritorio y siento que la ropa nos quema. Las manos recorren nuestras cinturas con desesperación, Ariadna sube una mano a mi nuca y hace que me pegue más a ella.

—Aquí no —susurro contra sus labios, aunque mi cuerpo grita lo contrario.

Ella asiente, incapaz de hablar. Saco una tarjeta de mi bolso con manos temblorosas.

—Es mi número —digo, intentando recuperar el aliento—. Llámame después... si quieres.

—Lo haré —responde con voz ronca.

Salgo del despacho sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho. Carmen me mira con curiosidad, pero no dice nada. Mientras camino hacia la salida, me pregunto en qué momento perdí el control de todo esto, y si quiero recuperarlo.

El recuerdo de sus labios me acompaña durante todo el día, y me descubro mirando el teléfono más veces de las que quiero admitir, esperando una llamada que no sé si llegará.

Capítulo 14

Ariadna

Llego a mi apartamento intranquila, recordando el beso con Victoria, sé que eso no debió de pasar, pero cómo puedo resistirme a esa mujer si cuando la tengo cerca mi juicio se nubla y la que habla no es precisamente la razón. Mi cuerpo se mueve por impulsos, esos que no puedo controlar, mi mente vuela a escenas imaginarias en la que ella... Sacudo la cabeza intentando borrar eso, ya que no puedo poner en peligro por lo que me han contratado.

—Mierda —susurro desesperada.

Me tiro en el sofá cansada, pero mi mente sigue demasiado activa como para dormir. Saco la tarjeta de Victoria del bolsillo y la observo por enésima vez, repasando los dígitos que ya me sé de memoria.

El beso vuelve a mi mente: sus labios suaves, el calor de su cuerpo, ese suspiro que se le escapó cuando nuestras lenguas se encontraron. La forma en que sus manos se aferraron a mi cintura...

Me levanto y camino por el apartamento, intentando despejarme. Miro el teléfono que está en la mesa. Sería tan fácil llamarla, escuchar su voz, pedirle una dirección e ir a su casa.

—Eres una profesional —repito en voz alta— No puedes cagarla de esa manera.

Termino volviendo al sofá y es el cansancio el que me vence y me quedo dormida.

Es el sonido de la alarma del móvil es la que me despierta. Me duele todo por la mala postura que he tenido. La apago y me voy directa a la ducha a ver si así logro despejarme.

Cuando llego a la galería llevo puesta unas gafas de sol, aunque el día esté nublado y el frío cale los huesos. Para mi sorpresa, cuando accedo veo que Marina ya está, miro el reloj y veo que es muy temprano para que ella esté ahí.

—¿Noche entretenida? —pregunta con una sonrisa alzando la ceja.

—Me quedé dormida en el sofá —respondo con desgana.

—¿Con las gafas puestas? —dice con sorna.

—Dolor de cabeza —miento.

Saludo a Isabel que se ha quedado atenta a la conversación que teníamos y tras eso me dirijo a mi despacho. Me sorprende al ver que Carmen es la que no ha llegado todavía, tomo asiento detrás del escritorio y con desgana comienzo a revisar lo que anoté ayer mientras intento que Victoria no vuelva a mi mente.

Tras revisar las notas hay algo que me carcome, los planos de Fernando, el sótano de la galería y creo que es el momento perfecto para proponerle a Marina que necesito bajar.

Cuando entro a su despacho la encuentro hablando acaloradamente por teléfono. Se le nota enfadada y lo confirma lo que escucho.

—¡Me importa una mierda lo que él diga! —grita—. ¡Necesito esos documentos ya!

Me hace un gesto brusco para que me vaya. Mi instinto policial se activa, cierro la puerta y me apoyo en la pared exterior.

—¡No me vengas con excusas! —escucho que dice—. ¡Haz tu puto trabajo!

Me alejo cuando creo que ha colgado y voy a la recepción para hablar con Isabel.

—Buenos días —me saluda—. ¿Qué te parece trabajar aquí?

—Interesante —respondo con una sonrisa—. ¿Siempre es así Marina por las mañanas? —pregunto intentando averiguar qué es lo que pasa.

—Últimamente está más tensa de lo normal —dice en voz baja.

La puerta del despacho se abre y Marina sale; parece que su papel con la falsa sonrisa comienza. Se le ve tensa, aunque lo sabe disimular bastante bien, pero esa mandíbula apretada dice que no está tan relajada como debería.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Perfectamente —responde mintiendo—. ¿Necesitabas algo?

—Quería proponerte empezar a organizar el sótano —comienzo a decir caminando hasta llegar a su altura—. Hay obras que podríamos colgar en la web, y así poder darle salida...

—De acuerdo —me interrumpe.

—¿Así de fácil? —pregunto desconcertada.

Marina que se había girado para entrar a su despacho, vuelve sobre sus pasos y me escanea con su mirada.

—¿Qué pensabas que te diría? —pregunta alzando una ceja—. Has venido para eso, y ahí abajo hay cuadros muy interesantes que pueden ser vendidos —responde como si fuese una obviedad.

Su respuesta es razonable, pero mi desconcierto debe estar instalado en mi rostro.

—Ya —respondo.

—Que te acompañe Carmen —dice antes de que comience a caminar.

—¿Por qué? Solo son cuadros.

—Hay estanterías con archivos. Antonio siempre decía que nadie debía bajar solo, son órdenes —responde y baja la mirada al pronunciar el nombre del que fuese su mentor.

—¿Por unos archivos? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Por seguridad —dice con tono seco—. Carmen conoce bien el lugar.

No le replico más, porque hay unas normas y debo cumplirlas, si ya me parece extraño que me deje acceder, tampoco voy a estar incordiando para que se pueda arrepentir de la decisión.

Antes de entrar para coger la cámara, veo a Carmen organizando unos papeles.

—Carmen, ¿me acompañarías al sótano? Quiero revisar algunas obras para la web.

Sus ojos se iluminan al escucharme, deja lo que está haciendo y se pone de pie de inmediato.

—Oh, hay verdaderos tesoros allí abajo. Antonio guardaba piezas increíbles.

Tras coger lo necesario, bajamos juntas. Al acceder me sorprende, cuando Carmen enciende las luces, está todo muy bien iluminado, como si eso en algún momento formara parte de las exposiciones.

Carmen comienza a mostrarme las obras mientras me va contando historias de cómo han llegado hasta aquí.

—Esta réplica de Miró —señala un lienzo— el artista nunca vino a buscarlo. Y este otro, Antonio lo compró en una subasta, pero nunca lo expuso.

—Vamos por partes —digo intentando acordarme de las normas en una galería con las réplicas.

—Dime —dice con una sonrisa.

—¿Los derechos de autor? Porque lo que sé es que el autor debe haber fallecido hace setenta años para poder hacer réplicas de sus cuadros.

—También pueden hacerlo con las autorizaciones pertinentes y este las tiene. Si te fijas el

lienzo está firmado por el autor de quien lo hizo. Este que nunca se ha expuesto, por ejemplo, es uno original.

—¿Por qué no se ha expuesto ese si es original? —pregunto con curiosidad.

Se encoge de hombros a modo de respuesta.

—Antonio tenía sus razones. A veces compraba obras solo porque le gustaban.

Seguir hablando sobre eso no va a darme una razón real del porqué esa obra está ahí sin ser expuesta. Así que decidimos acondicionar una zona y empezar a fotografiar los cuadros. Con cada cuadro que fotografío, Carmen tiene una historia que contar y por un momento, veo plausible incluso colocar algo de sus historias en la web, pero lo descarto porque en esto del arte son muy purista.

Cuando nuestros estómagos rugen las dos nos miramos sonriendo y decidimos que es hora de parar e ir a comer. Al dirigirme a la escalera me doy cuenta de que bajo de ellas hay una puerta y me giro mirando a Carmen.

—¿Qué hay ahí? —pregunto intrigada.

—¿Eso? —señala a donde le he indicado, yo asiento—. Se selló en la última reforma. Daba a otra parte del sótano que se rellenó de tierra.

—¿Y por qué dejaron la puerta?

—Le pregunté lo mismo a Antonio una vez. Dijo algo sobre mantenerla por si en el futuro necesitaban usar ese espacio. Nunca lo entendí del todo.

—¿Por qué llenarlo de tierra si en un futuro podían quitarla de nuevo?

—Los arquitectos dijeron que era por precaución estructural. Como te digo nunca lo entendí del todo.

La explicación de Carmen no me convence, pero es lo único que tengo por ahora. La puerta parece algo normal, nada de seguridad a simple vista. Tengo que saber quién tiene la llave de ese lugar.

—¿Vamos a comer? —pregunta Carmen sacándome de mis pensamientos—. Conozco un sitio aquí cerca que hace unas croquetas deliciosas.

Mientras subimos, mi mente trabaja a toda velocidad. Los planos de Fernando, la puerta, la llamada recibida por Marina.

—Carmen, ¿recuerdas cuándo fue exactamente esa reforma?

—Hace unos nueve años, creo. Fue justo después del fallecimiento de Julia.

—¿Julia? —pregunto desconcertada.

—La mujer de Antonio.

Hago un repaso mental del informe que me dejó Fernando y no logro saber si ese nombre estaba ahí.

—¿Y Victoria nunca preguntó por esa parte del sótano? —pregunto curiosa.

—Ella siempre ha estado en la universidad, en esa época estaba preparándose para ser Catedrática, ni venía a la galería, o lo hacía muy pocas veces, y la realidad es que cuando falleció su madre pasó mucho tiempo antes de volver a venir. ¿Por qué tanta pregunta?

—Simple curiosidad—sonríó—. Me intriga la historia de los edificios.

En el restaurante, mientras Carmen me habla de las exposiciones con más éxito de la galería, mi mente no deja de dar vueltas. ¿Qué hay realmente tras esa puerta? ¿Por qué sellar un espacio y mantener el acceso? ¿Qué documentos reclamaba Marina con tanta urgencia?

La tarjeta de Victoria sigue en mi bolsillo. Divago sobre la idea de llamarla y vernos esta noche y así podré saber algo más sobre esa parte, pero sé que si hago eso me expongo a lo

que puede pasar después. Mi cuerpo se estremece al pensar en esa posibilidad y suspiro intentando relajarme.

—¿Más vino? —me ofrece Carmen.

—No, gracias —respondo—. Necesito mantener la cabeza despejada.

—¿Por Victoria? —murmura con una sonrisa.

—¿Qué? —digo sorprendida.

—Querida, llevo más treinta años en esa galería —comienza a decir—. Reconozco las miradas cuando las veo. Aparte la puerta ayer se cerró —razona encogiéndose de hombros.

—No es lo que piensas —respondo con mucho calor.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. ¿Tan obvio es? ¿Lo habrá notado también Marina? Estoy poniendo en peligro todo por haberme pillado por la hija del fallecido, tengo que tomar el control de esto. Decido desviar la conversación hacia lo que me importa y sacar a Victoria de mi cabeza.

—Una última pregunta —digo mientras le hago una señal al camarero para que traiga la cuenta—. ¿Antonio pasaba mucho tiempo en el sótano?

—Los últimos meses, sí. A veces se quedaba hasta tarde, Marina bromeaba diciendo que tenía un tesoro escondido allí abajo.

Un tesoro o algo más peligroso, pienso. Algo por lo que alguien estaría dispuesto a matar. Pero de ser así, ¿por qué ese hombre intentó poner sobre aviso a la policía?

Capítulo 15

Ariadna

Tengo la tarjeta de Victoria entre mis dedos de nuevo, pasándola de una mano a otra mientras contemplo el número. Han pasado días desde que descubrí esa misteriosa puerta en el sótano, y las preguntas no dejan de multiplicarse en mi mente. Necesito respuestas y ella podría tenerlas.

He seguido calificando cuadros y tomando fotos, sé que Victoria me dio el teléfono para llamar esa noche, pero no fui capaz ni ese día ni los posteriores, pero ahora me pregunto si será buena idea hacerlo y sacarme de dudas sobre el sótano, ya que estoy en un callejón sin salida, no sé por dónde tirar.

Tras varios minutos de pensar en lo que hacer, marco el número. Cada tono de espera hace que mi corazón lata más rápido, hasta que finalmente escucho su voz.

—¿Sí?

—Hola —es lo único que logro decir.

—Pensaba que ya no ibas a llamar.

—Tenía mis dudas —admito.

Su risa resuena a través del teléfono, enviando un escalofrío por mi cuerpo.

—¿A qué se debe que te hayas decidido? —pregunta.

—No lo sé —miento—. Estaba sentada en el sofá y recordaba el otro día en el... —paro de hablar porque una punzada se traslada a mi entrepierna haciendo que las cierre de golpe y un jadeo salga de mi boca.

—¿Te gustaría venir a cenar a mi casa? —pregunta después de unos segundos de silencio.

—No creo que sea buena idea que estemos las dos solas —respondo, intentando mantener la compostura.

—¿Por qué no?

—No podría controlarme —confieso, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas.

—¿Y por qué deberías hacerlo?

—Por ética profesional.

—¿Tendré que despedirte para que te atrevas a quedar conmigo? —pregunta con un tono juguetón.

Me está bombardeando con preguntas y no puedo evitar sonreír.

—Me encantas —escucho en un susurro casi imperceptible, como si se le escapase sin querer y eso me vuelve a estremecer.

—Te invito a cenar, pero en un restaurante —me atrevo a decir.

—Me da igual el dónde, solo quiero verte —afirma.

Le digo una hora y el restaurante indicado y ella acepta, tras eso colgamos. Estoy nerviosa, me levanto del sofá y respiro profundamente para después ir a la ducha.

A las nueve y media estoy frente al restaurante, sintiendo cómo los nervios recorren todo mi cuerpo. Cuando la veo aproximarse, elegante y segura de sí misma, mi respiración se entrecorta.

—Hola —dice cuando está frente a mí.

Yo no soy capaz de decir nada, mi boca está seca y solo puedo acercarme y darle dos besos, antes que sea ella quien tome el control.

—Es una pena que no hayamos ido a mi apartamento —comenta mientras nos sentamos.

—Para —le pido—. Te he invitado porque necesito hablar contigo.

—Pues tú dirás —dice mojándose sus labios.

Odio este momento, lo odio profundamente. Tengo que cerrar los ojos y calmarme para poder seguir hablando.

—He accedido al sótano y he visto una puerta.

Su expresión cambia al escucharme, se pone recta en la silla y me mira fijamente.

—¿Me has llamado por trabajo?

—Sí, por curiosidad profesional —aseguro, aunque una parte de mí sabe que miento.

—Qué decepción —murmura, mordiéndose el labio en un gesto que me desconcierta.

—Para de hacer eso —exijo, intentando mantener la calma.

—Es un gesto habitual, mis amigas nunca se quejan.

Me inclino sobre la mesa y ella se acerca para escucharme.

—No voy a caer en esto, Victoria, no va a pasar —susurro, mientras me mojo los labios.

Veo cómo Victoria vuelve a su postura tras yo retirarme y se acomoda en la silla.

—Entonces no juguemos a esto si no va a llegar a nada —dice con voz entrecortada.

Asiento satisfecha, sé que ella está tan excitada como yo, pero si seguimos como íbamos terminaremos saliendo del restaurante y yo con mis preguntas sin respuestas.

—¿Podemos hablar de trabajo?

—Sí, necesito algo aburrido para poder relajarme —admite.

Antes de que empiece con mis preguntas el camarero llega a coger la comanda y tras pedir la cena, dirijo la mirada a la mujer que tengo delante y sin darme cuenta mis ojos se desvían a su escote, maldigo la situación por enésima vez, pero el sujetador rojo que lleva hace que no pueda controlarme, suspiro y me digo que no debo perder el control.

—Esa puerta —comienzo a decir—, la del sótano, ¿por qué está ahí?

Victoria se encoge de hombros como no comprendiendo por qué le hago esa pregunta.

—No lo sé, ¿has preguntado a alguien que trabaja allí?

—Sí, Carmen estaba conmigo y me dijo que...

—Esa puerta se dejó para el futuro —dice cortándome—. Nunca entendí qué significaba, pero mi padre tenía sus razones y yo no me metía en sus cosas.

Me doy cuenta de que Victoria sabe tanto como yo e incluso menos. Su padre siempre se ha ocupado de todo y es más probable que Carmen mate más mi curiosidad y me ayude en la investigación que la propia Victoria. Ella está ajena a todo lo que pasa en esa galería.

Me recuesto frustrada en la silla y Victoria me mira divertida.

—¿Pensabas que sabía algo de la galería? —pregunta con una sonrisa estúpida que me encantaría borrarle.

—Eres la hija del dueño —digo como evidencia—. Deberías saberlo.

—Pues te equivocas —dice volviendo a morderse el labio inferior.

Me pone enferma verla hacer eso, sé que con las amigas no lo hace, que lo hace para provocarme y yo estoy a punto de caer en su juego, pero logro mantener la calma con un suspiro profundo.

Por suerte, la cena transcurre más relajada, hemos hablado de cosas cotidianas, de nuestro día, sin nombrar los trabajos. Eso me relaja y hace que todo fluya mejor.

Cuando salimos, el aire frío de la noche nos golpea y hace que ambas nos crucemos de brazos para darnos calor a nuestros propios cuerpos. Estamos en la zona de aparcamientos, pero ninguna parece dispuesta a marcharse. Nos miramos en silencio, conscientes de la tensión que ha estado presente toda la noche. Victoria vuelve a hacer el gesto de los labios.

—Bufff —protesto—. Pasaría mi lengua por ellos, a ver si así dejas de hacer eso.

—Hazlo —exige.

Pego mi cuerpo al suyo y saco la lengua dispuesta a hacerlo, pero allí no quiero, así que la sujeto del brazo y la arrastro hasta mi coche. Antes de que pueda abrir la puerta, es Victoria la que me hace girar y se pega a mí.

—¿Puedes calmar este deseo? —susurra pegada a mi boca.

Agarro su nuca y la atraigo lo poco que queda hasta mis labios. El beso es desesperado, ese que ansias durante horas. Nuestras lenguas se buscan anhelando el encuentro, sus manos se aferran a mi cintura, atrayéndome más, son nuestras caderas las que se mueven buscando más contacto y yo paso una pierna entre las suyas para ejercer presión en su sexo. Un gemido se le escapa de su boca, y comienzo a temblar debido a la excitación que estoy sintiendo en ese momento. La ropa nos sobra, estamos en el exterior, son más de las once de la noche y a pesar del frío que hace, el calor abrasa nuestros cuerpos.

—Tenemos que parar, aunque no quiero, pero necesito...

—¿Tu apartamento o el mío? —pregunto sin poder controlar lo que siento.

Victoria sonríe satisfecha por mi pregunta.

—El mío, vivo cerca.

Antes de que pueda decir nada, tira de mí y me arrastra hasta su coche. Me subo sin importarme que he dejado el mío en el aparcamiento del restaurante.

El trayecto transcurre en silencio entre miradas. Por suerte, como dice estamos a unos minutos, accede al garaje del edificio y tras aparcar salimos para dirigirnos al ascensor y nos subimos.

—Saca la lengua —exijo arrinconándola.

Victoria es obediente y lo hace, abro mi boca y la chupo, pero cuando ella vuelve a meterle, sujeto su rostro.

—¿Quién te ha dicho que la puedes meter?

Su boca se entreabre y respira agitada, no dejo de mirarla, mientras mi mano sube sujetando su barbilla. Paso mi lengua por sus labios y en ese momento las puertas del ascensor se abren. Victoria me aparta, yo camino detrás de ella hasta que llega a su apartamento y saca las llaves.

—Tengo unas ganas terribles de comerte —susurro.

La mujer que tengo delante y en la que he apoyado mi cuerpo a su espalda se gira.

—Para o no seré capaz de abrir, estoy muy cachonda, Ariadna. Necesito que calmes esto, pero primero hay que abrir la maldita puerta.

Después de eso, yo sonrío, ella se gira, tras un suspiro intenta relajarse y consigue meter la llave en la cerradura y accedemos a la vivienda.

Cuando cierra la puerta, se queda apoyada en ella y hace ese gesto que me mata, arquea su espalda y comienza a desabrocharse la blusa muy despacio mientras yo la miro con deseo. Cuando quiero acercarme, ella pone una mano para hacerme parar.

—No me jodas —digo con voz entrecortada.

—Voy a hacerlo despacio, hasta que supliques. No vas a tener el control, Ariadna, no aquí.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto sumisa.

—No te muevas, solo vas a mirar, no puedes tocar.

Asiento tragando saliva, ella sigue apoyada en la maldita puerta, mientras su blusa ya está completamente desabotonada. La deja abierta, veo su pecho subir y bajar y el sujetador rojo que ya podía distinguir en el restaurante. Victoria continúa con su pantalón y cuando se lo abre, puedo ver también que sus bragas son el conjunto de la parte superior. Expulso todo el aire de mis pulmones haciendo que ella se dé cuenta de cómo me tienes.

—Siéntate en el sofá —ordena poniéndose recta.

Me giro buscando el dichoso sofá. La mujer que me está torturando sonríe al verme perdida y maldigo que tenga ese control en este momento. Intento tranquilizarme y lo veo, solo tenía que girarme a la derecha. Camino hasta él y me siento, aunque antes aflojo el botón de mi pantalón. Se coloca justo enfrente de mí, baja su pantalón y después va a quitarse la blusa.

—No lo hagas —me atrevo a pedirle.

—¿Fetiche con las blusas? —pregunta arqueando una ceja.

—Puede —respondo.

—No mandas, recuérdalo —dice y se deshace de ella.

Tras hacer eso, se sube a horcajadas y sujeta mis manos encima de mi cabeza, saca la lengua y se acerca a mi boca.

—Chúpala —exige.

Hago lo que me pide y succiono su lengua mientras ella mueve sus caderas contra mi cuerpo, aunque intento soltarme de su agarre y no me deja. Estoy totalmente controlada por la mujer que tengo encima y eso me desespera al mismo tiempo que me está matando de placer. Victoria suelta una de mis manos y la agarra por la muñeca para guiarla hasta su sexo.

—Fóllame —pide agitada.

Cuelo mis dedos entre las bragas y al tocarla noto la humedad, solo un roce en su clítoris hace que suspire. Sé que está igual o más cachonda que yo, y que no puedo desesperarla o ella hará lo mismo conmigo.

—Pórtate bien —dice antes de besarme.

Cuando dos de mis dedos entran arquea la espalda y suelta mi otra mano haciendo que no pierda la oportunidad y apriete uno de su pecho mientras me incorporo para lamer su cuello. Victoria baila sobre mis dedos hasta que estalla en un orgasmo y su cuerpo relajado cae sobre el mío.

Mi mano queda atrapada y mi pubis intenta buscar contacto con alguna parte de su cuerpo o incluso el mío. Necesito darme placer o voy a explotar. Victoria, que se da cuenta, se incorpora y me mira, baja su mano y saca la mía de entre sus bragas, para después volver a bajar la suya y colocarla entre mi pantalón y mis bragas. Ni siquiera se molesta en apartármelas, hace un poco de presión y un suspiro se escapa de mis labios.

—No dejes de mirarme —me pide.

Se mueve sabiendo lo qué hace, como si conociera que es lo que necesito y no tardo en estallar en un orgasmo, haciendo que cierre los ojos por el placer producido. Cuando estoy algo más recuperada, Victoria no me quita los ojos de encima.

—Esto solo acaba de empezar —susurra en mi boca.

Se quita de encima de mí y extiende su mano para que se la tome y eso es lo que hago, me da un tirón y me levanto del sofá.

—Ahora quiero ver cómo te quitas la ropa mientras yo te miro.

Mi cuerpo tiembla. Cuando hago lo que me pide, caminamos hasta su cama y allí son nuestras manos y bocas las que recorren los cuerpos. No hay palabras, solo jadeos, gemidos y alguna que otra súplica. El que nos hace parar es el cansancio.

Capítulo 16

Victoria

El sonido del teléfono me despierta. Me giro y veo a Ariadna boca abajo con la espalda desnuda estirando el brazo para llegar al móvil.

—Mierda —susurra.

La observo mientras se tapa la cabeza con la almohada y hace ruidos de protesta. Su cuerpo se ve relajado después de una noche perfecta.

—Es sábado —digo abrazándola—. ¿Por qué tienes la alarma puesta?

—Tengo que ir a la galería —responde girándose para quedarse boca arriba—. Abre hasta el mediodía.

Mi cerebro se ha desconectado desde que su pecho ha quedado descubierto y mis ojos se desvían sin poder evitarlo. Ella me mira divertida al pillarme observándola.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta arqueando la ceja.

—Me encanta lo que veo —afirmo acercándome a sus labios.

Cuando voy a besarla, Ariadna desvía su rostro y se levanta rápido de la cama, haciendo que sienta un vacío por no poder probar sus labios.

—No, no, no —dice riendo.

Vuelvo a mirarla, está completamente desnuda al igual que yo, pero ese cuerpo hace que me estremezca. Muerdo mi labio inferior, sé que eso la pone nerviosa y no dudo en hacerlo.

—No hagas eso —protesta suspirando mientras cierra los ojos.

—No sé de qué me hablas —respondo divertida.

—No voy a entrar en tu juego o llegaré tarde. ¿Puedo darme una ducha?

—Claro —respondo.

Ella sonríe y va caminando hacia la puerta para ir al baño y no logro aguantarme las ganas que tengo de seguir provocándola.

—¿Necesitas ayuda?

Ella para su avance y se gira, me mira con deseo, el mismo que yo siento al verla. Me pongo de pie de un salto en la cama y cuando llego a su altura, frena mi avance apoyando la mano en mi pecho, como yo le hice anoche cuando entramos al apartamento.

—Me encantaría volver a escuchar tus gemidos, pero tengo que ir a trabajar.

Antes de apartarse baja su mano hasta mi sexo, separa mis pliegues y sonríe al ver que estoy mojada, solo juega un poco con dos dedos en la entrada de mi vagina sin llegar a introducirlos, pero sus dedos están totalmente humedecidos y al sentirlos se me escapa un jadeo, cuando ocurre eso ella los aparta y se los mete a la boca chupándolos.

—Exquisita —dice y se marcha.

Me quedo desolada, plantada en la habitación sin poder moverme, porque mis piernas flaquean. No entiendo cómo puede ponerme así con solo un roce, con una mirada, con una simple caricia. Respiro profundamente y voy al salón para recoger la ropa y ella está ahí recogiendo las suyas.

—Que yo esté desnuda es normal, porque no tengo más de lo que he traído, pero que tú andes así, solo lo haces para provocar —protesta.

—Mira, mejor no digo nada.

Cuando termina de recoger todo, se dirige al baño.

—Te dejo unas bragas que tengo sin usar —digo haciendo que pare su avance.

—¿Podría darles la vuelta a las mías? —comenta con una sonrisa.

—Eres una cochina —ríe mientras camino hasta la habitación.

—O podría no llevar nada —sugiere, acercándose por detrás. Sentirla me provoca escalofríos—. Aunque si mi mente vuela a lo de anoche, puede que el pantalón acabe perdido.

—Ve a ducharte, ya —le ordeno, girándome para mirarla. Sus ojos brillan con deseo y diversión, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrastrarla de vuelta a la cama.

Ariadna coge las bragas y levanta las manos en son de paz, se gira y camina para irse hacia el baño. Mis ojos se desvían ahora a su culo, es perfecto, es como si hubiera sido esculpido a cincel por el mejor artista del siglo.

Mientras escucho el agua de la ducha, me dirijo a la cocina para preparar el café. De pronto mi teléfono comienza a sonar y miro la pantalla extrañada. Al ver el nombre de Marina en la pantalla, mi corazón da un vuelco. Es extraño que llame un sábado tan temprano.

—Dime —digo nada más descolgar.

—Victoria, necesito que vengas a primera hora a la galería —su voz suena como una orden—. Hay algo importante que debemos aclarar.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, intrigada por su tono y la urgencia de su llamada.

—Prefiero hablarlo en persona —responde.

—Está bien, iré en un rato.

Tras eso, cuelgo la llamada y se me instala una angustia que no había sentido antes. No entiendo el misterio, ni por qué no puede decírmelo por teléfono.

El sonido de la puerta del baño abriéndose me distrae. Ariadna aparece envuelta en una toalla, con el pelo húmedo cayendo sobre sus hombros. Por un momento, olvido la llamada de Marina, cautivada por su presencia.

—Podrías haberte vestido antes de salir.

—¿Perder esa cara que has puesto? Ni de coña —comenta riendo.

—Lárgate a vestirme, el café ya está listo.

Ariadna no dice nada y se marcha de mi vista, yo suspiro por el deseo que me provoca esa mujer. Al cabo de unos minutos vuelve a entrar y toma asiento mientras yo llevo el café a la mesa.

—Marina acaba de llamarme —digo mientras le pongo el café—. Quiere verme en la galería.

—Ayer la vi bastante alterada hablando por teléfono —dice sin darle importancia a mis palabras—. Creo que era algo sobre unos informes. Probablemente, necesite alguna firma y le están dando largas.

—Podríamos ir juntas— sugiero.

Ariadna niega con la cabeza inmediatamente.

—Carmen ya sospecha algo. No necesitamos que Marina también lo confirme.

Me muerdo el labio, dudando si contarle lo que pasó con la directora de la galería el otro día.

—Marina ya se huele algo —confieso finalmente—. De hecho, ella y yo estuvimos juntas hace tiempo.

Ariadna me observa, su mirada busca la mía, me mira entrecerrando los ojos, queriendo adivinar algo que no sé exactamente lo que es.

—¿Sentiste algo por ella? —pregunta sacándome de dudas.

—Estuve enamorada —admito—, pero sus infidelidades lo destruyeron todo. Ya no siento nada.

Ariadna se pone de pie y se acerca a mí, que estoy apoyada a la encimera y me besa. Al principio es suave, hasta que me aferro a su cintura. Tenemos que separarnos antes de que el deseo tome el control.

—Mejor me voy —afirma alejándose.

—Es lo mejor —confirmo.

La veo marcharse, y me quedo un rato más en casa, dándole tiempo de recoger el coche y llegar a la galería.

Aprovecho para ducharme, dejando que el agua caliente relaje mis músculos, pero mi mente es una mezcla de pensamientos entre lo que pasó anoche y la llamada de Marina, las palabras de Ariadna de que la vio alterada ayer hablando por teléfono y que debe ser algún problema administrativo. Levanto la cabeza y hago que el agua caiga sobre mi cara como si así pudiera acallar todos esos pensamientos.

Cuando llego a la galería, Marina me espera en la entrada. Su expresión seria hace que tema algo grave, en ese momento descarto un problema de una firma, como indicaba Ariadna.

—¿Qué es tan urgente? —pregunto, intentando no parecer desesperada por una respuesta.

—Vamos a mi despacho —indica dándome la espalda para avanzar hasta él.

Entramos las dos y Marina cierra la puerta tras de mí, va a su escritorio, abre un cajón y saca una carpeta.

—Creo que deberías leer eso.

—¿Qué es? —digo cogiéndola entre mis manos.

Mi mundo se detiene al ver el contenido: una foto de Ariadna, su paso por la policía, informes detallados sobre investigaciones anteriores. Cada página que paso es un nuevo golpe a mi corazón.

Alzo la mirada hasta encontrarme con los ojos de Marina, tiene una sonrisa triunfal, como de haber encontrado la respuesta a todo de la llegada de esa mujer a mi vida.

—Nos ha engañado a todos —empieza a decir—. Colabora con la policía en una investigación en la galería. Ni siquiera se apellida Rothen su verdadero apellido es Ríos, como podrás comprobar en los informes.

Miro los papeles, no sé si creerme todo lo que ponen en ellos, ¿todo desde el principio estaba premeditado? El acercamiento en el tanatorio, mirarme de lejos en el cementerio, la exposición... Me levanto de la silla y camino como una gata enjaulada por el despacho. Esto no puede ser, no puede fingir lo que pasó anoche, las caricias, los besos, ese tonto, esta mañana.

—Debe de ser un error, puede ser otra persona —digo intentando buscar una explicación.

—No lo es, Victoria. Sabía que esa mujer escondía algo, y solo tuve que investigar un poco.

—Vamos a su despacho. El que era de mi padre —me corrijo.

Entramos sin llamar; la puerta está abierta. Ariadna levanta la mirada de unos documentos, y por un segundo veo sorpresa en sus ojos.

—¿Es esto verdad? —pregunto con voz temblorosa, esperando que me diga que no es ella, aunque los papeles parecen verdaderos.

—Victoria, puedo explicarlo —comienza Ariadna, poniéndose de pie.

—Te ha estado engañando —dice Marina con una satisfacción que me revuelve el estómago—. Solo te ha utilizado para su investigación.

—¡Eso no es cierto! —exclama Ariadna con rabia.

—Los papeles dicen lo contrario, Ariadna Ríos —pronuncio su nombre completo como si fuera veneno en mi boca—. Quiero que te vayas de aquí ahora mismo.

—Victoria, por favor, déjame explicarte. No es lo que parece —pide con desesperación.

—No quiero escucharte —la corto, sintiendo cómo la rabia y el dolor se mezclan en mi garganta, amenazando con ahogarme—. ¿Por qué no me lo dijiste anoche? ¿Todo fue parte de tu investigación? ¿Cada caricia, cada palabra?

—Déjame explicártelo todo —insiste.

—¿Es que no oyes? —interviene Marina—. Sal de aquí inmediatamente.

—¡Cállate! —escupe Ariadna con rabia mirando a la directora de la galería.

—Vete —le suplico soltando el poco aire de mis pulmones.

Veo cómo Ariadna tensa su mandíbula y se acerca a Marina con una determinación que nunca le había visto, su rostro, una máscara de furia contenida.

—Sé que tienes algo que ver con lo que está pasando en la galería, y voy a descubrirlo —espeta con rabia.

Marina sonríe con suficiencia y toma el teléfono del escritorio.

—Miguel, por favor, acompaña a la señorita a la salida —pide al jefe de seguridad.

Ariadna se marcha antes de que él llegue, no hace falta que Miguel la obligue a salir, se va de allí como una vez apareció en mi vida.

Me dejo caer en la silla, sintiendo cómo las lágrimas que he estado conteniendo comienzan a salir. Marina intenta decir algo, pero levanto la mano, incapaz de procesar nada más.

—Déjame sola, por favor.

Cuando Marina sale, miro los documentos nuevamente. Las palabras se mezclan ante mis ojos nublados por las lágrimas. No puedo creer que todo haya sido una mentira. Los recuerdos de anoche asaltan mi mente: sus manos temblorosas recorriendo mi cuerpo, sus susurros de amor, la forma en que me miraba. ¿Cómo puede alguien fingir esa intensidad, esa conexión?

Un golpe suave en la puerta interrumpe mis pensamientos, es Carmen, que me mira con preocupación al ver mi estado.

—He oído parte de la discusión —dice mientras toma asiento frente a mí—. Deberías dejar que se explique.

—¿Para qué? —respondo con amargura, limpiándome las lágrimas—. Los documentos son bastante claros.

—Vale que te mintió, pero lo que esa mujer siente por ti, eso no puede ser fingido. He visto cómo te mira cuando cree que nadie la observa.

—Ya no importa —murmuro, aunque cada palabra me desgarrar por dentro.

—La pregunta es: ¿Por qué la policía quiere investigar la galería?

—El fallecimiento de mi padre fue extraño. Seguro que era eso lo que estaba investigando

—aseguro, aunque a mi mente vienen la amenaza de Ariadna a Marina.

—Fue un infarto, aparte su padre...

—Mi padre, ¿qué?

—La autopsia aclarará muchas dudas, lo que estoy segura es que lo de su padre es natural. Hubo gente muy nerviosa por su muerte.

—¿Qué sabes? —pregunto exigiendo una respuesta.

—Yo no tengo esa respuesta, su padre me mantenía al margen de eso que le preocupaba últimamente, pero quizá Ariadna sí las tenga.

Bufo recostándome en la silla, mi cabeza ahora mismo es un lío de pensamientos, unos que dicen que me siento utilizada por una mujer a la que empezaba a amar y otros que me dicen que debo escucharla.

Carmen se levanta y, antes de salir, se gira. Sus siguientes palabras quedan grabadas en mi mente:

—A veces los malos no son tan malos, ni los buenos lo son tanto.

Me quedo sola en la oficina, las palabras de Carmen resonando en mi cabeza. Recuerdo la noche anterior con dolorosa claridad: la forma en que Ariadna me miraba mientras me desvestía, cómo temblaba bajo mis caricias, sus confesiones susurradas en la oscuridad. ¿Era todo mentira? ¿Cada momento, cada palabra, cada gemido?

La carpeta sigue abierta sobre el escritorio, la cierro de golpe, incapaz de seguir leyendo toda la información que contiene. Tampoco entiendo la satisfacción de Marina al descubrir lo que pretendía Ariadna.

Me levanto y camino hasta la ventana, observando cómo la vida puede cambiar en segundos. Entré a la galería esperando volver a ver a Ariadna después de hablar con Marina, quería que volviera esta noche a la casa, y lo que me he encontrado es algo que hace que mi pecho se encoja y me pregunte hasta cuándo se puede fingir un deseo como el que vi anoche en los ojos de la mujer que compartió después mi cama.

Tomo mi teléfono, mirando el último mensaje de Ariadna de esta mañana: "No puedo esperar para volver a verte". Ahora esas palabras tienen un sabor amargo.

Me siento de nuevo en el escritorio, abriendo la carpeta una vez más. Intento leer los documentos con ojo clínico, buscando fechas, conexiones, cualquier cosa que pueda darme una pista sobre alguna información de lo que hacía aquí. A pesar del dolor y la traición, una parte de mí se niega a creer que todo lo que compartimos fue una mentira.

Capítulo 17

Ariadna

Salgo de la galería cabreada, me han descubierto y no entiendo cómo eso ha podido pasar. Hace frío, pero ni siquiera eso logra calmar la rabia que siento. El nombre de Marina resuena en mi cabeza como un martillo. ¿Cómo demonios lo ha descubierto? Lo que tengo claro es que, si algo turbio está pasando, ella está detrás de todo.

Voy camino a la comisaría para hablar con Fernando y mi mente no deja de reproducir la escena con Victoria una y otra vez. Su voz quebrada, la forma en que me miró como si fuera una completa desconocida, su clara decepción al descubrir quién era de verdad.

Una vez aparco el coche, camino hasta la comisaría. Antiguos compañeros me saludan y yo respondo con una sonrisa, no puedo pararme a hablar con nadie, quiero ir cuanto antes al despacho del inspector Ruiz.

Entro sin llamar, estoy muy cabreada porque no entiendo cómo ha podido pasar lo que Marina ha descubierto. Fernando levanta la vista de sus papeles, apenas sorprendido por mi entrada.

—¡Tu equipo es una puta mierda! —grito cabreada—. ¡Han descubierto mi tapadera!

—Siéntate y tranquilízate —dice con calma.

En mí tiene el efecto contrario, no puedo calmarme, le he fallado a Victoria. Recordar cómo me miraba decepcionada, me está matando.

—¿Qué me tranquilice? ¿En serio me estás pidiendo que me tranquilice?

—Sí, eso es exactamente lo que te estoy pidiendo —asegura sin dejar de mirarme.

Me inclino sobre su escritorio, acercando mi rostro al suyo.

—Le he fallado y no me lo va a perdonar —digo apretando la mandíbula.

—¿A quién?

—Victoria —su nombre se me escapa casi en un susurro.

Fernando pone los ojos en blanco y se recuesta en su silla.

—Te advertí sobre liarle con la hija del dueño, no era buena idea. Te lo dije claramente, no te involucres personalmente.

Me dejo caer en una de las sillas, siento mil sensaciones en mi cuerpo y eso me agota.

—No es tan sencillo cuando esa mujer...

No sigo hablando, tapo mi rostro con desesperación y frustración.

—Nunca lo es —responde con un tono más suave—. Pero por eso somos profesionales. O se supone que lo somos.

—No puedes mandar en lo que sientes —murmuro, es más para mí que para él.

—Siéntate bien —me reprende por mi postura—. Sabía que vendrías.

Eso me hace levantar la cabeza.

—¿Por qué?

—Era parte del plan —asegura encogiéndose de hombros.

Siento que el aire me falta, estoy decepcionada y un frío me recorre el cuerpo.

—¿Me habéis utilizado?

—Más o menos —admite, y antes de que pueda decir algo, continúa—. Aunque no he sido

yo.

Me levanto de golpe, la silla cae hacia atrás.

—¡Quiero una puta explicación, y la quiero ahora! —exijo gritando.

—La tendrás —dice levantando las manos en señal de paz—. Hace unos días conseguimos que la forense nos adelantara la autopsia final. Antonio murió de forma natural, tenía un cáncer terminal, era cuestión de tiempo. Pero quien tiene toda la información es la inspectora Laura Martín.

—¿Laura? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —pregunto confundida.

Fernando levanta el teléfono y marca una extensión.

—Laura, ven a mi despacho. Sí, está aquí... Sí, cómo esperábamos —escucho que dice.

Laura aparece en menos de un minuto. Al verme, se detiene en la puerta sin llegar a entrar.

—Puedo explicártelo antes de que me mates —dice con una media sonrisa que me dan ganas de borrar de un puñetazo.

—Más te vale que sea una explicación muy buena.

Laura cierra la puerta y toma asiento. Yo sigo de pie, no logro sentarme, necesito calmar toda la rabia que siento.

—Después de la muerte del Señor Andrade, notamos que en la galería se pusieron muy nerviosos. Descartamos el asesinato desde el principio, pero necesitábamos a alguien dentro y Fernando pensó en ti.

—¿Por qué yo?

—Eres buena —dice Laura—. La mejor en infiltración que teníamos, y además...

—Además, ¿qué?

—Encajabas en el perfil que necesitábamos para acercarnos a Victoria —confiesa.

Siento que la bilis me sube por la garganta, aprieto los puños de rabia, si no fuese porque estoy ante alguien como ella, ya le hubiera soltado un puñetazo.

—¿Me utilizasteis para llegar a Victoria? ¿A ella?

—No exactamente —interviene Fernando—. Victoria era solo una parte del plan, pero no el objetivo principal, aunque nunca se puede descartar.

—¿Ya sabéis quién está detrás de todo? —pregunto, intentando controlar mi voz.

Laura niega con la cabeza.

—Solo sabíamos que te investigarían, no tenemos ni idea de quién te ha delatado en la galería. Fue una empresa la que te estaba investigando, solo tuvimos que ponerles las cosas fáciles para que encontraran lo que necesitaban y facilitamos tus datos.

—Marina —escupo cabreada—. Ella me ha delatado.

Laura se recuesta en su silla, estudiándome.

—¿Sabes quién le pasó la información? —pregunta Laura.

—No —admito—. Solo sé que me han descubierto. Ayer Marina tuvo una conversación acalorada por teléfono con alguien, imagino que era por esa información que ha obtenido sobre mí. También quiero que sepas que Victoria no tiene nada que ver con todo esto.

—Eso se verá —comenta Laura, mirándome fijamente.

Me acerco a ella con paso decidido, apoyo las manos en su silla y la reto con la mirada. Laura no se mueve ni un centímetro de su posición.

—¡He dicho que la dejes fuera de esto! No ha estado jamás involucrada en la galería.

—Si Victoria quiere saber la verdad —dice Laura con calma—, ¿por qué te ha echado de la galería?

—Está decepcionada —admito, agachando la cabeza y camino hasta la pared en donde

estaba apoyada antes.

—No me jodas, que...—Laura cuando ve que Fernando levanta la mano.

—Eso es personal —dice él.

Me paso las manos por la cara frustrada, no sé cómo llevar todo esto, me está superando.

—Si Antonio llamó antes de fallecer, tuvo que dejar alguna pista. Sabía que iba a morir, por el amor de Dios —protesto con desesperación.

—Estamos en un callejón sin salida —admite Laura—. Sabemos de unos bocetos falsificados de Goya, pero más allá de eso no tenemos nada más.

—La clave debe estar en el testamento —sugiere Fernando.

Me siento de nuevo, agotada. Mi mente comienza a pensar de forma rápida y entonces recuerdo la jodida puerta del sótano. He estado tan preocupada en lo que Victoria ha sentido que he olvidado por completo lo que había descubierto.

—No tengo claro que sea en el testamento. Hace unos días pude acceder al sótano. Hay una puerta debajo de las escaleras. Fernando me había pasado unos planos en los que figuraba un subsotano. Supuestamente, eso está tapado con tierra, pero han dejado un acceso, nadie sabe nada de lo que hay dentro. En cuanto al despacho de Antonio, se vació de inmediato, y en ese viejo escritorio no hay ningún compartimento donde pudiera esconder algo.

—Según el proyecto y la información que consta en el ayuntamiento, hubo que tapar por problemas estructurales. No creo que haya nada ahí —dice la inspectora Martín.

—¿Por qué dejaron una puerta? —pregunto mirando a Laura.

—No lo sé, eso deberías descubrirlo tú.

—Pues yo estoy fuera —afirmo—. No puedo seguir con esto.

Laura me mira pensativa durante un largo momento.

—Acércate más a Victoria.

Suelto una risa nasal y la miro poniendo los ojos en blanco.

—¿Es que no me has oído antes? —pregunto cabreada—. Me acosté anoche con Victoria y esta mañana cree que he estado jugando con ella, que todo ha sido una mentira. ¿Crees que quiere verme siquiera? Ni de coña.

—Debes intentar un acercamiento —insiste Laura—. No sabemos cuándo Marina y los suyos bajarán la guardia.

—Eres una auténtica cabrona, ¿lo sabías?

—Tenemos que encontrar el problema —resuelve Laura encogiéndose de hombros.

—¿A costa de una compañera? ¿Sabes cómo me siento sabiendo que Victoria piensa que la he utilizado?

—Hay veces que la gente cae por el camino —dice con frialdad—. Tampoco pensaba que te liaras con la hija del dueño.

—Vete a la puta mierda —escupo con rabia levantándome.

—¡Basta! —Fernando golpea la mesa—. Las dos. Ya está bien. Tenemos que mantener la cabeza fría.

—¿Qué sugieres? —pregunta Laura.

—Esperar, vigilar. Marina cometerá un error, siempre lo hacen, por eso delatamos a Ariadna. Tenemos que ser pacientes.

—¿Y mientras tanto? —pregunto.

—Mientras tanto —dice Laura—, mantendremos la vigilancia sobre la galería. Y tú...

—Yo nada —la corto—. Ya he hecho suficiente daño. Además, ¿todo esto por unos cuadros? Si Antonio hubiera sido asesinado lo hubiese entendido, pero ahora, ¿qué razón

hay para seguir investigando?

—Patrimonio histórico que ha sido expoliado, malversación, lavado de dinero —empieza a enumerar—. ¿Sigo? ¿O ya tienes suficiente?

—Pues conmigo no cuenten para acercarme a Victoria, eso queda totalmente descartado.

—Deberías de haberte acostado con Marina —dice Laura y me contengo de nuevo para no romperle la cara.

—Vete a la mierda —escupo antes de levantarme para salir del despacho.

Salgo del despacho dando un portazo, ignorando las llamadas de Fernando. Cuando llego al coche, apoyo la cabeza en el volante y cierro los ojos. La imagen de Victoria aparece inmediatamente: su sonrisa, sus besos, la forma en que susurró mi nombre... y luego su mirada esta mañana, llena de dolor y traición.

Estoy en esa posición un rato hasta que mi móvil vibra a mi lado y lo cojo de forma instintiva esperando un mensaje de Victoria, pero es Laura la que me ha escrito.

—No lo jodas más. Mantén el contacto con Victoria, es importante.

Lanzo el teléfono al asiento del copiloto y enciendo el coche. Mientras conduzco hacia casa, no puedo evitar pensar en el desastre en que se ha convertido todo. El caso, Victoria, Marina, las mentiras... todo da vueltas en mi cabeza y lo peor es que no puedo controlarlo.

Lo único que tengo claro es que necesito arreglar esto, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. ¿Cómo explicas que has mentido por una buena razón? ¿Cómo le dices a alguien que, aunque empezó como una mentira, terminó siendo la verdad más grande de tu vida?

El semáforo se pone en rojo y me detengo, me lamento de cómo me ha cambiado la vida en tan solo un día. Pienso en Victoria que debe estar probablemente odiándome, y también en Marina que estará planeando su próximo movimiento. Y yo estoy aquí, atrapada, entre el deber y el amor, entre la verdad y las mentiras.

Tengo que tomar una decisión, seguir el plan que me dice la inspectora Martín, o a mi corazón e ir a casa de Victoria y explicarle todo, aunque con ella pongo en riesgo la investigación.

Capítulo 18

Victoria

Entro como un huracán al despacho de Lourdes. Necesito hablar con alguien o voy a explotar. Por suerte, ella está ahí, como siempre, mi ancla en los momentos de desesperación. Me dejo caer en la silla frente a su escritorio y hundo mi cara entre las manos, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —pregunta Lourdes acariciando mi mano—. Y ya de paso me explicas por qué me dejaste plantada ayer con esa excusa tan mala de que tenías migraña.

—Me ha mentido —es lo único que logro decir.

—¿Quién? ¿Ariadna?

Asiento sin levantar la cabeza.

—Victoria, mírame y cuéntame qué ha pasado.

Levanto la vista y siento que las lágrimas amenazan con salir.

—Me acosté con ella —confieso.

—¿Cuándo? —pregunta abriendo muchos los ojos.

—El viernes por la noche, pero después el sábado descubrí que me ha mentido, por eso no quise quedar contigo ayer. No podía, no sabía cómo...

—Vale, respira. Empieza por el principio —me pide con calma.

Comienzo a relatarle lo que pasó. Le cuento todo: la conversación por teléfono, cómo terminamos quedando para cenar, que acabamos en mi casa, y de la noche que pasamos juntas.

—Fue perfecto —susurro—. Por primera vez en mucho tiempo me sentí bien, con ilusión.

—¿Y qué salió mal? ¿Por qué dices que te mintió?

—El sábado recibí una llamada de Marina y me pidió que fuera y así lo hice. Ariadna salió de casa primero, después lo hice yo, para que no se dieran cuenta de que llegábamos juntas. Cuando llegue Marina me suelta la bomba: Ariadna trabaja para la policía. Está investigando la galería. Todo ha sido una mentira, Lourdes. Cada momento, cada palabra...

—Espera, espera —me interrumpe mi amiga, levantando una mano—. ¿Me estás diciendo que la policía está investigando la galería?

Asiento con la cabeza.

—¿Y no te preguntas por qué? ¿Solo te quedas con que te ha mentido?

—¿Qué más da? Me mintió, todo este tiempo.

—Victoria, por favor, usa esa cabeza que tienes. ¿No sientes ni un poco de curiosidad? ¿Y si tiene que ver con la muerte de tu padre?

—Murió de un infarto —respondo.

—¿Y si no? ¿Y si lo envenenaron? ¿Tienes la autopsia final?

—¿Has estado viendo series de Netflix otra vez? —pregunto entrecerrando los ojos, mientras pienso que es una locura todo lo que está diciendo mi amiga.

—Piénsalo —insiste—. Una galería de arte, una muerte repentina, una investigación policial, es que parece El código Da Vinci, ¿no cree qué es extraño?

—Mi padre era un hombre honrado —digo indignada—. Él jamás haría algo ilegal.
—No digo que no lo fuera. Pero quizás descubrió algo, quizás alguien...
—Para —la corto—, no quiero pensar en eso.
—Solo te has quedado con que te ha mentido, crees que se ha acercado a ti por interés, que puede que al principio lo fuese, pero acostarse con alguien para la investigación no lo veo. Deberías de hablar con ella.
—Ni de coña —respondo tajante.
—¿Por qué no? Vale que te mintió sobre su identidad, pero ¿te mintió sobre todo lo demás? ¿Notaste que sus caricias eran fingidas? ¿Qué todo eso que me has contado que te hizo sentir era falso? —me bombardea a preguntas.
Me quedo en silencio, recordando nuestras conversaciones, sus gestos, la forma en que me miraba.
—Vale, entonces habla con alguien de confianza de la galería —me pide al ver que no respondo.
Me quedo pensativa un momento. Repasando en la posibilidad de que quizás Ariadna no me ha mentido en sus sentimientos, porque está claro que quién era y lo que hacía en la galería sí que me mintió.
—Carmen, podría hablar con ella. Lleva trabajando allí desde que yo era pequeña. Se convirtió en la mano derecha de mi padre al fallecer mi madre.
—Ahí tienes tu respuesta —resuelve con una sonrisa.

Dos horas después, estoy entrando en la galería. Al entrar vuelve el recuerdo de Ariadna y eso hace que tenga que pararme un segundo y respirar. Al mirar al frente veo a Marina que me observa como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué haces aquí?
—¿Por qué está la policía investigando la galería? —pregunto directamente, sin andarme con rodeos—. Vale que Ariadna me mintió, pero ¿por qué hay una investigación?
Marina se remueve incómoda, mirando alrededor como si temiera que alguien nos escuchara.
—Es mejor hablarlo en mi despacho, hay clientes y no es bueno tratar esto aquí.
Una vez dentro tomo asiento y ella hace lo mismo, espero con impaciencia su respuesta.
—Suelta ya lo que tengas que decir —exijo.
—Bueno, el arte siempre ha sido un sector complicado. Se puede blanquear dinero...
—¿Se blanquea dinero en la galería? —pregunto interrumpiéndola.
—Si fuera así, tu padre estaría preso —responde rápidamente—. Todo es legal aquí, pero ya sabes cómo es el Estado y sus paranoias. Hace unos años detuvieron a un empresario que tenía facturas nuestras. Nos investigaron, hay una inspectora especialmente pesada.
—Sigo sin entender por qué somos un objetivo, ¿por qué infiltrar a alguien?
—Porque no tienen nada y están desesperados, nos imaginamos que es por el fallecimiento de tu padre.
—¿Imaginamos? —pregunto desconcertada.
—Sí —dice y traga saliva—. Los que trabajamos aquí, lo hemos hablado. Con Lucas para hacer el despido de Ariadna, con Miguel hablé antes de que llegaras.
Empieza a enumerar los empleados, pero sigue habiendo algo que se me escapa, aunque en lo que dice tiene razón, es normal que lo haya hablado con los empleados de la galería.
Cuando me dispongo a marcharme, Carmen me intercepta, yo me sorprendo al verla.
—Tengo lo que me pediste —dice como si hubiera solicitado algo.

Marina nos mira con curiosidad y yo estoy confundida por las palabras de Carmen.

—¿Qué es? —pregunta la directora de la galería.

—La contabilidad de los últimos años —responde Carmen con naturalidad.

La tensión en el rostro de Marina es evidente, aunque intenta disimularla. Siguiendo un impulso, acompaño a Carmen al despacho de mi padre, esta vez cuando accedo en primer lugar cierra la puerta.

—¿Qué está pasando, Carmen? —pregunto una vez ella toma asiento.

—Tu padre me mantenía al margen de muchas cosas, pero sé que algo no cuadra. Y hay algo más, cuando supe que Ariadna no era quien pensábamos, saltaron todas mis alarmas.

—¿Por qué me lo cuentas ahora y no antes?

Simplemente, se encoge de hombros, como una niña que no tiene una respuesta para sus actos.

—Espera un momento —me pide y sale del despacho.

Espero con paciencia, estoy intranquila esto parece como una película de misterio y mentiras en la que me he visto envuelta sin ser yo consciente.

—Tu padre me dio esto semanas antes de morir —dice cuando vuelve a tomar asiento—. Me pidió que te la diera después del testamento, pero las cosas se han precipitado.

Tengo ante mí una agenda, pero no es la que normalmente mi padre llevaba encima, es una incluso de hace unos años, es de dos mil diecinueve.

—No se ha abierto el testamento —afirmo.

—Lo sé, pero al saber lo de Ariadna decidí que era hora de dártela.

—¿Era su agenda habitual? Porque esto es muy antiguo como para que mi padre tuviera esto.

Carmen niega con la cabeza.

—Nunca la había visto antes de que me la diera. Sabes lo ordenado que era, jamás llevaría algo que no cuadrara las fechas. Fue extraño cuando me la dio.

—¿La has leído?

—No. Me hizo prometerle que solo tú la abrirías.

Me quedo mirando la agenda, sintiendo su peso en mis manos. Paso las hojas rápido y veo cosas anotadas, me paro en alguna fecha y leo que tenía una reunión y se lo muestro a Carmen, no entiendo por qué mi padre me ha dado eso. Ni por qué de tanto secretismo por una agenda tan antigua.

—Deberías hablar con Ariadna, Victoria —dice y hace que levante la mirada para observarla—, que te explique qué está pasando.

—Me mintió —repito como una niña.

—No en todo —dice con una sonrisa—. La he visto observarte cuando crees que nadie mira. Hay cosas que no se pueden fingir.

—No sé qué parte de todo aquello fue real.

—Si lo sabes, lo que pasa es que estás decepcionada, es normal. Habla con ella —me pide.

Se levanta y me deja sola en el despacho, con la agenda entre las manos y mil preguntas en la cabeza. ¿Cuántos secretos guardaba mi padre? ¿Por qué me mantuvo al margen de todo? Y lo más importante: ¿qué contiene esta agenda que era tan importante como para guardármela?

Me recuesto en la silla sintiendo que todo mi alrededor es una mentira. Por un momento, el rostro de Ariadna aparece en mi mente. Su sonrisa, sus besos, la forma en que me miraba. ¿Era todo mentira? Las palabras de Carmen resuenan en mi cabeza: Esa forma de mirarte no

se finge.

Abro la agenda de nuevo, en las primeras páginas no hay nada, pero sigo mirando y veo la fecha de nacimiento de mi madre ocho de enero y pone: recoger los documentos. Solo eso, nada más. Sigo pasando las páginas y solo hay exposiciones, citas con clientes, viajes, citas médicas, nada relevante, hasta que llego a la última página.

“Victoria, si estás leyendo esto, es porque la vida ha decidido llevarme antes de tiempo. Hay mucho que no sabes, mucho que debería haberte contado. La verdad está aquí, entre estas páginas, pero ten cuidado, no confíes en nadie, ni siquiera en quien crees que debes confiar.

Te quiere,

Papá”

Cierro la agenda de golpe, sintiendo que el corazón me late desbocado. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué verdad? ¿Y a quién se refería con esa advertencia? ¿Qué estaba pasando en la galería?

Me levanto y guardo la agenda en mi bolso. Necesito tiempo para procesarlo todo, para entender qué está pasando. Mientras salgo del despacho, no puedo evitar pensar en Ariadna. ¿Es ella parte de la verdad que mi padre quería que descubriera? ¿O es una de esas personas en las que no debo confiar? Pienso en la orden que le dio mi padre a Carmen, que debería dármela después del testamento. Me falta una parte de la ecuación y es esa. Abrir el maldito testamento que parece que no llega.

Salgo de la galería y ya es de noche, mi estómago ruge, ya no sé si es por el hambre o simplemente por todo lo descubierto hoy. Tengo la sensación de que acabo de abrir la caja de Pandora o que al menos comienza a abrirse, tengo mil preguntas que tengo que ir descubriendo yo, porque no sé en quién confiar, aunque en Carmen sé que puedo, sino mi padre jamás le hubiera dejado esa agenda, pero ella sabe lo mismo que yo.

Llego a casa cansada, harta de las mentiras y queriendo saber qué esconde el testamento y en qué tiene la clave esa agenda para descubrir la verdad.

Capítulo 19

Victoria

Han pasado tres días desde que tengo la agenda, la he revisado y solo en ella están las citas que debió tener mi padre esos días. No entiendo por qué dejarme algo y que tenga que descubrirlo como si fuese un juego de azar. Sé que tengo que esperar al testamento, pero eso me lleva a pensar que o mi padre estaba siendo amenazado o es un juego macabro de su mente.

Ayer le mandé un email a la funeraria que tramita la defunción de mi padre y recibí otro email comunicándome que se pondrían en contacto con la asesoría que gestiona todo. No sé qué más hacer para que se agilicen las cosas.

Lourdes con sus historias, me hizo pensar que quizá lo de mi padre no fuese una muerte natural, aunque se me ha dicho que el caso podría ser investigado, así que ahora estoy frente a los juzgados para recoger la autopsia definitiva de mi padre.

—No lo leas cuando lo recojas —me pidió mi amiga.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté nerviosa.

—Vienes a la universidad y lo leemos juntas —dijo apretando mi mano.

Sé que no es posible que la muerte de mi padre haya sido provocada, no puede ser que si él temiera por su vida no hubiese hecho nada. No me cabe en la cabeza que no me dijera nada si se sentía en peligro.

Una vez pasado el control de seguridad, me dirijo a donde la chica me indica y espero paciente a ser atendida. Una vez tengo el informe en las manos, tengo la tentación de abrirlo, pero las palabras de Lourdes vuelven a mi cabeza. Decido que le voy a hacer caso e ir a la universidad y esperar por ella.

Cuando llego, aparco y subo a mi despacho. Al abrirlo, me encuentro a mi amiga allí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto confundida.

—Esperarte —dice como si fuera algo super lógico.

—¿Cómo has entrado?

—Tengo contactos —dice alzando la ceja.

Sé que ha debido ser el conserje, él sabe lo amigas que somos y me apuesto lo que sea que la ha dejado acceder. Tomo asiento detrás de mi escritorio y saco el sobre marrón del bolso y lo pongo encima. Se pueden leer las letras en negro que dicen del juzgado que es.

—Quieres abrirlo de una vez —exige.

Tomo el sobre y lo abro, sacando el informe, comienzo a leer y, un nudo en el estómago comienza a formarse.

—No puede ser —digo soltando el papel.

—Quieres decirme, ¿qué cojones pasa? —exige Lourdes.

Al ver que no soy capaz de decir nada, coge el papel y comienza a leerlo y va alternando las miradas entre el informe y mis ojos.

—Joder —suelta tras leerlo.

Me recuesto en la silla sin entender nada.

—¿Sabías algo? —pregunta.

—No, jamás supe nada.

En mi mente recrea lo que he leído en el informe. Cáncer. Esa palabra resuena en mi cabeza.

—Se estaba muriendo, Lourdes, mi padre se moría y no supe nada.

—No tienes la culpa de eso, Victoria —intenta calmarme.

Yo pensaba que la confianza con mi padre era máxima, que yo compartía mis cosas al igual que él conmigo, pero ahora las dudas me entran, tengo tantos reproches que hacerle a alguien que ni siquiera está aquí. Regaños que no le podré hacer jamás porque ha fallecido.

—Mi vida es todo una mentira —digo frustrada.

—No es verdad y lo sabes. Quizá no te lo dijo para no angustiarte, tenía el hígado...

No sigue hablando porque el informe es claro, si no hubiese muerto del infarto, tampoco es que le hubiese quedado mucho más tiempo. Si solo fuese el hígado, tenía metástasis en muchos de sus órganos, era cuestión de días que su cuerpo pusiera punto final.

—Sé que ahora ves todo negro, Vic, pero seguro que tu padre tenía una explicación para lo que hizo. Al menos ya sabemos que su muerte fue algo natural.

—Que hay una explicación, lo sé, pero ¿por qué tanto maldito misterio? ¿Por qué no dejarme algo en el que me explicaba lo que pasaba?

—Si lo ha hecho —afirma mi amiga.

—¿Cómo? Una puta agenda desfasada, esperar a un testamento que no llega por culpa de la burocracia —digo cabreada poniéndome de pie.

Me dirijo a la ventana y observo cómo el día está tan gris como yo, está todo el cielo ennegrecido y las nubes pugnan por ver quién es la primera en descargar toda esa agua que llevan. Aprieto el puente de la nariz, esperando que esto solo sea un puto sueño. Siento la mano de mi amiga y colega por detrás, me giro y me aferro a ella. En ese momento mis lágrimas salen, todas las que he estado aguantando estos días, casi semanas, no queriendo verme débil, pero ahora entre los brazos de Lourdes ya no puedo contener más.

Es el sonido del cambio de hora el que nos hace soltarnos. Mi amiga limpia mi rostro y sujeta mi cara.

—Todo esto debe tener una explicación —me dice con calma.

Asiento mordiendo mi labio para poder contener que no salgan de nuevo las lágrimas.

—Tengo que marcharme, pero si quieres, nos vemos después y comemos.

—Quiero llegar a casa y descansar.

—Vale.

Deja un beso en mi frente y aprieta mi hombro con ternura. Siento la soledad, esa que no había sentido en mucho tiempo, tras ella abandonar el despacho. Suspiro intentando calmar todos los sentimientos que se agolpan en mi pecho. Tengo que ir a dar clase y no es justo para mis alumnos encontrarme de la forma que estoy.

Llego a casa cansada, es por todo lo vivido estos días, es más un agotamiento mental que físico, pero eso hace que no quiera hacer nada. De lo único que tengo ganas es de tirarme en el sofá y que el tiempo pase lo más rápido posible hasta encontrar una explicación para esto. Después de una ducha me acuesto en el sofá, recuerdo a Ariadna, sus besos, sus caricias, los gemidos que se escapaban de su boca sin poder controlarlos. Mi mente se nubla y bajo una mano para colocarla entre el pijama y mis bragas, toco mi sexo y un suspiro se escapa de mi boca, no quiero pensar en nada, solo en aquel día. Ella tocándome, haciendo que suspire con cada roce, beso y caricia, solo quiero abandonarme a esa sensación, esa que creo que me va a tranquilizar y mantener mi mente solo con la excitación del momento. Sigo moviendo mi

mano bajo mi ropa hasta que un gemido escapa dando paso a un orgasmo, cierro los ojos intentando relajarme y sin poder controlarlo comienzo a llorar como una niña. No puedo dominar todas esas emociones que se acumulan en mi pecho y es el llanto el que hace que mi cuerpo se relaje por fin.

Me despierto encogida en el sofá. Es de noche y me levanto para comprobar la hora, son las doce. No sé el tiempo que llevo durmiendo, solo sé que caí después de llorar. Voy al baño para limpiar los restos que todavía hay en mi mano de lo que hice, también mi cara, que no es que sea de la mejor que he tenido y esta vez voy a la cama. Me acuesto y me encojo como la niña que una vez fui, dejando así que el cansancio vuelva a dejarme dormir.

Capítulo 20

Victoria

El miércoles recibí un correo de la asesoría, tenían la documentación que necesitaba para solicitar la copia del testamento. Decidí por petición de mi amiga que se lo llevaría al abogado de mi padre a ver si podía agilizar las cosas.

—Necesito tener esto cuanto antes, Jorge —le pedí con desesperación.

—Lo sé —dijo agachando la cabeza.

—¿Sabes algo? —pregunté.

—No —dijo sin levantar la vista del escritorio.

—Tanto secretismo me está cansando —solté cabreada.

Él alzó la vista y sus ojos conectaron con los míos, supe que él tenía preguntas sin responder también.

—¿Qué sabes? —exigí.

—No más que tú, Victoria, sé que tu padre se estaba muriendo y que me entregó este sobre

—dijo sacándolo del cajón y poniéndolo encima de la mesa.

—¿Me lo das ahora? ¿Por qué?

—Realmente te lo tenía que dar cuando se abriera el testamento, fue su indicación —reconoció.

—No entiendo por qué mi padre ha hecho esto —dije frustrada.

—Sus motivos habrá tenido.

Antes de salir del despacho, me di cuenta de que el sobre podría no contener solo un papel. Lo abrí delante de Jorge y saqué una llave pequeña y se la mostré.

—¿Qué es esto? —pregunté cabreada.

—Tendrás que averiguarlo —dijo encogiéndose de hombros.

Salí de allí huyendo, era como si todo esto fuese un plan macabro de mi padre para que yo supiera qué era lo que estaba pasando.

Es viernes y Lourdes está conmigo en la notaría. Hemos ido según salimos de la universidad, son casi las tres y no hemos almorzado, pero ella y yo necesitábamos saber qué es lo que realmente está pasando en todo esto. Una vez con el documento en la mano, nos miramos.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Vamos a tu casa, miramos lo que tenemos, pero antes pide comida, porque me muero de hambre.

Así lo hago, pido sushi que sé que le encanta y vamos a mi apartamento.

Estamos sentadas en el sofá, hemos esperado hasta terminar de comer para colocar todo encima de la mesa. Lo que sí hizo Lourdes en el trayecto fue empezar al leer el testamento, que para ella no hay nada extraño.

—No entiendo nada —me quejo.

—Pues yo tampoco —admite.

—Tengo un testamento que es normal, donde mi padre me ha dejado todo. Después, una

agenda que me dio Carmen y una llave que me ha dado el abogado.
—Nada tiene sentido —comenta mi amiga volviendo a coger la agenda.
—Yo necesito saber de dónde es la llave.
—¿Has ido a su casa? —pregunta.
Niego con la cabeza, la verdad es que no me veo con la valentía suficiente para ir.
—Quizá ahí —comienza a decir.
—Es que esto es una pesadilla —protesto poniéndome de pie.
—Con lo fácil que hubiera sido dejarte una nota y ya.
—Mi padre nunca fue una persona de poner las cosas fáciles —admito.
Vuelvo a mirar todo encima de la mesa, como si así la respuesta saliera de forma fácil.
Todavía no consigo entender cómo el fallecimiento de mi padre me ha llevado justo al momento en donde estoy.
—¿Has sabido algo de Ariadna? —pregunta de pronto Lourdes.
—Me ha escrito dos veces y las dos la he ignorado.
—¿Qué te ha dicho?
—La primera que tiene una explicación para todo y la segunda que tenemos que hablar —digo con desgana tirándome en el sofá.
—Quizá ella tiene acceso a información que nosotras no tenemos. Realmente no es un, quizás, es una realidad. Trabaja con la policía, Victoria.
—No me recuerdes su traición.
—Y dale, eres una pesada con eso, vale que la chica no hizo las cosas demasiado bien, pero ella puede dar claridad a todo esto.
Sé que mi amiga tiene razón y que tengo que hablar con Ariadna sobre todo esto, pero me jode tener que tirar de ella, porque no sé lo que puede pasar.
—Tengo miedo —confieso.
—¿A qué?
—A que me diga que solo fue para acercarse a mí, a que nunca me ha querido...
—Eres idiota —dice cortándome—. Me has contado lo que ha pasado entre vosotras, ¿realmente crees que es fingido? Si es así, ¿por qué quiere darte una explicación? Esa mujer no te ha estado utilizando, Victoria.
Cojo mi móvil impulsada por saber la verdad sobre lo que está pasando, porque estoy en un callejón sin salida. Busco el *WhatsApp* de Ariadna y comienzo a escribir:
—Está bien, vamos a hablar.
Mi amiga me mira y se ríe por lo que acabo de ponerle.
—Jamás reconocerás que necesitas su ayuda —afirma poniendo los ojos en blanco.
—Es algo que le diré cuando la vea.
El teléfono vibra de inmediato y las dos miramos la pantalla, es la respuesta de Ariadna.
—Nos vemos en tu casa ahora.
—No, en mi casa no, mejor en el restaurante en que cenamos antes de que supiera la verdad.
—Vale.
—Me mentiste —reprocho antes de poner el móvil en la mesita.
Apoyo la espalda en el sofá y Lourdes me imita.
—Sabes que si vas a la defensiva no vas a sacar nada.
—Necesito escupirle todo lo que me ha hecho sentir.
—¿Dejarás que se explique?
—Claro, ¿por quién me tomas? —digo incorporándome.

—Le acabas de soltar un reproche.

—Se lo merece —afirmo.

El teléfono vibra y dudo si levantarlo o no, pero es Lourdes quien lo hace y tras leerlo me lo enseña.

—Lo siento.

Eso es lo único que pone y siento entre rabia y frustración. Sé que no puedo ir a tirarle nada en cara, que tengo que dejar que diga por qué lo hizo, pero la furia que llevo dentro muchas de las veces no la puedo controlar.

—Debes dejar que se explique y no la cortas.

—Sí.

—Después, explícale todo lo que hemos descubierto.

—Descubrir, descubrir —comento con una sonrisa.

—Ya me entiendes, necesitas buscar respuestas.

—Sí, mamá. ¿Algo más?

—Sí —dice y alza la ceja con una sonrisa que no me gusta.

—Que solo vamos a dialogar, Lourdes, no va a pasar absolutamente nada.

—Tú lleva el diálogo rasurado por si acaso.

Golpeo el hombro de mi amiga y le agradezco las risas, mientras le increpo lo cochina que es y que eso no va a pasar, pero la realidad es que no lo sé, porque mi cuerpo se sigue estremeciendo al recordar la noche que pasó junto a Ariadna.

Capítulo 21

Ariadna

Estoy en mi casa, ya he comunicado que no voy a involucrarme en nada de este caso. Que la inspectora Martín se busque a otra, yo no voy a hacer más daño a alguien que me importa. La última conversación que tuve con ella no fue nada agradable.

—No pienso entrar más en esto, estoy fuera —dije en su despacho.

—No es tan fácil salirte, Ríos, o colaboras, o no se te abonará el trabajo que has realizado hasta ahora.

—Me da igual el dinero, me da igual todo. Es un puto callejón sin salida y la dueña de la galería me odia.

—Seguro sabrás volver a ganar su confianza —aseguró recostándose en la silla.

—Qué te den —escupí cabreada.

—Fue mala opción follarte a la propietaria —afirmó antes de que saliera de su despacho.

Me giré cabreada, me acerqué a su escritorio y apoyé las manos en él.

—Te deberías de liar con Mariana, sabes hacer el papel de zorra bastante bien.

Laura se quedó mirándome fijamente, parecía que mi idea no había sido del todo descabellada para ella.

—Joder, no estarás pensando en...

—Tal vez —me cortó.

—Yo estoy fuera, no cuentes conmigo.

—No hay dinero.

—No lo quiero, te lo puedes meter...

—Shhhh, Ariadna, cálmate, estás ante un cuerpo de la autoridad, ¿no querrás pasar unos días en el calabozo?

—Todavía no me explico lo que pude ver en ti hace unos años.

—Teníamos buen sexo, eso al menos reconócelo.

—Qué te den —repetí.

—Podrías hacerlo tú, si quieres, podría pasar esta noche por tu casa.

No contesté a sus impertinencias y tras enseñarle el dedo corazón, salí de su despacho más cabreada de lo que entré, pero ahora ya informando que yo no estaba en ese caso.

Mi teléfono vibra y miro la pantalla, es ella, un mensaje de Victoria, mi cuerpo se estremece al leerlo. Quiere hablar y muerdo mis labios porque ahora podré explicarle lo que ha pasado. Un lo siento es lo que escribo tras el reproche de Victoria.

Cinco horas después estoy frente al restaurante esperando a Victoria; hemos quedado a las nueve. Estoy nerviosa, solo espero que me deje explicarme sobre lo sucedido.

La veo caminar, tengo que cerrar los ojos con fuerza para intentar quitarme la imagen de esa mujer. Espero que mi cerebro no me juegue malas pasadas y no termine babeando por alguien a la quien le debo una explicación.

—Hola —saluda cuando llega.

—Hola.

No sé cómo debo actuar, yo quiero darle dos besos, pero ninguna de las dos se decide a dar

el paso.

—Deberíamos de entrar —propone.

—Claro.

Antes de girarme para entrar al restaurante, la miro, es preciosa y necesito darle al menos dos besos, los que siempre se dan por cortesía. Quiero sentir su piel en mi mejilla. Así que me giro a ella y sin pensarlo demasiado le doy dos besos y me quedo muy pegada a ella. Nuestras respiraciones se pueden escuchar, está nerviosa, como yo lo estoy. Tengo una lucha interna para no devorarle la boca, dejar que sean nuestros cuerpos quienes hablen y no las palabras.

—Debemos entrar —susurra.

Asiento con pesar, pero sé que es lo correcto. No puedo dejar que lo que siento y deseo se interponga a la explicación que debo darle.

—¿Por qué? —me pregunta una vez sentada.

—Quiero que sepas primero, que nada de lo que pasó entre nosotras tiene que ver con la investigación.

—Permíteme que lo dude, te acercaste a mí desde el primer momento.

—No fue buscado, te vi en el tanatorio, estabas mal, no voy a mentirte que no pensé que era oportunidad ideal para acercarme a ti, pero no iba con la intención de seducirte ni nada de eso, solo quería encontrar la causa de la muerte de tu padre, o al menos eso fue lo que me pidieron en un principio.

—Mi padre murió de forma natural.

—Lo sé ahora —digo y me muevo en la silla—. Me utilizaron, Victoria, lo hicieron para saber quién estaba detrás de lo que puede estar pasando en la galería. Fui su señuelo, y yo caí.

—Espera —me pide—. ¿Por qué empezó la investigación?

—Tu padre hizo una llamada dos días antes de morir, había quedado en reunirse con la inspectora Martín, y eso no pasó. El inspector Ruiz utilizó su muerte para yo poder infiltrarme. Lo que no sabía es que ellos, ya se imaginaban que tu padre había muerto de forma natural. Como te dije, me vendieron para así conseguir la información que necesitaban.

—¿Qué información?

—Marina, ella es la que puede estar detrás de todo.

—¿Marina? ¿De qué se le acusa exactamente?

—Todavía no sabemos muy bien, pero creen que trafican con obras falsas, que blanquean dinero...

Paro de hablar porque Victoria niega con la cabeza, para después poner sus manos en la cara. Sé que todo esto no se lo esperaba, pero ella quiere la verdad y yo estoy aquí para contárselo.

—Sé que estás sobrepasada, pero puedo explicártelo todo. Haz las preguntas que quieras hacer y te lo responderé todo.

—¿Sigues en el caso? —pregunta.

—No, lo dejé. No valía la pena si tú seguías pensando que te había traicionado.

—Mierda, Ariadna, es que...

—Lo sé, Victoria, no te estoy culpando, solo quiero que sepas la verdad, y que nada de lo que hicimos entre nosotras fue por lo que estaba investigando.

Tras el camarero tomar la comanda, le sigo explicando todo a Victoria. Ella me hace mil

preguntas intentando entender por qué su padre no le dijo nada y, cuando ella está satisfecha, se queda mirando fijamente a mis ojos.

—¿Tú fingiste algo de lo que pasó entre nosotras? —me atrevo a preguntar.

—No, no creo que eso se pueda fingir.

—¿Por qué me diste la oportunidad de hablar?

—La realidad —comienza a decir—, es que te necesito. Mi padre me ha ido dejando cosas, creo que va sobre lo que está pasando.

—No estoy dentro —afirmo.

—Ariadna, necesito una explicación a esto. Si la galería está involucrada en algo, quiero saberlo. Mi padre me ha dejado una herencia envenenada y en juego está mi prestigio, y si está Marina metida, quiero saberlo.

Me recuesto en la silla mientras suspiro, sé que Laura estaría muy contenta de lo que me está contando Victoria, y que me diría que es una oportunidad de oro para saber la verdad, y la realidad es que lo es. Tengo que ser sincera con Victoria.

—Si te ayudo, voy a tener que comunicar a la policía lo que descubramos.

—Estoy de acuerdo con eso —indica.

—¿Qué es lo que tienes?

—Mi padre me dejó una agenda que me dio Carmen, una llave del abogado, y el testamento.

La miro entrecerrando los ojos porque no estoy comprendiendo.

—A ver —dice inclinándose en la mesa—. Cada persona que me dejó eso, me dijo que mi padre le había dicho que tenía que esperar al testamento, pero no sé por qué, ya que ese documento no tiene nada extraño.

—La agenda ¿Hay algo en ella que te llame la atención?

—La nota del final.

Victoria saca la agenda de su bolso y me sorprendo al ver que es de dos mil diecinueve y la miro extrañada señalando el año, ya que estamos en dos mil veinticuatro, ella simplemente se encoge de hombros. La abro y me indica que está al final del todo y lo leo. En ese momento me doy cuenta de que Antonio Andrade sí que escondía algo y que tenemos que averiguarlo, y otra vez la puerta del sótano viene a mi mente.

—La puerta.

—¿Qué? —pregunta confundida.

—La del sótano, esa llave puede ser de ahí —afirmo.

—No creo, es muy pequeña.

—¿Puedo verla?

Victoria la saca de su bolso y la pone encima de la mesa. La miro extrañada por el tamaño, parece de una taquilla, está claro que no es una llave normal.

—No creo que sea de una taquilla —asegura antes de que diga algo—. Debe ser de otra cosa.

El camarero llega y nos interrumpe, retira los platos de la comida y nos dice que, si queremos postre, las dos nos miramos y coincidimos en decir que no. Después de eso, solicito la cuenta.

—¿Podemos ir a la galería? —pregunto.

—Sí, he traído las llaves. Pero debo de informar al jefe de seguridad de que voy a acceder, porque habrá una entrada que quedará registrada.

—Perfecto —digo levantándome de la silla—. Conduzco yo.

Voy directamente a la barra para pagar la cena, salimos del restaurante y nos dirigimos hacia mi coche. Media hora después estamos frente a la galería; hemos tenido que esperar que el jefe de seguridad le dé acceso a Victoria. Hemos dudado si él puede estar involucrado y lo descartamos cuando Miguel nos ha dado la información de inmediato. El sistema de seguridad es bastante avanzado, cualquier cosa que hubiésemos hecho mal saltaría todas las alarmas.

Una vez dentro nos dirigimos al sótano y ahora estamos en frente de esa puerta misteriosa.

—Dame la llave —le pido.

Victoria me la da y en ese momento me doy cuenta de que no es de ahí, que la mujer que tengo al lado tenía toda la razón.

—Te lo dije —dice alzando la ceja.

—Teníamos que probar.

—Ya. Esto es como un callejón sin salida —asegura hastiada—. Lourdes y yo hemos intentado buscar una conexión y no la vemos —explica frustrada.

Camino hasta donde se ha apoyado Victoria y la imito.

—No entiendo por qué mi padre simplemente no dejó algo indicando de lo que pasaba.

—Seguro que lo ha hecho, Victoria, la cuestión es encontrarlo.

—Es que esto parece una jodida película de misterio —protesta cabreada.

Me coloco entre sus piernas y sujeto su cara entre mis manos, para hacer que me mire.

—Sabremos qué es lo que tu padre te quería decir, y lo que realmente pasaba aquí —aseguro sin soltarla.

Sus ojos se clavan en los míos y tengo que controlar las ganas que tengo de besarla. Ella hace ese maldito gesto de morderse el labio y maldigo ese momento.

—No hagas eso —pido con un hilo de voz.

Nuestras respiraciones ahora son agitadas, yo no soy capaz de alejarme y ella no me aparta como me gustaría que lo hiciera.

—Voy a besarte, si no quieres...

No deja que termine de hablar, porque sujeta mi cuello y me atrae hasta que pasa su lengua por mis labios. Me está torturando, porque cuando quiero besarla, retira la cabeza hacia atrás y niega mientras pone un dedo en mis labios que yo meto en mi boca.

—Te estás portando muy mal —susurra sin sacar su dedo.

Cuando lo saca, lo lame, mi cuerpo se estremece al verla. Tiene una mano apoyada en mi pecho para que no me acerque, mientras se muerde el maldito labio, ese que quiero morder yo. Mi excitación va en aumento y a ella esto parece divertirle. Le encanta tener el control mientras yo me desespero.

—Saca la lengua —me exige.

Hago lo que me pide y sonrío con satisfacción. Cuando creo que la va a chupar, se acerca a mi oído para susurrarme.

—Me pone muy cachonda lo obediente que eres.

Es el teléfono de Victoria la que hace que nos separemos, en él se puede leer que Miguel le avisa que están accediendo a la galería y es Marina.

—Mierda —protesta bajándose de la mesa.

—Espera, ya está aquí, apaga las luces y nos ponemos debajo de las escaleras —digo tirando de ella.

Nos metemos donde le digo y escuchamos cómo Marina accede hasta llegar a las escaleras.

—Te digo que me ha saltado la alarma de que ha entrado alguien —asegura hablando por

teléfono—. No estoy loca, Rafael, tenemos un dispositivo que notifica si entra alguien o no. No, no te estoy jodiendo. Miguel dice que no ha recibido nada, pero yo te digo que alguien ha entrado.

Seguimos en silencio y, tras un tiempo indeterminado en el que se queda tranquila, se marcha y es cuando Victoria recibe otro mensaje de Miguel diciendo que ya está fuera.

—Es ella —afirma Victoria aturdida.

—Eso ya lo sabíamos. Ha nombrado a un Rafael, ¿sabes quién puede ser?

—Solo se me ocurre que sea Torres. Rafel Torres —afirma—. Tenemos que encontrar esa conexión —dice como si fuera una inspectora.

—La clave está en lo que ha dejado tu padre —aseguro.

El momento de tensión de antes se desvanece por lo acontecido. No sé qué decirle a la mujer que tengo delante, solo sé que, si Antonio Andrade dejó escrito todo lo que pasaba, lo vamos a encontrar, de eso estoy segura.

Capítulo 22

Ariadna

Salimos de la galería cuando creemos que es seguro. Victoria ha llamado y hablado con Miguel para decirle que ya estamos fuera; hemos podido confirmar que Marina está involucrada en la investigación que realiza Laura.

—No he traído coche —confiesa Victoria cuando entra.

—¿Te llevo a tu casa?

—Si no te importa, es que he ido en Uber al restaurante.

—No tienes que darme ninguna explicación, te llevo.

—Gracias —dice apretando mi brazo.

Suspiro antes de poner el coche en marcha, intento relajarme, pero no sé si lo conseguiré. Miro el reloj y decido que voy a llamar a la inspectora Martín sin importarme la hora. Así que, antes de salir del aparcamiento, marco el número y miro a Victoria, que me observa extrañada.

—Es la inspectora —susurro.

Ella no dice nada, se mantiene en silencio escuchando los tonos de la llamada. No lo coge, pero yo no me doy por vencida y vuelvo a marcar. Esta vez lo coge de inmediato.

—Más vale que sea por algo importante que me llamas —suelta nada más descolgar.

—Necesito que investigues a Rafel Torres.

—¿Ya te has vuelto a follar a la hija del muerto? —pregunta.

Miro a Victoria que abre los ojos y tengo que taparle la boca para que no se meta en un lío.

—¿Lo vas a hacer o no? —pregunto cabreada por su actitud.

—¿Y en qué he de basarme para hacer eso?

—Hemos accedido a la galería y Marina al poco ha entrado, estaba hablando con alguien y ha dicho ese nombre.

—Necesito algo más, un nombre con un solo apellido, sabes cómo es...

—Eres una mierda de inspectora —suelta Victoria sin darme cuenta—. Solo necesitas acceder a su expediente o lo que tengáis que hacer para investigar.

En la línea se escucha la risa de Laura y yo niego con la cabeza mirando a Victoria. No debía de hablar, solo mantenerse al margen.

—Te gustan con carácter, Ríos —asegura sin dejar de reír.

—¿Lo va a hacer o no?

—Sí, pero necesito algo más, sabes que estamos en un callejón sin salida. ¿Qué sabes, Victoria? —pregunta directamente.

—Ella no sabe nada, ya te lo he dicho, lo que hemos descubierto hasta ahora lo sabes tú. Mañana intentaremos acceder a la puerta que te dije del sótano a ver si encontramos algo.

—¿Nada más? —pregunta la inspectora.

—Mi padre me dejó unas pistas, pero hay que ver a dónde nos lleva —suelta Victoria.

—Quiero eso —exige Martín.

—Ni hablar —suelto—. Déjame que las revise, si no encuentro nada, te lo haré saber.

Escucho bufar a Laura tras la línea, sé que ahora vienen las amenazas y así lo hace.

—Si os interponéis en la investigación, las dos acabaréis imputadas.

—No lades tanto, que sabes perfectamente que sin ella no vas a conseguir nada —afirmo.

—Para eso estas tú con ella, tienes formas muy carnales de convencerla —suelta.

Miro a Victoria esperando que no crea a Laura, está frustrada y siempre actúa como una gilipolla cuando se encuentra así.

—Gracias —comienza a decir Victoria—. La realidad es que necesitaba sexo, deberías de probarlo. Mira, Marina es igual de gilipollas que tú, fóllatela.

—Me gusta esa mujer, Ariadna, no la dejes escapar —asegura Laura.

—Ya, esto se acaba aquí —digo—. Laura, necesito lo que te he pedido. Por lo menos localizar domicilio, propiedades, sé que acceder al registro de tarjetas es más complicado sin autorización judicial, pero consigue todo lo que puedas.

—Lo voy a intentar, pero sabes que con eso no es suficiente —dice ahora, poniéndose seria—. Si encuentran alguna conexión en lo que le dejó Andrade a su hija, quiero saberlo.

—Por supuesto, pero prométeme que Victoria está fuera de todo esto.

—Siempre lo ha estado —afirma y cuelga.

Miro a Victoria, necesito saber si está enfadada, o si alguna de las palabras de Laura le ha afectado.

—Estoy bien —asegura apretando mi brazo—. Sé que solo estaba provocando.

—Está frustrada y necesita resolver el caso, siempre ha sido muy exigente en su trabajo.

—Lo entiendo.

—Sobre lo que dijo del sexo...

—No tienes que decirme nada, Ariadna —me corta—, todo ha quedado claro en la cena.

—Jamás me acosté contigo por la investigación —aseguro de todas formas.

—Lo sé —dice con una sonrisa que me derrite.

Pongo rumbo al apartamento de Victoria. Una vez aparco enfrente, miro a la mujer que tengo al lado y no sé cómo debo actuar ahora, la tensión se palpa. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo nos despedimos?

—¿Quieres subir? —pregunta haciendo ese gesto que me mata, mordiendo su labio.

—No creo que sea buena idea —aseguro algo agitada.

—Prometo portarme bien. Quiero que veas todo con más tranquilidad, poner todo lo que tengo y a ver si damos con la clave.

—Está bien, por trabajo —aseguro riendo.

—¿Soy tu trabajo? —pregunta con una sonrisa.

—No, no lo eres —digo nerviosa—. Trabajo es la investigación, tú jamás los ha sido, no planeé enamorarme de la hija del dueño de la galería —confieso sin darme cuenta mis sentimientos.

—¿Enamorada? —pregunta, parece que le divierte verme nerviosa.

—¿Subimos a descubrir ese enigma?

Victoria se ríe y se baja del coche, yo hago lo mismo que ella. Accedemos al edificio y nos montamos en el ascensor. Los recuerdos de la vez que estuve ahí vuelven, ella intentando abrir la puerta y no poder. La mujer que tengo al lado sigue en silencio y cuando llegamos a la planta las puertas se abren y vamos hasta su apartamento. Cuando saca las llaves, me mira y sonríe.

—Esta vez la abro a la primera —dice guiñándome un ojo.

—Te ibas a portar bien —susurro.

—Y no sabes el esfuerzo que estoy haciendo para controlarme —asegura abriendo la puerta

para dejarme pasar.

Accedo a la casa y espero a que ella también lo haga. Nos dirigimos al salón y Victoria coloca todo lo que tiene delante de nosotras. Testamento, agenda y la llave.

—Esto es lo que me ha dejado mi padre —dice con frustración sentándose en el sofá—. Lo que no entiendo es porque había que esperar al testamento.

—Por precaución, lo más seguro. Al morir siempre son una pesadilla los trámites, eso lleva tiempo. Si la gente que está detrás de esto se entera de que te ha dejado algo, muy rápido, irían a por ti. Era más prudente esperar un poco a que te entregaran las cosas.

La cara de Victoria es de asombro, ahora sé que está preocupada.

—Esto es una locura, mi padre siempre ha sido un hombre íntegro.

—No he dicho que no lo fuese, pero lo seguro es que él estaba metido, no sabemos en qué o el porqué.

—Necesito una explicación a todo esto.

Las siguientes horas nos pasamos mirando todo lo que tenemos delante, hemos abierto la agenda y mirado fecha por fecha. No encontramos nada, solo citas apuntadas. Es como un callejón sin salida.

—Es más de las tres de la madrugada, es mejor dejarlo, mañana accedemos a la puerta del sótano y ver qué hay —dice.

Me recuesto en el sofá cansada, es frustrante no encontrar algo que nos lleve hasta la verdad que oculta la galería.

—Es mejor que me marche —digo poniéndome de pie.

—Puedes quedarte si quieres, tengo otra habitación.

—No es buena idea esa.

Victoria asiente y me acompaña hasta la puerta y la abre, pero antes de que pueda salir sujeta mi brazo.

—Quiero esto, Ariadna.

Cierro los ojos con fuerza, yo también lo quiero, pero volver a involucrarme con ella mientras está la investigación no sé si es del todo ético.

—Cuando todo acabe —digo dejando un beso en su mejilla—, tendremos la oportunidad de intentarlo —susurro antes de separarme.

La respiración de Victoria es agitada, sujeta mi mano para que no me vaya, pero yo me suelto de su agarre y salgo, veo cómo ella cierra tras de mí, no soy capaz de moverme de allí, tengo delante la puerta de la mujer que me muero de ganas de besar y he sido una cobarde y más por poner como excusa la investigación, algo que ya me he saltado sin importarme antes.

—A la mierda —susurro.

Cuando voy a tocar el timbre, no me da tiempo porque Victoria vuelve a abrir y yo entro como un huracán, cierro de un portazo y sujeto el cuello de la mujer que tengo delante y la pego a la pared.

—Te deseo —susurro para después devorarle esos labios que me gustan tanto.

Victoria deja que controle lo que pasa, aunque en un momento intenta zafarse de mi agarre y no la dejo. Estamos separadas por escasos centímetros, nuestros pechos se elevan de forma rápida.

—Esta vez mando yo —aseguro pegando mi boca a la suya.

Meto una mano entre sus pantalones y hundo mis dedos en su sexo haciendo que suspire.

—Joder —se escapa de su boca.

Cuando veo que no será capaz de aguantar de pie, la sujeto del brazo y la llevo hasta el sofá, hago que se siente y le saco los pantalones y las bragas a la vez. Victoria se mueve hasta que queda en el borde del sofá, me coloco de rodillas y hundo mi cara entre sus piernas, Victoria jadea de placer, y termina colocando sus piernas en mis hombros, yo la sujeto por las caderas y hago que apenas en unos minutos sus jadeos resuenen por todo el apartamento hasta que llega al clímax.

Pasamos la noche entre orgasmos hasta que el agotamiento nos deja exhaustas y completamente dormidas en la cama.

Capítulo 23

Victoria

Es el sonido de mi móvil es lo que nos despierta. Ariadna se mueve a mi lado, las dos estamos desnudas y sonrío al recordar lo que ha pasado hace unas horas.

—Hoy no es mi teléfono el que suena —se queja tapándose la cabeza con la almohada.

—Lo sé —digo besando su espalda desnuda—. Quiero ir a la galería a ver si descubro algo. Ariadna se gira de inmediato, lo ha hecho de forma tan abrupta que casi golpea mi rostro, haciendo que me retire rápida.

—Mierda, ¿te he dado? —pregunta sentándose para sujetar mi cara.

Niego con la cabeza, y mis ojos se desvían hasta su torso desnudo. Ariadna pone un dedo en mi barbilla y hace que la mire. Cuando me veo pillada, sonrío.

—No vas a ir sola —dice mientras se tapa con la sábana.

—Tengo que hacerlo, si te ve sabrá que volvemos a estar juntas...

—¿Estamos juntas? —pregunta ladeando su cabeza.

—No me líes ahora con eso —protesto—. Tengo que ir y ver si puedo saber dónde está la jodida llave de la puerta. Así, por la tarde ya es más fácil de acceder.

Ariadna deja caer la sábana y mi mirada se vuelve a desviar a esos pechos que me llaman a ser recorridos por mi boca. Muerdo mis labios y coloca una mano en uno de sus pechos, apretándolo. Un suspiro de placer sale de la boca de Ariadna y noto cómo mi sexo se contrae.

—Mierda —susurra—. Para, por favor —súplica.

No puedo controlarme y me subo a horcajadas, ella apoya la espalda al cabecero de la cama y yo sujeto sus brazos hasta colocarlo por encima de su cabeza. Hundo mi rostro en su cuello y lo beso, para después pasar la lengua y terminar dándole una pequeña mordida. Me separo un poco de ella y la veo con los ojos cerrados, sus caderas se mueven buscando contacto y sonrío al verla así. Suelto el agarre de las manos y las suyas van directas a mi culo que lo aprieta. Me retiro un poco poniendo una mano en su pecho y ella abre de inmediato los ojos.

—Me voy a la ducha —digo sonriendo con malicia.

—No me vas a dejar así —afirma apretando mis nalgas.

—¿Crees que yo estoy mejor? —pregunto cogiendo una de su mano y metiéndola entre mis piernas.

Un gemido se escapa de mi boca al notarla, pero hoy no quiero hacer nada, quiero que sufra, aunque no tengo muy claro quién de las dos lo va a pasar más mal.

No tengo que hacer demasiado esfuerzo para no dejar que me dé placer en ese instante, me quito de encima de ella y Ariadna me mira incrédula como me pongo de pie completamente desnuda.

—¿En serio? —pregunta.

—Aja, te lo mereces por mentirme.

—Ya te he explicado lo que pasó. No es justo esto.

Me encojo de hombros y me dirijo al ropero para coger ropa.

—Pues yo me voy a tocar, porque así no me voy a quedar.

Me giro de golpe y en ese momento mi excitación sube demasiado, solo la idea de ver cómo Ariadna se masturba delante de mí y yo poder observarla hace que mi excitación se multiplique. Cojo una silla que tengo en la habitación, tomo asiento y abro mis piernas.

—¿Qué haces? —pregunta agitada.

—Hazlo, quiero verlo.

Ariadna se quita las sábanas que cubría su sexo, se abre un poco de piernas y coloca bien su espalda al cabezal, baja su mano hasta llegar a su sexo e introduce dos dedos. Mi respiración se agita al igual que la de ella. Ariadna sigue con su juego, mete los dedos y los saca para tocar su clitoris, no puedo aguantar más. Bajo mi mano hasta mi sexo y muevo mis dedos encima de la zona más erógena que tengo, y mientras ella tiene un baile con sus dedos en su vagina, yo no dejo de mover los míos para darme placer. Al cabo de unos minutos las dos estallamos en un orgasmo casi a la vez, los gemidos resuenan en la habitación, terminamos exhaustas, yo en la silla y ella en la cama.

—Joder —digo algo más relajada.

Ariadna me mira y a las dos nos entra la risa por lo que acaba de pasar. Me cabrea no poder controlarme ante esa mujer.

—Te odio —digo levantándome.

—Ya, pero yo no.

Prefiero ignorarla y cuando voy a coger la ropa, mi mano está mojada y la observo. Ariadna me la sujeta y me mira fijamente mientras alza mis dedos hasta su boca y los chupa.

—Exquisita —susurra para después irse de nuevo a la cama.

—Qué mal esto —es lo único que puedo decir.

Sacudo mi cabeza, porque tengo que ser funcional, ir al baño y después a la galería, pero Ariadna me lo está poniendo muy difícil. Como le dije antes, la estoy odiando cada vez un poco más.

—Por mí ya puedes ir a la ducha —indica.

—Zorra —digo riendo.

La mujer que está en mi cama me guiña un ojo y se pone boca abajo mientras se estira. Tengo que salir de la habitación antes de que todo lo planeado se me vaya a la mierda y terminemos todo el día en la cama.

Cuando salgo del baño, el aroma de café hace que me dirija a la cocina. Ariadna solo tiene puesta una camiseta y las bragas, sus piernas siguen descubiertas, no me ha sentido porque está concentrada con la tostadora.

—¿Necesitas ayuda? —susurro en su oído.

—Joder, qué susto —dice apoyándose en la encimera.

La abrazo desde atrás y dejo un beso en su cuello.

—¿Qué te pasa? —pregunto tomando asiento.

—Podrías tener una tostadora más sencilla, antes se me quemó una tostada y no sabía cómo sacarla de ahí.

—Debiste tocar la rueda de la temperatura, porque a mí eso no me pasa.

—No he tocado nada —dice mirándome, entrecerrando los ojos.

—Ponla al tres y baja la palanca, no es tan difícil —respondo encogiéndome de hombros.

Cuando Ariadna le ha cogido el punto a la tostadora, desayunamos mientras hablamos de los planes del día.

—Yo me voy cuando me duche —afirma.

—Quédate, yo no voy a tardar, después almorzamos y vamos a la galería.

—¿Estás segura? —pregunta cuando me ve levantarme.

—Segurísima —digo dejando un beso en sus labios.

Cojo mi bolso y salgo del apartamento para dirigirme a la galería. Decido coger un Uber y así no tengo que entretenerme en buscar aparcamiento. Cuando la chica me deja en la puerta miro el reloj y hace apenas unos minutos que está abierta, suspiro antes de entrar en ella.

—Hola —escucho detrás de mí.

Sé a quién pertenece esa voz y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Hola, Señor Torres —saludo cuando se pone a mi lado.

—No me diga señor, que me hace más mayor. Para ti soy Rafael —susurra.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no apartarlo de un empujón y decirle que se aleje de allí, pero debo actuar como mi padre esperaba que lo hiciese.

—¿Qué lo trae por aquí, Rafael?

—Venía a hablar con Marina, tiene algo que quiero comprar.

—Perfecto —digo con una falsa sonrisa—. Marina es la mejor en su trabajo.

—Ya lo creo, pero la realidad es que no me importaría tratar contigo la compra de arte.

Ensanchó mis labios que forman una sonrisa forzada, necesito que ese hombre se quite delante de mí, porque si antes le tenía asco, ahora eso ha aumentado. Camino hasta llegar a la puerta que se abren al instante que me acerco a ellas. Rafael hace un gesto con la mano para que pase primero.

—Podemos ir a almorzar después —propone justo detrás de mí.

—No.

—¿Cenar?

—Rafel, eso no va a pasar. Eres un cliente muy respetado en la galería y como tal lo estoy tratando con el respeto que se merece, pero le rogaría que dejara de insistir en invitarme.

Él se coloca una mano en el pecho haciendo que eso le ha dolido.

—No puedo rendirme tan fácil —insiste.

—Qué no le ha quedado claro, Rafael. ¿La negativa constante que le doy? ¿Qué soy lesbiana? No entiendo la insistencia.

—¿Cómo sabes que solo te gustan las mujeres si no lo pruebas con un hombre?

Me río con descaro, estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero ante nosotros aparece Marina y he de agradecerlo.

—¿Cómo sabes que no te gustan los hombres si no lo has probado? —pregunta Marina mirándolo fijamente.

—Lo entiendo —termina diciendo.

—Gracias —susurro a Marina cuando me va a dar dos besos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Tengo que hablar contigo, pero primero atiende a Rafael, yo voy a ver a Carmen.

—Perfecto.

Me despido de ellos dos y voy a la sala donde está Carmen. La veo sumergida en miles de papeles y carraspeo para que alce la vista.

—Qué sorpresa —dice con una sonrisa sincera—. ¿Qué haces aquí un sábado?

—Necesito hablar con Marina, pero está ocupada con Rafael.

—Ya.

—¿Cómo que ya? Él acaba de llegar.

Carmen niega con la cabeza y dice que cuando ha llegado a trabajar, Marina ya estaba y Rafael también.

—¿Lo has visto sacar algo?

—No, solo estaban hablando en la recepción, cuando he entrado se ha ido a su despacho, no sé nada más.

Me recuesto en la silla y miro a Carmen y esta no aparta la mirada.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—No lo sé, eso lo tendrás que averiguar tú.

—Estoy en un callejón sin salida, Carmen.

—Llama a Ariadna —me recomienda.

—Lo he hecho y seguimos sin encontrar la clave. Necesito acceder a la puerta que está en el sótano.

—Esa llave la tenía su padre, pero ahora creo que la tiene Marina. Fue lo primero que cogió cuando supo del fallecimiento de Antonio —dice con pesar.

Suspiro agotada por esto, mi cabeza va a mil por hora intentando buscar una explicación para lo que está sucediendo y comienzo a bombardear a preguntas a Carmen, que me responde siempre diciendo que ella no sabe nada. Veo un cambio de expresión en el rostro de Carmen.

—¿Qué? —pregunto.

—Para su padre eran muy importante las fechas.

—¿Fechas?

—El cumpleaños de tu madre y el tuyo. Debes mirar la agenda en esas fechas.

Saco mi móvil y le escribo a Ariadna que mire esas fechas, espero unos minutos y no recibo respuesta, debe estar en la ducha o haciendo algo y por eso no me contesta.

—Gracias —digo a Carmen.

—No tienes que dármelas, si descubro algo te lo diré, pero por ahora no sé nada más. Su padre siempre las protegió.

—A ti también, Carmen, él te quería mucho.

—Era muy joven cuando empecé a trabajar aquí. Él me dio la oportunidad que otros no me dieron, madre soltera en aquella época no estaba bien visto.

—Creo que en eso mi madre tuvo algo que ver en esa decisión.

—Lo sé, se lo debo a tus padres, Victoria. Si supiera algo, se lo diría, no quiero que dude de mi honestidad.

—Jamás lo he dudado —aseguro.

Isabel entra a la sala y me notifica que Marina ya está disponible y que puedo ir a su despacho.

—Voy a descubrir que hay detrás de la puerta del sótano —susurro a Carmen.

Capítulo 24

Victoria

La puerta del despacho de Marina está abierta y accedo cerrando tras de mí.

—¿A qué se debe la visita? —pregunta recostándose en la silla.

Me dan ganas de darle un guantazo y borrarle la sonrisa de golpe, ¿cómo puede ser que esté tan tranquila? ¿Se cree impune a todo? ¿Quién la cubre, aparte de Rafael? ¿Se acercó a mí solo para llegar a mi padre? Todas esas preguntas se agolpan de pronto y tengo que pinzarme el puente de la nariz para calmarme.

—¿Estás bien? —pregunta poniéndose de pie.

—Sí, tranquila.

Tomo asiento y ella me imita. No sé cómo preguntar, cómo abordar esto.

—Quiero abrir la puerta del sótano —suelto.

Marina entrecierra los ojos y me observa como si no entendiera.

—La que está debajo de la escalera.

—Sé lo que me dices —afirma apoyando sus codos al escritorio—. ¿Por qué?

—Podría darte una explicación, pero no te debo ninguna, es mi galería y quiero acceder.

—No hay nada ahí.

—Quiero comprobarlo.

—¿A qué has venido exactamente, Victoria? —pregunta con una falsa sonrisa.

—La galería está siendo investigada.

—Lo sabemos, hemos encontrado quién lo hacía, era Ariadna.

—¿Por qué lo hacen?

—Debe ser por el fallecimiento de tu padre —razona—. Ya te dije que nos vimos involucrados en algo en el pasado y no encontraron nada.

—¿Qué hacía aquí Rafael?

—¿Me acusas de algo, Victoria? —pregunta haciéndose para adelante con una mirada taladrante.

—No, no tengo por qué hacer eso, solo te hago preguntas que quiero que sean respondidas.

—La has vuelto a ver.

—No —miento.

—No es una pregunta, Victoria. Sé que se han visto, no entiendes que esa mujer puede estar obsesionada contigo y un misterio que no existe.

—No sé de qué me hablas, Marina.

—¿Crees que soy gilipollas? Tengo contactos, Victoria.

—Cuidado con esos contactos, Marina, porque puedes terminar mal.

—No lo creo. Yo de ti tendría mucho cuidado, no sabes con quién te estás metiendo.

—¿Me estás amenazando? ¿A caso me espías? ¿Sabes algo que yo no sé? —pregunto sabiendo que está a punto de explotar.

—No, jamás haría eso. Solo me dijeron que te habían visto con alguien.

—Perfecto y ahora dame las llaves de la puerta —ordeno poniéndome de pie.

No tenía previsto que esto sucediera así, quería mantener un perfil bajo, pero me hierve la

sangre que todo esto sea por su culpa, yo fui quien le presenté a mi padre, fui la que traje al enemigo a esta casa.

—Te acompaño —dice sacando las llaves de un cajón.

—No hace falta, Miguel puede acompañarme.

—Quiero hacerlo yo, para demostrarte que lo que te dice esa mujer es mentira.

—No me ha dicho nada.

—Ves cómo la has visto —responde alzando la ceja.

—No tengo que contarte mi vida privada.

Marina alza las llaves y camina hasta la puerta, antes de abrirla se gira y queda frente a mí, estamos muy pegadas, tanto que doy un paso atrás.

—Espero que el sexo con ella valga la pena.

Cierro los ojos y suspiro antes de hablar.

—Podemos ir al sótano, por favor —exijo intentando clamarme.

—Por supuesto.

Me dirijo detrás de la directora de la galería hasta esa puerta, he decidido que uno de los chicos de seguridad nos acompañe.

—¿Quieres abrirla tú o lo hago yo? —pregunta Marina.

—Adelante, ábrela —pido.

Lo hace y, cuando la puerta se desplaza hacia dentro, los nervios empiezan a recorrer mi cuerpo, la boca se me seca y no sé si es buena idea esto, no es hasta que Marina enciende la luz que mi decepción se refleja en mi rostro.

—No hay nada.

—Te lo dije —dice alzando una ceja.

Accedo al lugar y como me habían indicado, la escalera que bajaban está tapada, es un hueco muy pequeño, como un cuarto donde guardaban trastos. Creo que eso es lo que hacía mi padre allí. Tanto misterio por una puerta que tras de ella no había absolutamente nada. Mi frustración se refleja y Marina sonríe satisfecha por seguir ganando esta batalla que no sé hasta dónde nos llevará, porque seguimos en un callejón sin salida.

—Espero que ahora me creas y...

—Cállate —digo cabreada.

Alza las manos en señal de paz y cierra la puerta. Nos dirigimos a las escaleras y una vez arriba, Marina insiste en que todo es una mentira de la policía, que está dando palos de ciego por no encontrar nada.

—Sabes que tu padre era un hombre íntegro —asegura.

—Lo sé.

—No hay nada, Victoria. La muerte de tu padre, nadie nos la esperábamos y nos pilló a todos de sorpresa, no pensábamos que Antonio, pudiera morir repentinamente.

El teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón y cuando lo saco veo que es un mensaje de Ariadna.

—Creo que he dado con la clave. Ven cuando puedas.

Miro a la mujer que tengo delante, y ella me observa con detenimiento.

—Es ella, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Ella te hace sonreír como lo acabas de hacer —asegura y pone rumbo a su despacho.

Salgo y una vez fuera me doy cuenta de que no he venido en mi coche, maldigo la decisión y me dirijo a la parada de taxi, después de intentar esperar por alguno sin éxito.

Capítulo 25

Ariadna

Cuando salgo de la ducha y cojo el móvil, veo el mensaje de Victoria. Me da dos fechas y las busco en la agenda:

8 de enero: recoger los documentos.

12 de noviembre: ir al dentista C/ Pensamientos, esquina con Begonia.

Apunto lo que dice la agenda y busco la dirección que me indica. Es en Alcobendas y exactamente hay una clínica dental. Tengo que seguir mirando, hay miles de posibilidades. Me recuesto en el sofá frustrada, decido no decirle nada a Victoria hasta que encuentre alguna conexión, no quiero interrumpirla en lo que está haciendo.

Sé que me falta una fecha y es la del nacimiento de Antonio Andrade, así que busco en la agenda el número de Laura, pulso el botón de llamada y espero que me conteste.

—Más vale que sea para algo importante —suelta nada más descolgar.

—Necesito la fecha de nacimiento de Antonio Andrade.

—Yo pensaba que me llamabas para un trío —suspira a través de la línea.

—Eres idiota.

—Es sábado, Ariadna, el único sábado que me he cogido en tiempo, déjame al menos ser idiota contigo.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien? —pregunto al escucharla tan apagada.

—Sí, solo es un bajón. La realidad es que necesito cerrar el caso en el que estás para pasar página. Me están presionando de arriba, para que cierre esto, me huele que hay gente muy importante metida dentro.

—Debes tener cuidado, Laura, quizá no vale la pena que sigas.

—No me jodas, Ariadna, piensas igual que yo con todo esto. A saber, cuánta mierda hay cuando se levante la manta.

—¿Te va a compensar?

—¿En serio me preguntas eso? Tú que dejaste el cuerpo porque no te dejaban investigar. No me jodas, y dime para qué quieres esa fecha.

—La realidad es que no sé muy bien.

—No me mientas —reclama.

—Victoria me mandó a buscar unas fechas en la agenda, la de su madre y la suya. Hay algo que me falta, y creo que está en la fecha del cumpleaños de su padre.

—Espera —dice.

La línea está en silencio unos segundos que para mí es una eternidad. Tras escuchar que pasa unas páginas, coge el teléfono.

—¿Cuántas horas has dormido los últimos días?

—Es el dieciséis de diciembre —indica obviando mi pregunta.

—Responde a mi pregunta.

—No lo sé —confiesa.

—Te han mandado para casa hoy, ¿verdad?

—El comisario —confiesa.

—Tienes que...

—No empieces, Ríos, sé lo que tengo que hacer, pero...

—Prométeme que cuando cierres este caso, porque estoy segura de que lo harás, cogerás unas vacaciones.

En la línea solo se escucha su respiración y eso me cabrea. Sé lo que se obsesiona con las cosas, y tiene que parar cuando esto acabe.

—No te escucho —digo cabreada.

—Lo prometo —susurra y cuelga de inmediato.

Me recuesto en el sofá y dejo el teléfono a un lado, de pronto vibra.

—Si encuentras algo, mantenme al tanto. Recuerda dieciséis de diciembre.

Sonríó al leerlo, cojo la agenda y busco la fecha que me ha indicado, en ella puedo leer: ir a correos. Busco un rotulador en casa de Victoria, debe tener. Es profesora y encuentro en su despacho uno, voy al salón y comienzo a escribir en la ventana la información que tengo.

Me separo y observo todo lo que tengo, sé que la clave está ahí. Saco una foto y se la mando a Laura. Ella no tarda en contestar.

—Hay una oficina de correos justo por la zona, que indica en la dirección de arriba.

—La llave —escribo rápido.

—Exacto, puede ser un apartado postal.

—Ahora hay que averiguar el número.

—Busca en esa agenda.

—¿Es una orden?

Pone caritas riendo y yo sonrío, sé que es una gilipollas en muchos casos, pero verla tan mal como la he escuchado hace un rato me afecta, porque independientemente de que entre nosotras solo haya habido sexo, siempre le he tenido un cariño especial.

Necesito que Victoria venga y que me ayude a buscar alguna lógica para el posible código de su padre.

—Creo que he dado con la clave. Ven cuando puedas —escribo a Victoria.

Sé que lo ha leído, pero no me responde. Imagino que sigue hablando con alguien en la galería. Cojo el rotulador de nuevo y comienzo a escribir todo lo que recuerdo que tenía en la pizarra de mi casa, en los cristales de las ventanas. Me separo un poco y sigo sin ver qué mierda es lo que falta.

No sé el tiempo que llevo de pie observando lo que he escrito, pero es el sonido de la puerta lo que me hace girar. Al hacerlo, veo a Victoria mirando, entrecerrando los ojos.

—¿Qué coño has hecho? —pregunta señalando las ventanas.

—Era para plantear todo mejor —respondo encogiéndose de hombros.

—Espero que eso se borre después.

—Creo que sé la conexión de las pistas que ha dejado tu padre en las fechas —comienzo a decir ignorando lo que me dice—. Si te fijas en cada nota apuntada en cada uno de esos días, puedes llegar a la conclusión...

—Que vive cerca de ahí —afirma—. Mi padre vive encima de la calle de la clínica dental.

—No, la llave, abre un apartado postal en esa sucursal de correos.

—¿Segura?

—Me dedico a esto, Victoria.

—Vamos a abrir esa mierda —ordena.

—Es sábado y está cerrado y hay otro problema, no sabemos qué apartado postal es. Esta tarde entraremos en el sótano a ver si hay algo.

—No hay nada —dice con frustración, dejándose caer en el sofá.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto sentándome a su lado.

Victoria me relata lo que ha pasado y cómo accedió al lugar con Marina.

—Está completamente vacío. Si había algo, ya no está.

—Bueno, al menos ya tenemos algo, ahora solo faltan unos dígitos.

—Esto es una pesadilla —comienza a decir harta—. No entiendo cómo me he visto envuelta en esto, mi vida estaba tranquila, hacía lo que me gustaba y era feliz. Ahora todo se ha vuelto un jodido caos.

—Me has conocido a mí —digo sacándole una sonrisa.

—Creída —dice golpeando mi hombro.

Dejo un beso en su mejilla y vuelvo a ponerme en el mismo punto que estaba antes, frente a la ventana, intentando encontrar algo que se me haya escapado. Siento cómo Victoria se coloca detrás de mí y me abraza, deja un beso en mi cuello que me hace estremecer y después apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Qué buscas exactamente? —pregunta.

—No lo sé, es todo lo que tenemos expuesto...

—En mi ventana, como eso no salga después.

—Que sí sale, pesada.

—Falta algo —dice cogiendo el rotulador

Se dirige al cristal y anota la fecha de la agenda y me mira.

—La fecha —digo sorprendida—. Ese es el apartado.

Victoria me observa expectante y voy a la agenda y la sujeto en las manos.

—Está nueva, si tu padre la usaba de seguido, no tenía que estar así. Deberías estar...

—Más estropeada, pero es raro pensar que mi padre haya guardado tanto una agenda.

—Lo que está pasando no es de hace un año, esto lleva demasiado tiempo, Victoria. No debo decirte esto, pero casi seguro que hay gente importante detrás de eso.

—No lo dudo —comienza a decir—. Cuando he llegado a la galería estaba Rafael Torres, debe ser la conexión con el exterior.

La miro sorprendida y ella sonríe.

—He visto muchas series de misterio.

—Tengo que hablar con Laura, la inspectora Martín —me corrijo.

Cojo el móvil y le digo lo que creemos saber y también lo que Victoria me ha contado de la galería.

—¿Estás con Victoria? —pregunta la inspectora.

—No empieces con tonterías, Laura.

—¿Estás o no? —insiste.

—Estoy.

—Vale, pon el manos libres y que esté ella.

Llamo a Victoria que ha ido a la cocina, y las dos tomamos asiento en el sofá y activo el altavoz.

—Ya —le comunico.

—Con ese hombre deben de tener cuidado la dos. Me han parado cuando he buscado su nombre en la base de datos.

—¿Por qué no me dijiste nada antes? —pregunto cabreada.

—Porque esto no lo debes saber. Estoy segura de que seguirán a Victoria, incluso hasta a ti, así que ve con mucho cuidado.

—Tranquila, lo tendremos —respondo sujetando la mano de Victoria que se ha aferrado a mi muslo.

—Las llamadas a partir de ahora por *WhatsApp* entre vosotras, si es que las hacen.

—Lo sé —afirmo.

Tras despedirnos y quedar en que la mantendremos informada, cuelgo.

—¿Por qué por *WhatsApp*?

—No queda registro. Si piden un informe a la compañía, no hay nada de esas llamadas.

Apoyo la espalda en el sofá, sabiendo que ahora debemos tener cuidado y que estamos en el punto de mira de Rafael Torres.

Capítulo 26

Victoria

Esa tarde decidimos que había que esperar al lunes. El domingo no vi a Ariadna y, aunque me moría de ganas de llamarla, no lo hice. ¿Por qué? Ni yo misma lo sé. Miedo, quizá, ese que me dice que no sé si es lo correcto estar con alguien que me ha mentido. La cabeza muchas veces te juega malas pasadas y los pensamientos catastróficos vienen a llenar esa incertidumbre que sentimos. Gestionar todo lo que mi cabeza comienza a decirme es algo complicado, pero sé cómo hacerlo. Tengo las herramientas para poder acallarlos, aunque ahora me pregunto si es verdad que Ariadna pudiera volver a mentirme.

Esta mañana me ha escrito un *WhatsApp* preguntándome si tenía a alguien de confianza y en mi cabeza el primer nombre que vino fue el de Lourdes, mi compañera y amiga.

—Perfecto —respondió—. ¿Alguna posibilidad de que esté en tu despacho?

—Sí.

—Pues dime una hora y que estén las dos ahí.

—Once y media.

Esa fue mi respuesta y no hubo contestación, solo los tics azules de que está leído, pero ningún comentario por su parte. Estoy en el despacho, esperando que lleguen mi amiga y Ariadna. Mi pierna se mueve nerviosa, hacía tiempo que no me sentía con esta angustia. Esa presión en el pecho que me dice que corra, que huya de todo, que es lo mejor, lleno mis pulmones intentando buscar aire, pero parece que no lo encuentro.

—¿Para qué me quieres? —entra mi amiga como un huracán al despacho.

Me quedo en silencio intentando relajarme, pero no lo consigo. Todo en lo que me he visto envuelta desde la muerte de mi padre me oprime, ¿he llorado su muerte? La respuesta no la sé con certeza. Miro al frente y no consigo ver nada, la vista se nubla y no controlo mi respiración. Las preguntas de mi amiga flotan en el aire, no sé qué me dice, no logro concentrarme.

—Respira conmigo —escucho el susurro de una voz familiar.

Pone la mano en mi pecho y con susurros me indica cómo hacerlo. Cierro los ojos intentando concentrarme solo en el sonido de voz, esa que hace que esté como en casa, esa que me está anclando a que mi cuerpo no se desmaye.

—Así —indica cuando mi respiración se va calmando—. Todo va a salir bien —asegura sin soltarme.

La angustia disminuye, la presión va cesando, escucharla me tranquiliza. Es ella, Ariadna, esa voz que me tranquilizó una vez, lo vuelve a hacer. Siento cómo mi cuerpo se relaja y veo frente a mí a Lourdes, está mirándome fijamente, se ve nerviosa.

—Estoy bien —digo sujetando la mano que Ariadna tiene en mi pecho.

—Tremendo susto me has pegado —empieza a decir Lourdes—. Menos mal que ha llegado ella, porque no sabía qué hacer.

Miro a Ariadna a los ojos y en ellos veo esa paz que no encontraba, ese lugar seguro, bajo la mirada cuando ella se aparta. No sé qué me pasa, no sé por qué esa mujer logra tranquilizarme, no entiendo nada.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta Lourdes, sacándome de mis pensamientos.

Miro a Ariadna esperando una respuesta.

—¿Sois muy amigas? —pregunta.

Lourdes la mira entrecerrando los ojos y rezo para que no suelte algunas de las suyas.

—Lo somos, es como una hermana para mí —afirmo.

—Perfecto, necesito que sea ella quien vaya a correos.

—Ni de coña. Ella no va a ir a ninguna parte.

—Victoria, nos están siguiendo.

—¿Qué? —pregunta mi compañera asustada.

—Yo no he visto nada —digo apoyando los codos en el escritorio.

—Puedes asomarte al ventanal y verás un coche de mantenimiento, no debería estar ahí —comenta.

La que se levanta de golpe es Lourdes, y antes de que pueda llegar, Ariadna la para sujetándola de la mano.

—No te pueden ver en el mismo despacho que Victoria. No deben relacionarte con ella.

—Pero somos amigas, si han investigado lo sabrán —digo dirigiéndome al ventanal y comprobando que lo que dice Ariadna es real.

—Han tenido que hacerlo apresuradamente, Rafael no sabe quiénes son tus amistades.

—Pero Marina sí. Ella conoce a mi entorno —afirmo nerviosa.

Ariadna se recuesta en la silla y suspira, Lourdes sigue de pie sin entender nada.

—Necesito una explicación de todo esto —dice sentándose de nuevo.

Le relato con calma todo lo que hemos descubierto el fin de semana. Mi amiga se mantiene en silencio mientras ahora Ariadna nos cuenta su plan, ese que yo tampoco sé. Es algo sencillo, ella tendrá que ir a correos y buscar el apartado que mi padre tiene, el dos mil diecinueve.

—Es sencillo, iré —suelta relajada.

—¿Y si la siguen? —pregunto mirando a Ariadna.

—No lo harán, nos ocuparemos de ello.

—¿Cómo? —insisto.

—Les daremos lo que quieren ver, que estamos juntas en el despacho. Mientras Lourdes irá a la dirección que le daremos.

—Tengo clases —comenta Lourdes.

Ariadna parece que no había contado con esa parte del plan.

—Trabajamos, Ariadna, ella no puede salir ahora y ausentarse.

—¿Cuándo puedes?

—Tengo guardia ahora, después clase —afirma Lourdes.

Miro el reloj y puede llegar justa de tiempo, y mi amiga entrecierra los ojos.

—¿Qué piensas? —pregunta Lourdes.

—Si sales ya, puedes llegar justa o un poco pasada la hora, pero no es la primera vez que alguien no es puntual.

Lourdes se recuesta en la silla, ella no es de las de saltarse con excusas malas sus labores, es muy profesional y odia cuando algún compañero pone pretextos absurdos por no estar.

—Necesitamos saber lo que hay en esa caja —dice Ariadna.

—Venga vale, pero salgo ya, y me debes una muy grande.

Asiento y Ariadna le explica lo que tiene que hacer y a dónde dirigirse, en unos minutos nos vemos inmersas en un plan que ella ya tenía más que medido. Le indica que no llame para

nada, que vaya y lo que encuentre que lo traiga, si no es ese apartado que se venga igual.

—En el despacho no se hacen cosas cochinas —suelta Lourdes antes de salir.

A las dos nos arranca una carcajada que hace que el ambiente se destense entre ambas. Yo me pongo de pie y vuelvo al ventanal, miro esa furgoneta que está ahí, parada desde vete a saber cuánto tiempo.

—Hola —susurra Ariadna detrás de mí.

Sujeta mi cintura y un escalofrío recorre mi cuerpo. Me giro y quedo frente a ella, me muero por besarla, pero no quiero que vea que tengo una debilidad por esa boca. Ella se mantiene a una distancia que se me antoja distante. Sujeto su cintura y la atraigo un poco. Sé que no quiero dar el primer paso, pero no puedo controlarme y la beso.

—Es para despistar —aseguro separándome un poco.

—Por supuesto —susurra, lamiendo mis labios.

—Tengo que ir a clase —digo agitada y la vuelvo a besar.

—No te lo estoy impidiendo.

Ariadna al ver que no digo nada más, sujeta mi nuca y me besa con deseo, ese que tienes cuando llevas tiempo sin ver a la persona que quieres y echas de menos. Me separo un poco y apoyo mi frente a la suya.

—Debes parar —mi voz sale como una súplica.

—No sé cómo hacerlo cuando te tengo delante —confiesa.

—Tenemos que hablar de esto.

—Lo sé, pero cuando termine todo.

—Me mentiste.

Esas palabras se escapan de mi boca con rabia, la misma que tengo por arrancarle la ropa y exigirle que calme todo lo que provoca. No entiendo cómo alguien que me ha engañado pueda desearla como lo estoy haciendo.

Ariadna pone un dedo en mis labios y los desliza con suavidad, me mata de deseo.

—No debí hacerlo, nunca quise mentirte —susurra.

—Lo hiciste —increpo intentando que se aparte, pero no lo hace.

—Ya te expliqué lo que pasó.

—No me vale.

No es que no me valga que me haya dicho cómo pasaron las cosas, es que odio sentirme vulnerable ante ella. Es el sonido de vuelta a clase lo que hace que me aparte de ella. Me dirijo a mi mesa para recoger mi maletín mientras la observo apoyada en el ventanal intentando calmarse.

—Tengo que ir a clase —digo haciendo que se gire para mirarme.

—Te espero aquí si no te importa.

Muerdo mis labios al observarla, está excitada, lo sé por cómo se le eleva el pecho y cómo me mira con deseo, ese que me hace apretar los puños para no ir donde está ella y exigirle que me folle.

Salgo de mi despacho casi huyendo para ir a clase. Necesito que la hora pase rápido y ver si Lourdes ha encontrado algo en ese apartado de correos, o si seguimos en el mismo sitio que cuando empezó todo este misterio en el que me he visto envuelta.

Capítulo 27

Ariadna

Estoy nerviosa en el despacho de Victoria, espero que Lourdes haya podido encontrar algo en ese lugar. No he dejado de mirar por el ventanal y ahí siguen, estacionados en el mismo sitio, esperando que salgamos. Mi teléfono vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón, lo saco y veo que es Laura y me llama desde el *WhatsApp*.

—Dime —digo nada más descolgar.

—¿Tienes algo?

—No, sigo esperando.

—Mantenme informada —exige.

—Lo sé, hay que ser prudentes.

—¿Sigue la furgoneta en el mismo punto?

—Sí, desde que te pasé la matrícula esta mañana, ahí sigue.

—Si se van, avísame.

—Perfecto —respondo.

—Tengan mucho cuidado —dice antes de colgar.

Guardo el móvil y miro mi reloj. Han pasado cuarenta y cinco minutos desde que Lourdes se fue y para mí los minutos han sido interminables.

—Puto tráfico —protesta Lourdes entrando al despacho.

Me giro de inmediato y ella toma asiento, está claramente enfadada.

—¿Has encontrado algo?

—Sí.

Lourdes alza unas llaves y yo resoplo, parece que hay que seguir más pista, esto parece una puta coña.

—No puede ser —maldigo sentándome.

—No es lo que crees, lo que había era esto —dice señalando a un llavero que parece un helado.

Yo la miro entrecerrando los ojos, hasta que la mujer que tengo delante tira de un extremo y se puede ver que es un USB. Respiro profundamente y me recuesto sabiendo que por fin podemos tener la explicación a todo.

—Tengo que marcharme —dice poniéndose de pie.

—Muchas gracias —respondo levantándome para despedirme.

—No le hagas daño.

Me quedo parada mirándola, jamás se lo haría.

—No podría, aunque quisiera. Sé que no empecé siendo sincera, pero tampoco me imaginaba que me iba a enamorar de la hija de un investigado.

—¿Enamorarte? —pregunta con una sonrisa.

—Sí —admito—. Me he enamorado de esa mujer increíble, pero no sé si ella siente lo mismo.

Lourdes expulsa el aire por la nariz y ladea su cabeza mientras me mira.

—Nunca fue de expresar sus sentimientos a la primera. Más después de...

Se mantiene en silencio, como si estuviera hablando más de la cuenta.

—¿Después de qué? —pregunto con curiosidad.

—Me va a matar. No te he dicho nada.

Niego con la cabeza esperando una explicación.

—Se enamoró de Marina perdidamente, hasta que se enteró de que para ella solo era una diversión, le costó mucho desengancharse. Marina siempre que veía que se alejaba un poco, la atraía de nuevo con falsas promesas. Desde entonces no ha estado con nadie. Lleva más de diez años sin dejar pasar esa barrera autoimpuesta por ella. Como le hagas daño, iré a por ti.

—¿Es una amenaza?

—Llámalo como te dé la gana, pero te aseguro que, si la veo triste, sé muchas formas de hacer desaparecer un cuerpo.

Sonríó a las amenazas de la amiga de la mujer por la cual pierdo el culo. Ella no sonríe, solo me mira de forma amenazante y da un paso para estar más cerca de mí. Sé que se viene otra amenaza.

—Sé que la harás feliz, solo hay que ver cómo la miras, así que no la cagues más.

Tras eso se marcha y yo apoyo mi culo al escritorio. La realidad es que Victoria se me ha colado hondo desde el primer momento que la vi. No creía en eso de amor a primera vista, pero fue verla y mi cuerpo temblar de deseo. En un primer momento, pensé que era porque la vi vulnerable, pero ahora sé que no es así, porque esa mujer es fuerte y luchadora. Una mujer increíble de la que no quiero rendirme a intentarlo.

Tomo asiento y abro el portátil que está encima del escritorio, tengo que saber lo que hay antes de llamar a Laura. Por suerte, no tiene código el ordenador y puedo acceder con facilidad. Pongo el pendrive y entro para averiguar que contiene. Hay varias carpetas, comienzo a mirar y en ellas hay videos, listados de ventas y obras que se han replicado. Me recuesto en la silla sabiendo que eso es lo que buscábamos. Tengo ante mí toda la información de la galería en los últimos años, datos de todas las transacciones y la forma de pago de cada una de ellas. Compruebo que los pagos de las obras se hacían con carteras en *Exchange* sin rastreo fiscal.

—Lo tenemos —aseguro según veo acceder a Victoria.

—¿El qué exactamente?

—Tu padre llevaba un registro de todo. Se plagiaban obras y se daban como verdaderas, no he podido mirar todo, pero parece que hay suficiente información para arrestar a todo el que aparece en la información.

Victoria me mira con una expresión entre alegría y tristeza.

—No puedo entender cómo mi padre pudo estar metido en algo así, como accedió.

—Lo sabremos, seguro que está en estos documentos.

—Pero mientras siga la investigación, su nombre y el de la galería quedará entredicho, será el fin de ella —asegura.

—Hay que esperar hasta mirar toda la información, no te preocupes por eso ahora.

—¿Qué no me preocupe? ¿Sabes la cantidad de gente que depende del dinero de la galería? ¿Los empleados que se llevarán por delante si eso cierra? Yo tengo mi vida resuelta, pero esa gente se va a quedar sin trabajo por culpa de mi padre —dice desbordada.

Me levanto y apoyo el culo en el escritorio, sujeto su mano y hago que se levante quedando entre mis piernas.

—Seguro que hay una explicación para todo esto —afirmo sujetando su rostro.

—No estoy segura de eso, realmente de nada.

—Dejemos que Laura nos diga qué pasó en realidad, que su equipo trabaje, que se hagan las detenciones pertinentes y después ya nos dará una explicación sobre por qué tu padre hizo esto.

Logro calmar a Victoria y me despido de ella, quedo con la inspectora Ríos en mi casa, no quiero ir a comisaría. Una hora después, está golpeando la puerta de mi apartamento.

—Qué recuerdos —dice la idiota nada más entrar.

—No empieces con tus tonterías.

—¿Qué tienes? —pregunta dirigiéndose al despacho que sabe qué tengo en la casa.

Le muestro a Laura los archivos y comenzamos a mirarlos detenidamente lo que he impreso. Sabe que tiene mucho trabajo por delante, pero está en un punto en que no sabe en quién confiar. Comenzamos a mirar todas las evidencias para poder proceder a las primeras detenciones con una orden judicial.

—Necesito que revisen las imágenes —dice.

—También las grabaciones telefónicas —informo.

—Lo sé, pero no sé quién me puede ayudar —comenta con frustración.

—Fernando y yo estamos aquí para lo que necesites.

—Sexo, eso podrías darme ahora para relajarme.

—Eres idiota.

Sé que está tensa, le pasa algo y no quiere decírmelo, pero tampoco soy nadie para exigirle que tiene que contármelo.

Cuando nos damos cuenta de la hora, son nuestros estómagos haciendo ruido los que nos hacen parar, tenemos hambre y al mirar el reloj nos vemos con asombro de que son más de las diez de la noche.

—Pido algo de cena y seguimos.

—Necesito presentar un caso mañana al juez —me dice.

—Lo sé, no te preocupes por eso, esta noche tendrás todo lo que necesitas y después sigues con la investigación.

—Gracias —susurra cansada.

Las dos lo estamos, pero ella parece más agotada de lo normal.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —pregunto cuando estamos comiendo la pizza que he pedido.

—Estoy cansada de esto, Ariadna, no sé si merece la pena tanto esfuerzo, dedicar una vida a un trabajo que muchas de las veces tienes las manos atadas.

Acaricio su brazo, sabiendo por lo que está pasando.

—He ido posponiendo mi vida, las parejas no me duran, porque el trabajo para mí es lo primero, muchas se cansan y terminan marchándose. Estoy agotada de tener sexo esporádico porque es mejor que implicarme con alguien y destrozarle el corazón. Me he refugiado en mi oficio todo este tiempo, pero ahora creo que no vale la pena.

—Eres buena en lo que haces, inspectora Martín, solo necesitas saber que hay prioridad y llega un punto que el trabajo no lo es. Está bien que intentes coger a los malos, pero no sigas parando tu vida por eso. Deberías de tomarte unas vacaciones después de esto.

—Lo haré —afirma convencida.

Estamos toda la madrugada trabajando hasta montar un caso que se sostenga, tenemos lo que necesitamos para presentarlo al juez y que se proceda a las detenciones. Son las seis de la mañana y estamos agotadas.

—Necesito avisar a Victoria de que se procederá a la detención de Marina.

—Te aviso cuando tenga la orden, no lo hagas antes.

—Perfecto.

Laura sale de la casa con toda la información, hemos hecho copia de todo, ella se ha llevado los originales que hemos sacado, incluso el pendrive que dejó Antonio Andrade.

Después de que Laura me avise, todo pasa demasiado rápido. Detenciones en la galería, incluso Rafael que estaba ahí, se decidió que sería mejor que la galería permaneciera cerrada hasta que pudieran investigar los cuadros que hay en ella. Victoria está desbordada y se ha estado apoyando en su amiga, nos hemos alejado un poco, y eso me duele. Ella necesita una respuesta de por qué su padre hizo lo que hizo y todavía no la hemos encontrado. Hay demasiado material en ese pendrive como para saberlo todo de inmediato.

Mientras busco en silencio en cada conversación grabada una explicación para eso, me mantengo alejada de la mujer que amo.

Capítulo 28

Victoria

Son las siete de la mañana del sábado, llevo dando vueltas en la cama demasiado tiempo. Desde que han realizado las detenciones y después el casi asedio de la policía sobre la galería, no he podido dormir bien. Todavía no saben por qué mi padre hizo todo de lo que se le acusa. Sigo pensando que tiene que haber una explicación lógica de lo que está ocurriendo, me niego a pensar que ese hombre al que yo idolatraba y que creía inquebrantable no lo fuese.

No sé nada de Ariadna desde la tarde que se marchó del despacho de la universidad a hablar con la inspectora Martín. No la he vuelto a ver, ni siquiera me he atrevido a llamarla. Según Lourdes, soy idiota por no contactar con ella si es lo que se me apetece, pero la realidad es que tengo miedo al rechazo y eso me consume.

Me levanto de la cama para ir a tomarme un café, no voy a lograr volver a quedarme dormida. Preparo la cafetera y, cuando me dispongo a encenderla, el timbre suena y miro extrañada el reloj, comprobando que son un poco más de las ocho de la mañana.

—Qué raro —susurro.

Me dirijo a la puerta y miro por la mirilla antes de abrir. Es ella, está ahí parada con una bolsa de estraza que delatan por el aceite que trae churros y en la otra, dos vasos desechables en un portavasos.

Abro la puerta y me quedo mirándola fijamente, en mi mente solo resuenan reproches por no saber nada de ella, pero no debo reclamar nada, yo también podía haberme puesto en contacto con ella y no lo hice.

—Hola, he traído el desayuno —dice alzando lo que tiene entre sus manos.

Suspiro profundamente, intentando que todo ese rencor que llevo dentro no salga.

—Hasta que das señales de vida —suelto sin poder aguantar más.

—Puedo explicártelo.

—Ya, se ve que eso de dar explicaciones después de cagarla es lo tuyo.

—No estás siendo justa, tú también podías haberme llamado y no lo has hecho, Victoria.

—Si vienes a reprocharme algo, es mejor que te largues —reclamo cabreada.

Ariadna muerde sus labios y cierra los ojos mientras niega con la cabeza.

—Solo he venido a darte respuestas.

—¿Sobre? Porque entre nosotras no hay absolutamente nada.

—Vale, Victoria, ya me ha quedado claro que no quieres nada.

—Yo no he dicho eso, solo es que has desapa...

—Tu padre sufría amenazas —me corta.

—¿Qué?

—Si me dejas pasar, te lo explico: no he desayunado y tengo hambre.

Me pongo a un lado de la puerta y con el brazo la invito a pasar.

—Gracias —susurra al pasar por mi lado.

Su olor me embriaga y tengo que respirar profundamente para no tirarme a sus brazos. ¿Por qué me contengo a lo que realmente deseo? La respuesta es clara: soy una gilipollas.

Nos sentamos en la cocina y tras poner los churros en un plato y pasar el chocolate que ha traído en unas tazas, me siento frente a ella y le exijo que me explique lo que ha descubierto.

—Las amenazas llegaron tras el fallecimiento de tu madre. La realidad es que hay un video tuyo íntimo con Marina. Ahí empezaron las amenazas a tu padre con exponerlo, te jodería tu carrera profesional. El vídeo fue grabado por Marina, tuvo que alguna cámara.

—Todo ha sido por mi culpa —afirmo enfadada.

—Fuiste una pieza. La realidad, es que el único punto débil de tu padre eras tú y por eso utilizaron a Marina. Esto no ha pasado solo con esta galería, son estafadores profesionales.

—¿Marina lo había hecho antes?

—No, según me ha contado Laura.

Miro a Ariadna de forma interrogativa sin entender.

—Esto no debes saberlo, pero Marina está colaborando con la policía, realmente por lo poco que sabemos, también es otra víctima de esta gente.

—Una mierda —escupo cabreada—. Me sedujo, me grabó y chantajeó a mi padre con eso.

—Sé que estás cabreada, pero no fue del todo así. Marina apareció de forma casual en tu vida. Esta gente comenzó a amenazarla a ella, tenía falta de dinero y al final accedió. Pensaba que sería algo sencillo y la dejarían en paz, pero no fue así.

—Me enamoré de alguien que me utilizaba para forzar a mi padre a hacer cosas indecentes.

—Tu padre pudo haber ido a la policía mucho antes.

—Encima la justificas.

—No he dicho eso, Victoria, es solo que todavía no sabemos toda la verdad. Marina va diciendo cosas poco a poco, tiene miedo. Está amenazada como lo estuvo tu padre.

Me mantengo en silencio y aprieto el puente de la nariz para poder relajarme, cosa que no pasa. Mi respiración se vuelve agitada y otra vez la presión en el pecho vuelve. Me falta el aire, no lo logro controlar. Su voz es la que me vuelve a calmar, ese susurro que me dice que respire junto a ella, pone una mano en mi pecho y hace que me calme, eso es lo que logra tranquilizarme, saber que ella está, me tranquiliza y me serena en mis momentos de tormentas, que me da paz y me explica con un mimo exquisito que todo va a salir bien.

Ya más tranquila, estamos sentadas en el sofá. Ariadna ha seguido contándome lo que le ha informado la inspectora Martín y que la investigación va a ser larga, que debo tener paciencia.

—Por cierto, ya puedes abrir la galería. No accederán más.

—No puedo abrirla sin una directora, sin alguien que lleve ese barco.

—No le des el gusto a esa gente de hundir algo que tanto sacrificio le ha costado a tu familia.

—Es que ese era el sueño de mis abuelos y padres, no el mío —afirmo agotada.

—¿Quieres cerrarla? ¿Liquidar todo lo que hay dentro?

—La realidad es que no, pero tampoco quiero trabajar ahí. Lo que realmente me apasiona es ser docente. No me veo en otro sitio que no sea la universidad.

—Pues ábrela de nuevo y listo. Tienes a una persona increíble que puedes poner al frente.

—¿Quién? —pregunto entrecerrando los ojos.

Ariadna arquea la ceja y sonrío.

—¿Tú? —pregunto sin poder soltar una carcajada—. Todavía no me explico cómo aprendiste tan rápido.

—Soy una mujer muy aplicada cuando tengo un caso. Pero no soy yo, a mí como a ti me

gusta lo que hago.

—Pues ya me dirá quién.

—Carmen, ella es la persona que buscas —afirma convencida.

—¿Carmen? ¿La asistente de mi padre?

—La misma, esa mujer cuando estuve sacando fotos de los cuadros, se sabía perfectamente cada explicación, cada detalle. Era increíble escucharla, te sumerges en su relato con la misma pasión con la que ella lo contaba. Es la persona que buscas.

Me quedo observando a Ariadna y pienso en lo que me dice. La realidad es que Carmen lleva muchos años en la galería, es la empleada más antigua, y si mi padre confiaba para que estuviera a su lado, ¿quién soy yo para no darle una oportunidad?

—Quizá tengas razón.

—Siempre la tengo —responde sonriendo.

—Sigo enfadada contigo —suelto poniéndome de pie.

Veo la cara de Ariadna y ya no muestra esa sonrisa, ahora su rostro es de tristeza y tengo ganas de decirle que es broma, que quiero estar con ella, pero otra vez ese miedo atenaza en mí.

—Tenemos una conversación pendiente, Ariadna, pero no será hoy, debo localizar a Carmen.

—¿Me estás echando? —pregunta poniéndose de pie.

—Más o menos.

Ariadna asiente con resignación y se dirige a la puerta. No hay una despedida, un nos vemos, nada, solo ella cerrando la puerta tras de sí.

Cojo mi móvil y llamo a Carmen, debo arreglar esto primero para después ocuparme de mi maltrecho corazón.

—¿Sí? —responde casi de inmediato.

—Necesito hablar contigo.

—Estoy en la galería, si quieres, nos podemos ver aquí.

—¿Qué hace ahí?

El silencio se instala en la línea unos segundos.

—He tenido que colaborar con la policía, catalogar las obras y sobre todo limpiar el nombre de su padre.

Mi mente me culpa por haberme desconectado tanto de la realidad de lo que estaba sucediendo, mientras yo seguía con mi vida sin prestar atención a nada más. Soy consciente en ese momento de que esa mujer que tengo en la línea es la persona correcta.

—Gracias —susurro—. Voy enseguida.

Cuarenta y cinco minutos después estoy accediendo a la galería. Me dirijo al despacho que era de mi padre y que una vez ocupó Ariadna, y ahí está esa mujer incondicional que siempre ha sido.

—Hola —saludo tomando asiento.

—Perdona por estar sentada aquí, era mucho más cómodo que mi escritorio, esto es mucho más...

Alzo la mano mientras niego con la cabeza.

—No tienes que darme ninguna explicación, Carmen.

Ella asiente sonriendo, ahora sé que esto es lo correcto que es ella y nadie más.

—La galería ya se puede abrir y he decidido que no quiero estar aquí, no quiero dejar la docencia.

—Si has decidido que es lo correcto, está perfecto, tu padre no querría que hicieras algo en contra de tu voluntad.

—Así que esto no lo llevaré yo, está claro que tendré un control, pero solo eso.

—¿Si no tiene a nadie y me permite recomendarle a alguien?

—Adelante.

—Mi hijo estudio lo mismo que tú, eso ya lo sabes. Ahora está en Londres, pero no se siente a gusto allí. Si le haces una oferta, seguro que la aceptará, es bueno en lo que hace.

—No dudo que sea bueno, Carmen, pero ya tengo en la mente una persona.

—Perfecto —responde ella reacomodándose en la silla—. ¿Cuándo tendré el placer de conocerle?

—Lo primero es que necesitamos modificar tu contrato, hacer algunos arreglos, y ver si las condiciones que te propongo las aceptas, que serían mejores que las que tenía Marina. Carmen me mira confundida sin entender lo que le digo, sus ojos se abren como platos y yo sonrío al ver la cara de espanto que tiene.

—Serás la nueva directora de la Galería Andrade —confirmo.

—No..., no tengo los estudios para eso.

—¿Cuántos años llevas en la galería?

—Casi cuarenta años. Llegué aquí siendo apenas una joven con diecinueve años y un hijo.

—¿Crees que eso no es suficiente experiencia para estar al frente?

—Pero los estudios.

—No son necesarios, Carmen, y lo sabes. Tienes más experiencia en el sector que cualquier universitario. Sabes más de arte que cualquier coleccionista con el que me he cruzado. Está nerviosa, sus ojos se enrojecen y una lágrima traicionera rueda por su mejilla. Una risa nerviosa se le escapa mientras se limpia la cara.

—No pensé que esto pudiera pasar y menos a esta edad.

—Las oportunidades aparecen, yo quiero dártela, pero no porque esté desesperada, eso quiero que lo sepas, sino porque eres la persona cualificada para ello.

Me pongo de pie y hago que ella se incorpore, la rodeo con mis brazos y ella hunde su rostro en mi cuello, ahora sí que ya no contiene esas lágrimas y las deja salir. Cojo su rostro entre mis manos y dejo un beso en su frente. Carmen ha estado en mi vida siempre y se merece todo lo bueno que le pase.

—Debes agradecerle a Ariadna esto. La realidad es que fue ella quien me dijo que tenía a la persona que buscaba aquí.

Ninguna de las dos dice nada, yo porque un nudo se me forma en la garganta y ella porque, aunque más tranquila, las palabras todavía no le salen.

—Es una buena muchacha —dice finalmente.

—Lo sé, pero me mintió.

—No siempre hacemos lo correcto al principio, creo que está arrepentida de lo que hizo. Deberías de darle una oportunidad, pero no solo a ella, sino también a ti, Victoria. No temas por un futuro incierto y aférrate al presente, ella es el ahora. Darte la oportunidad de volver a amar.

—Me vas a hacer llorar —me quejo limpiando mis ojos.

Me envuelve en sus brazos, eso que ahora son mi protección, y dejo salir las lágrimas despacio para no ser descubierta de mi llanto ahogado.

—No sé dónde vive —confieso sorbiéndome los mocos.

—Yo puedo conseguirlo —asegura la mujer que tengo delante.

No sé lo que hace Carmen, pero a los pocos minutos y tras unas llamadas, me hace entrega de un papel con una dirección apuntada.

—Ve a buscarla.

Asiento, dejo un beso en la mejilla y salgo en dirección a casa de Ariadna. Tengo la suerte de que al llegar a su edificio un señor sale del y me cuelo hasta llegar a su piso. Una vez delante de la puerta suspiro y pulso el botón del timbre esperando que me abra, lo hace a los pocos segundos.

—Soy Victoria Andrade, catedrática en la Universidad Complutense de Madrid, tengo cuarenta y cuatro años —digo y extendiendo la mano a modo de saludo.

—Soy Ariadna Ríos, investigadora independiente y tengo cuarenta y seis años —responde y aprieta mi mano en el saludo.

Reímos por la situación y tras morder mi labio, Ariadna tira de mí y me quedo completamente pegada a ella.

—Te he dicho que no hagas eso —susurra junto a mi boca.

Pongo una mano en su pecho para separarme un poco, mi respiración es agitada y el deseo crece, decido acallar a mis monstruos besándola y cerrando la puerta del apartamento tras de mí.

Epílogo

Victoria

6 meses después

El móvil comienza a sonar en la mesilla, estiro el brazo y lo apago; al girarme la veo, desnuda boca abajo, todavía con los ojos cerrados. He descubierto que me gusta más quedarme observando a esa mujer que a cualquier obra de arte.

—Voy a odiar a tu teléfono —protesta abriendo apenas los ojos.

Toco su nariz y dejo un beso en su cabeza para levantarme, pero ella sujeta mi brazo antes de hacerlo. Tira de mí y me hace estar de nuevo a su lado.

—Tenemos que levantarnos —digo intentando zafarme de su agarre.

—Espera un poco, hay tiempo —protesta rodeándome con sus brazos.

El calor de su cuerpo desnudo se transmite al mío; sentirme entre esos brazos es la sensación más reconfortante del mundo.

Dejo que sus manos me arropen como muchas veces en estos meses. La investigación sigue su curso, jamás pensé que algo que podía estar claro con todo lo dejado por mi padre durase tanto. Ariadna decidió dejar de informarme y yo acepté, ya que cada cosa que me contaba me ponía de mal humor y me preguntaba por qué mi padre no supo hablar conmigo de lo que estaba pasando.

Hoy nos vamos a Londres con Carmen, tras ella insistir en que debíamos de acompañarla, porque necesitaba refuerzo. La realidad es que creo que hablaron tanto ella como Ariadna para que yo pudiera desconectar de todo un poco. Dos días nos vamos, y espero que sean inolvidables.

—¿Me vas a enseñar Londres? —susurra sin soltarme.

—Por supuesto —afirmo.

—Aunque...

No termina de hablar, solo alarga la frase y yo me giro en sus brazos y la observo entrecerrando los ojos.

—La realidad es que...

—Dilo ya —exijo.

—Me interesa más recorrer tu cuerpo en un hotel de la ciudad, a recorrer sus calles —dice alzando las cejas.

—Eres una cochina —protesto saliendo de entre sus brazos.

—Bufff, ponte algo antes de que vuelva a meterte en la cama.

—No tienes remedio —digo saliendo de la habitación para entrar en la ducha.

—Qué dura es la vida, mi novia me deja sola, abandonada y desnuda en una cama —escucho que dice.

—Puedes venir conmigo si quieres —digo desde el baño.

Siento el crujir del parqué con sus pisadas, una vez dentro del baño, sonrío y me guiña un ojo accediendo a la ducha.

—Tenemos que portarnos bien —susurra.

Atrapo su nuca y la beso, es apasionado, de esos que tu cuerpo vibra, pero últimamente todo lo que haga con esta mujer hace que me sienta así. Es alguien que apareció en un momento complicado en mi vida. Sé cómo empezamos, pero no todo es cómo se inician los cuentos, sino cómo acaban, y este pienso que nunca lo va a hacer, porque cada día con Ariadna es una historia nueva, una hoja en blanco que vamos escribiendo poco a poco. La realidad es que siempre dicen que los mejores cuentos tienen un fin feliz, pero este no quiero que termine, sino que siempre haya una continuación: nuevos proyectos, viajes e incluso irnos a vivir juntas, ese paso que ninguna de las dos decidimos dar porque el miedo al fracaso siempre está ahí. Los miedos se superan; de eso estoy segura y hoy creo que es el día para rebasar este.

—Eres increíble —dice poniendo su frente en la mía.

—Quiero hacerte una pregunta —suelto nerviosa.

Ariadna se separa un poco y me observa entrecerrando los ojos.

—¿Estás a gusto conmigo? —pregunto tragando saliva.

—Claro, ¿por qué esa pregunta?

—Porque... —suspiro intentando encontrar esas palabras que hagan de este momento algo especial, pero no las encuentro porque estoy demasiado nerviosa.

—¿Va todo bien?

Asiento y sujeto su cara entre mis manos.

—Me encanta tenerte a mi lado —comienzo a decir.

—A mí también.

—Déjame hablar o no podré.

Ella asiente nerviosa.

—Quiero que vivamos juntas.

Ariadna sonríe y ladea su cabeza, mordiéndose el labio mientras solo me mira. El brillo de sus ojos casi me da la respuesta, sé que quiere, pero necesito escucharlo de su boca.

—Dime algo —exijo.

—Claro que quiero, Victoria. Quiero todo contigo.